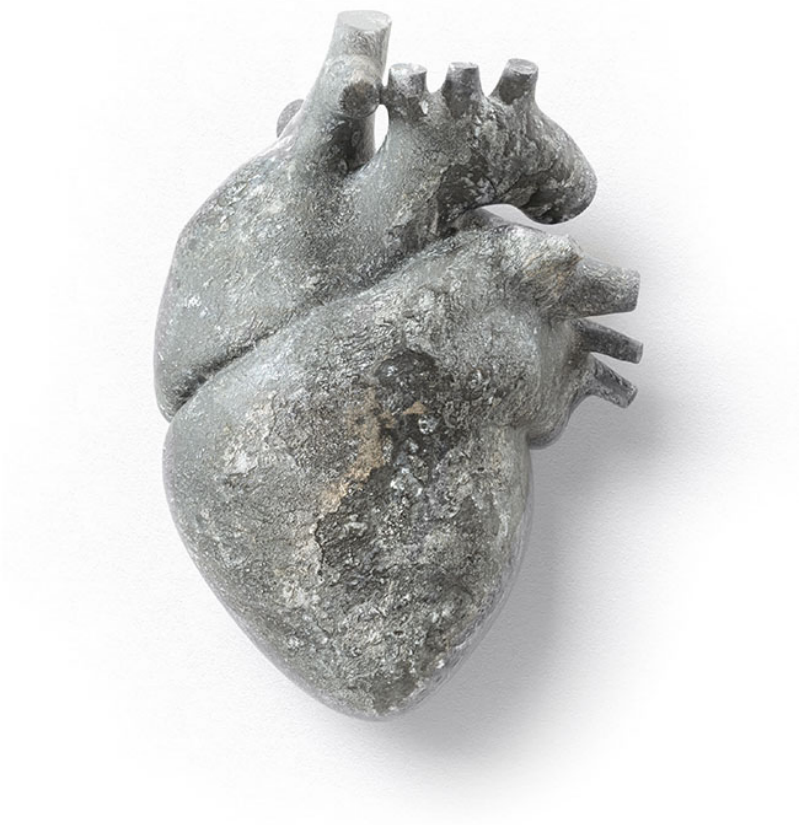
Seix Barral

Joan Jordi Miralles

Triunfador



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
I
II
III
IV
V
VI
VII
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Ulises tiene trece años y acaba de fichar por el Barça, así que se instala en La Masia, donde espera poder alcanzar el sueño de convertirse en jugador profesional. A partir de ese momento, la ilusión de su vida se transforma en una pesadilla, presa de un entorno masculino en el que impera la ley del más fuerte y donde se sobrevive a base de esconder las lágrimas.

Escrito con una prosa quirúrgica e incisiva, Triunfador es un libro que cuestiona los valores depredadores sobre los que se fundamentan el deporte de élite y algunos de los pilares de nuestra sociedad.

Triunfador

Joan Jordi Miralles

Traducción del catalán por Rubén Martínez Giráldez

Seix Barral

A mis padres.
Y a mi hermano

I

Pasean por el Parc de l'Agulla. Su madre lleva un vestido de flores y tiene una buena barriga. Una luz color calabaza ilumina cada una de sus sonrisas. El padre quiere captarlas con la cámara de fotos. Los abuelos hacen comentarios sobre Montserrat y sobre el calor que impera, pero no se quejan. Juntos bordean el lago artificial poco a poco, se detienen de vez en cuando, se apoyan en la valla, vislumbran un horizonte lleno de posibilidades. Ulises corre de aquí para allá, salta, se tropieza, se levanta y echa a correr de nuevo: parece que tenga el diablo en el cuerpo; de pronto se para y observa a su madre. Ahora está diciendo que las últimas semanas solo ha podido ducharse con agua bien fría.

Irradia una luz especial, parece que levite.

Por la noche hay jaleo. Ulises sale al pasillo con los ojos legañosos. El padre le acaricia la cabeza y le dice:

—Ahora venimos.

Hace lo que le mandan. Se sienta en el sofá, coge al bebé como puede, intentando no hacerle daño y que no se le caiga. Sonríe por obligación. La madre los fotografía desde diversos ángulos. Dice que más adelante irán a un fotógrafo profesional.

Le gusta el olor que desprende su hermanito; se divierte tocándole esos pies tan menudos e inquietos.

Desde la ventana de un cuarto piso, ve a su madre cruzar la calle en dirección a dos chicos que caminan cabizbajos y manosean un objeto metálico. La madre los llama, les hace señas con la mano, los dos chicos se giran y, sorprendentemente, se paran. Las tres

figuras conversan durante apenas medio minuto. Al acabar, uno de los chicos le da el objeto metálico a la madre, que gira sobre sus talones y se vuelve para casa.

—¿Ves como me lo habían robado? —le recrimina a su madre cuando aparece por la puerta con el reloj en la mano.

—Ellos me han dicho que se lo han encontrado.

—Te juro que me lo han robado.

—Se lo han encontrado en la piscina. Junto a los vestuarios.

—Es mentira. Me lo han quitado.

—Pues no deberías haber dejado que te lo quitasen.

—Pero ¿qué querías que hiciese? Son mayores que yo.

—Tampoco tanto. Espabila.

Le duele que su madre no entienda sus motivos, que de alguna manera les dé la razón a los otros niños.

Estaba en la piscina, al lado de las escaleras de salida, con el bañador aún mojado, matando el tiempo mientras su madre y su hermano pequeño salían del vestuario de mujeres, debatiéndose entre si pegarse un último chapuzón o no. Un par de niños mayores han aparecido de improviso, y uno de ellos le ha cogido una mano y le ha torcido el dedo corazón hacia atrás, casi hasta tocar el dorso.

—¿Quieres que pare?

—Me haces daño.

—Dame el reloj.

—Me lo ha regalado mi padre.

El chico le ha apretado el dedo con más fuerza.

—El reloj o el dedo.

Y el reloj sumergible ha pasado de una muñeca a otra.

Eran mayores que él, pero no más altos.

La madre sigue preparando la cena. Las llaves del padre tintinean en el recibidor. Ulises desaparece por la puerta del lavadero.

Camina orgulloso hacia casa. Lleva una jaula envuelta en papel de estraza de color verde y una etiqueta adhesiva que dice ESPERO

QUE TE GUSTE. Ulises se detiene aquí y allá, levanta uno de los extremos y comprueba que el regalo esté en la jaula, ejercitándose. Contemplarlo es maravilloso. Llega a casa, llama al timbre. Dentro del ascensor, Ulises experimenta una alegría indescriptible. Está a punto de hacer un regalo a su madre, la persona que más quiere en el mundo. ¿Qué nombre le pondrán?

—¿Qué traes ahí? —es lo primero que pregunta la madre mientras se seca las manos con un trapo de cocina.

—Nada —dice Ulises con cara de travieso.

La madre ha descubierto sus intenciones en cuanto ha abierto la puerta, sabe que lleva una cosa voluminosa y, teniendo en cuenta que el papel de regalo se ha ido desgarrando, ya debe de imaginarse lo que es. Pero lo cierto es que no se lo acaba de imaginar del todo.

—Toma, es para ti —dice Ulises mostrando el paquete—. ¡Felicidades!

—¿Para mí? —La madre no llega a fingir del todo bien cierta sorpresa—. Pero si no es mi cumpleaños.

Se abrazan. Ulises se siente realmente feliz. Haría lo que fuese por su madre, que justo ahora rompe el envoltorio y exclama:

—Qué asco.

Ulises siente confusión, no esperaba una reacción como esta.

—¿No te gusta? —pregunta con actitud inocente y afectada.

—¿Por qué te has gastado dinero en una rata?

—No es una rata.

—¿Ah, no?

—Es un hámster.

En el interior de la jaula metálica hay un pequeño roedor de color blanco, dientes biselados, cola pelada y morro rosado que hace girar una rueda en una carrera estática; parece como si lo hubiesen domesticado expresamente para hacer el numerito y ganarse la simpatía del nuevo hogar adoptivo. La madre no puede disimular cierto desasosiego.

Ulises tiene ocho años, aún no es capaz de entender el auténtico motivo por el que su madre, después de todo, toma la decisión de quedarse el hámster.

—Tendrás que cuidarlo muy bien —le advierte la madre.
—¿Cómo lo llamamos?
—No lo sé. ¿Cómo te gustaría llamarlo?
—Es tuyo. Eres tú quien tiene que ponerle nombre.
—Preferiría que se lo pusieras tú.
Ulises se lo piensa unos segundos y luego dice:
—Lo podríamos llamar *hámster*.

Es una mascota que no ladra ni maúlla, come y bebe poco. Cada día, primero cuando vuelve del colegio y, más tarde, antes de ir a dormir, Ulises le hace una visita al hámster: le da zanahoria, pepino, espinacas, lechuga, garbanzos, cereales, semillas y un pienso granulado minúsculo. Poco a poco comprueba que el animal va engordando, se pasa buena parte del día durmiendo, apenas se ejercita en la ruedecita. Ulises lo fastidia sacudiendo la jaula o con lo primero que encuentra, a menudo un lápiz desgastado que mete entre los barrotes. Con la punta de la mina le toca el cuerpo blando, que se infla y se desinfla y emite ronquidos de una tenuidad extrema. Entonces el animal reacciona, prorrumpe en chillidos agudos y araña el lápiz con ferocidad desbocada. Ulises se ríe. Maltratar animales es un pasatiempo divertido.

—¿Qué le haces? —le pregunta su madre.

—Nada. Solo estamos jugando.

Pero el hámster, en cuanto lo ve abrir la puerta del lavadero, ya se pone de los nervios, como si oliese el peso de la tortura que se le viene encima.

Un mediodía, al volver del colegio, Ulises descubre ocho crías de hámster ciegas, rosadas y sin pelo. Hay siete repartidas por diferentes puntos de la jaula. La octava tiene la cabeza dentro de la boca de la madre hámster. El efecto sobre el ánimo del niño es flagrante. Se siente confuso. ¿Cómo han conseguido meterse las crías ahí dentro? Llama a su madre, que lo primero que hace es pedirle que se aparte e intentar abrir la jaula. Pero la roedora infanticida está histérica, corretea de un lado a otro, la respiración a cien, las patas de la cría en la boca, los ojos como dos

perdigoncillos a punto de saltar de las órbitas. La prole restante, tierna, discapacitada e indefensa, la mitad de un pulgar, no para de pedir atenciones mediante alaridos.

—Sácalas de la jaula —le pide Ulises.

Pero la madre niega con la cabeza.

Al cabo de dos horas solo quedan dos crías. Madre e hijo han cerrado la puerta del lavadero con llave, incapaces de soportar el horrible espectáculo. Cuando llega el padre, se hace cargo de la situación. Ulises observa las manos desprotegidas del hombre desde la rendija entreabierta de la puerta. Dos manos fuertes y voluminosas, expresivas —la derecha, con un anillo de oro; la izquierda, con una uña violácea—, con venas gruesas que desafían el peligro, que no temen ni los arañazos ni los mordiscos del hámster. Pero el roedor a duras penas puede moverse, se mantiene en un rincón de la jaula, dormitando, saciado de la sangre de su sangre. El padre extrae a las dos crías y las coloca sobre un papel de periódico. Desamparadas, buscan instintivamente una fuente de calor. Ulises construye un nido con un cilindro de algodón. En el centro, deposita las dos crías de hámster.

—Es tarde, vamos a cenar —dice el padre.

Sopa de *galets* y huevos con tomate.

—¿Contra quién jugáis este sábado? —le pregunta el padre.

—Contra la Rial.

—¿Y qué, les ganaréis?

—No creo —responde Ulises—. Son muy buenos.

—Ya os llevaré yo.

El sábado a las ocho de la mañana estacionan en la plaza de la Independencia, delante del colegio. Los chavales se saludan y tres suben al coche. Contando al entrenador, son los mismos dos adultos de siempre para llevarlos al campo rival. Se cambian de ropa en el propio terreno de juego, pegan un par de chutes para calentar y el árbitro pita el comienzo del partido. Quedan veintisiete a uno. Ulises ha marcado el único gol de su equipo y ha sido de pura potra. Veintisiete goles que podrían haberse

multiplicado por dos si el partido hubiese durado un cuarto de hora más. Hacia el final, Ulises se ha hinchado a chutar pelotas fuera, bien lejos, para perder tiempo y evitar una derrota aún más humillante. Pero ha sido en vano, porque se van con veintisiete goles para casa. La última vez les metieron veintiuno. Veintiún goles a dos. Dos goles que también marcó Ulises, que no se pierde ninguno de los partidos de fútbol que dan por la tele y que sabe que veintiún goles, en fútbol, son demasiados. Pero veintisiete son todavía más.

Después de dejar a los compañeros en la plaza delante del colegio, mientras se dirigen a casa, Ulises le dice a su padre que no quiere volver a jugar al fútbol, que está aburrido de perder.

—Hay que aprender a perder para saber ganar —le dice el padre.

Pero Ulises no lo entiende y odia que su padre le hable con un lenguaje tan enigmático. Aun así, se muerde la lengua. El padre es la autoridad, es quien lleva los pantalones en casa, es quien se ocupa de él, de su madre y de su hermano pequeño. No le gusta provocarle, se estremece ante la sola idea de llegar a decepcionarlo o hacerlo enfadar, teme que algún día le cruce la cara de un bofetón, lo eche de casa, lo abandone, deje de quererlo.

Los trayectos hasta la escuela de música son una penitencia. Las clases, un suplicio. Ni se divierte ni tiene la sensación de aprender. El resto de los alumnos se conocen, van juntos a la Flama, tienen un nivel altísimo. Ulises parece un pasmarote y tiene que tragarse la vergüenza a paladas. Se pasa todo el rato sufriendo, teme que la profesora le haga interpretar una partitura; no afina, no sabe seguir el ritmo; en los dictados, copia.

Los mediodías que no se queda en el comedor del colegio, en cuanto llega a casa, saluda a su madre y va corriendo a encerrarse en su habitación. Le gusta ponerse los discos de su padre en un aparato de música tronado, coger la guitarra y, con la funda puesta, hacer como si tocase frente a un público apasionado e imaginario.

Cada vez que la madre abre la puerta para decirle que a comer, Ulises intenta disimular y siente una rabia que no entiende de dónde le sale.

Se levanta a las seis de la mañana y espera a que su padre se despierte a las siete. Este rato de margen le tiene que servir para darle vueltas a lo que le quiere decir, para escoger bien las palabras, para ensayar en su mente un discurso.

En el momento en que el padre abre la puerta del comedor, Ulises tiene la frente oculta entre los brazos, sobre la mesa. Duerme profundamente.

—¿Qué haces despierto a estas horas?

Ulises alza la cara hinchada de sueño. Aún no ha aprendido a poner sus pensamientos en orden con suficiente rapidez. No sabe dónde está ni por qué.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta su padre antes de entrar en la cocina para prepararse el desayuno.

—No quiero seguir yendo a música —suelta Ulises.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no quiero seguir yendo a música.

—Pero ¿por qué?

—No me gusta.

—¿Por qué no te gusta?

—No lo sé, me cuesta mucho. No me lo paso bien.

El padre le dice que se arrepentirá, que no puede dejarlo así como así, que la música es una cosa muy especial que hay que aprender ahora para poder disfrutarla toda la vida.

—Ya tengo el fútbol.

—Hace un año lo querías dejar.

—Ahora ya no.

—¿Y eso?

—Porque el fútbol sí me gusta.

—Pero no es lo mismo.

—¿Por qué no es lo mismo?

—Porque no. Porque ser futbolista no es lo mismo que ser

músico.

—No lo entiendo.

—Cuando te haces mayor y ves un partido de fútbol, no quieres ser futbolista. Pero si escuchas un concierto de piano, sí que quieres ser pianista.

—Yo no quiero ser pianista.

—Pues guitarrista. El caso es que tienes una formación musical y despiertas emociones en la gente.

—¿Y el fútbol no?

—El fútbol te puede emocionar, pero de otra manera. Al rato, te olvidas de esa emoción. La música, en cambio, te emociona durante toda la vida.

Pero Ulises no lo entiende. Todo es demasiado abstracto. Además, se ha levantado a las seis de la mañana convencido de que era ahora o nunca. El niño, en sus trece, intenta convencer a su padre para que lo desapunte de clases de solfeo.

—¿Y la guitarra qué?

—La guitarra me gusta.

—Pero sin solfeo no te dejarán asistir a clases de guitarra.

—¿Ah, no?

—Claro que no. Hay que tener una base. Si no, ¿cómo quieres tocar bien?

Ulises se lo piensa mientras el padre pone leche a calentar y abre una caja de galletas.

—Pues me desapunto de todo —acaba diciendo.

El coche sufre una avería irreparable. Durante semanas, el padre no puede acompañarlos a los partidos. Un buen día aparece y no cabe en su pellejo de la alegría. Les pide que bajen, que tiene una sorpresa. Se apresuran para ver de qué se trata. Estacionado en doble fila, encuentran un Renault 6 del año de Maricastaña de color azul celeste.

—¡Una ganga! —exclama el padre—. ¿Verdad que es bonito?

La madre hace un gesto de desagrado.

El interior huele a estiércol. Junto a los pedales de

conducción descansa un ladrillo.

—Es para que cuando llueva no le entre el agua.

El claxon suelta mugidos. A Ulises y a su hermanito les gusta accionarlo porque los peatones se asustan y, cuando se giran, se parten de risa.

Vuelven a perder un partido de fútbol sala. Su padre intenta animarlo, le dice que lo más importante es participar, pasar por experiencias, disfrutar de los momentos con los amigos. Ulises no sabe qué decir. No le gusta perder y lamenta que su padre sea el único que los acompaña en los desplazamientos. Cree que tendría que dejarlo, pero en el fondo le gusta formar un grupo con sus compañeros de clase para batirse cada sábado contra niños de otros colegios. Durante la temporada, pueden llegar a ganar no más de cuatro partidos. Cuatro partidos que saben a victorias épicas.

En un entrenamiento, el entrenador lo echa. Le ha pillado hablando con un compañero cuando había ordenado a todos que se callasen. Ulises considera el castigo injusto y desmesurado, y desafía al entrenador haciendo ejercicio él solo al borde del terreno de juego. Los compañeros se quedan asombrados y el entrenador lo observa con el rabillo del ojo, intrigado, en silencio. Ulises sabe que lo que está haciendo es mucho más que desafiar a una autoridad: también está poniendo a prueba su entorno. Pero desconoce la finalidad y las repercusiones que esto puede llegar a ocasionar.

El fin de semana siguiente no sale de titular. Se queda en el banquillo hasta que van perdiendo cinco a cero. Entonces el entrenador grita su nombre, él sale al terreno de juego y mete seis goles en un cuarto de hora. Ganan el partido y todo el mundo lo felicita. El entrenador, no. Es más, al cabo de dos días, dimite. Ha entrenado por vocación sin cobrar ni un céntimo, ha perdido un par de horas en días laborables y ha visto cómo se le partían los fines de semana por culpa de desplazamientos que han significado, la mayoría de las veces, derrotas; y, mientras tanto, se ha tenido

que hacer cargo de esta chavalería de los barrios bajos de Manresa, en un colegio con fama de ser uno de los peores de la comarca. ¿Y qué ha recibido a cambio? Que un niño haya salido al terreno de juego cuando perdían cinco a cero y le haya enseñado cómo funcionan las cosas. Está cansado, no quiere recibir lecciones de nadie, y menos de un niñato.

Ulises desconoce estos motivos, es demasiado ingenuo, pero en el fondo intuye que si el entrenador se marcha es en parte por culpa suya. El último día, sigue al entrenador a escondidas hasta el parking de la calle Saclosa, donde este suele aparcar el coche. Cuando ve que se ha acomodado en el vehículo, golpea en la ventanilla. El entrenador, sorprendido, baja el cristal.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Me sabe mal que te vayas —le dice Ulises llorando.

El entrenador se lo queda mirando con una sonrisa amable.

—Siempre he creído que tienes posibilidades. No te pares a mirar cómo van cayendo los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Que no desistas. Que sigas luchando.

—Me lo he pasado muy bien contigo.

—Yo también.

Se dan la mano como los adultos. A continuación, el entrenador sube la ventanilla, arranca el coche y se va.

Telefonean a su padre para preguntarle si quiere hacer de entrenador, pero no quiere ni oír hablar del tema. Una cosa es acompañar a los chavales a los partidos porque alguien tiene que hacerlo, y otra es engañarlos, intentar entrenarlos cuando él no tiene ni la más remota idea de fútbol. El hijo ni siquiera intenta convencerlo. Juegan los partidos que quedan sin entrenador. Ulises ordena los cambios y los compañeros obedecen. Ulises es el líder, ha nacido para serlo y todo el mundo lo acepta. Lo sabe él, lo sabe su padre, lo sabía el entrenador y sobre todo lo saben sus compañeros, que lo apoyan. Entrenan dos días a la semana, organizan partidos de fútbol que se alargan hasta que oscurece.

También cuando llueve, porque es precisamente bajo circunstancias adversas cuando más disfrutan. No son grandes alumnos, no son lumbreras, no son prodigios del sistema público de enseñanza, pero están convencidos de que sin entrenador también pueden ganar. Tanto es así que los últimos cinco partidos se resuelven con cinco victorias rotundas.

En el último, un hombre gordo que está fumándose el cabo de un puro le pregunta si quiere jugar en la Penya Blaugrana. Ulises responde que no, que prefiere jugar con sus amigos. El hombre sonríe, da una calada y desaparece. Al rato, Ulises lo ve de lejos hablando con su padre. Al acabar, se dan un apretón de manos.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunta más tarde a su padre.

—Que si querías jugar al fútbol grande.

—¿Y qué le has dicho?

—Que era mejor que te lo preguntase a ti directamente.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que ya le habías comentado lo que opinabas.

—Es que a mí me gusta estar aquí.

—Ya lo sé.

Acaba el curso escolar y comienzan las vacaciones. Ulises no se siente especialmente contento. Es más, preferiría que empalmasen con el curso escolar siguiente, que desapareciese el verano, no verse obligado a separarse de sus amigos durante casi tres meses.

Buena parte del mes de julio lo pasa con sus abuelos maternos en un pueblo perdido de Aragón de no más de cuarenta almas, donde en verano llegan cuarenta más. Los niños se reúnen para organizar juegos de guerra. Pertrechados con armas de juguete, la mayoría pistolas de agua de colores estrafalarios, forman dos bandos y se ametrallan por el pueblo y los montes bajos de alrededor. La partida puede durar horas, a veces se van a casa a cenar sin que se haya acabado. Al día siguiente, la retoman.

Ulises acepta las derrotas con deportividad: las palizas al fútbol sala lo han ayudado a digerir los fracasos. Fingir que mata a otros niños le causa placer. La vida podría consistir simplemente en

esto: en matar niños y que los otros niños lo maten a él. Con trabucos, rifles, bazucas y pistolas de plástico. Al otro día podrían resucitar y comenzar la partida desde cero.

Ulises aprende a orientarse por las inmediaciones y organiza emboscadas con éxito. Todo el mundo quiere estar en su bando porque casi siempre ganan, pero él prefiere ir con su primo y dos hermanos que son de Barcelona. Los cuatro van juntos a todas partes. Los niños del pueblo los miran con recelo, los envidian. No entienden cómo unos chavales de fuera pueden vencerlos en su propio terreno. Al primo, que es del pueblo de toda la vida, lo tratan como a un renegado.

Una tarde no encuentran suficientes niños a los que perseguir. Los cuatro se reúnen bajo un falso porche, en los bajos de una casa que da a un barranco. Parece que estén ante un escenario, un palco desde donde pueden espiar la naturaleza sin ser sorprendidos. Se oyen los cantos estridentes y en ebullición de las cigarras y las aves, una brisa suave hace que se bamboleen las hojas de un chopo inmenso y de paso les seca el sudor. Se bajan la cremallera de los pantalones, se tocan los genitales. Se arrodillan y se los meten en la boca. Los hermanos, entre ellos. Ulises, con su primo. En un determinado momento, Ulises orina y el primo se bebe el meado. Se ríen los cuatro y lo prueban intercambiando posiciones. Saborean los líquidos corporales calientes. Se beben los meados de unos y otros. Se sienten excitados, avergonzados y deleitosos. Gozan. Algo en un rincón dormido del entendimiento les dice que lo que hacen no está bien. Y, aun así, es un juego divertido, a pesar de que no saben por qué lo es.

Al atardecer, cazan un murciélago por casualidad: tiran una piedra a la copa de un árbol porque creen que puede haber un nido, y caen la piedra y algo que se agita. Le cortan las alas con un cúter oxidado y contemplan con las linternas cómo el animal intenta alejarse renqueando hacia unos zarzales. Queman las alas con un mechero de cocina, se ríen del olor que desprenden. Al final, cogen un pedrusco y chafan el cuerpo amputado. Con una

caña, revuelven las tripas gelatinosas.

No puede parar con el culo quieto, se muere por estar en todas partes, no se corta a la hora de decir lo que piensa. El mundo es un inmenso libro abierto.

Los perros de caza deambulan por las calles del pueblo. Ulises no recuerda nunca sus nombres. Su primo, en cambio, los conoce a todos, y todos le hacen caso. Esto cabrea a Ulises. ¿Qué tiene que hacer para que los chuchos también lo obedezcan?

Un campesino tiene un burro que se llama Ramón. Cada tarde, antes de las ocho, llegan del campo a paso de tortuga. El campesino desmonta las alforjas y ofrece higos al animal.

—¿Quieres darle tú? Abre la mano.

Ulises enseña la palma, el campesino le pone un higo y el burro se lo zampa al instante. El niño nota los bigotes de Ramón, que le hacen cosquillas. Le causa repeluzno.

—¿Quieres darle más? —lo invita el campesino con ojos bondadosos e interrogativos.

Ulises dice que sí. Mientras le da más higos a Ramón, lo observa con atención. Tiene la extraña sensación de que se trata de una persona, de que dentro del disfraz de animal de carga hay un niño cansado que lo observa.

Más tarde sus padres están al teléfono. Hablan de incendios, de miles de hectáreas quemadas, de conocidos que han ido de voluntarios para apagar el fuego. Su madre ha insistido para que el padre no fuese, y este se ha quedado en casa. Aquella misma noche, Ulises sueña que se encuentra en medio de un incendio, las llamas lo rodean y no hay escapatoria. Entonces aparece Ramón, hace que se le encarame a la grupa, mueve las orejas para orientarse, halla una salida y escapan. Se despierta de madrugada, llueve a cántaros. Se siente privilegiado por que sus abuelos le dejen dormir en la buhardilla. Un enorme ventanal sin tapiar lo aboca a la inmensidad. ¿Qué hay más allá?, se pregunta. Siente palpitaciones en el pecho cuando se hace este tipo de preguntas. Se le pasan cosas por la cabeza, imágenes que no sabe muy bien qué

significan, respuestas que no contienen palabras.

Se duerme al amanecer.

El primer día de colegio después de vacaciones le anuncian que no habrá actividad extraescolar de fútbol sala, ya que nadie, ni padre ni profesor, se atreve a entrenar al equipo de chavales.

—¿Qué quieres que hagamos? —le pregunta su padre.

Ulises no sabe qué decir.

—Podríamos probar en la Penya Blaugrana.

Conducen hasta el Congost, aparcan el coche y cruzan el perímetro de dos campos de fútbol de tierra. Grupos de niños corren tras los esféricos, hacen ejercicios de manera ordenada, forman un corro alrededor del entrenador para escuchar la charla. Comparadas con las del patio del colegio, las porterías son enormes: más altas, anchas y hondas; y, aun así, Ulises ve difícil hacer entrar la pelota. Su padre habla con el hombre del puro, que lleva un sombrero de paja y de vez en cuando vuelve la cabeza para tropezar con la mirada de Ulises. Un grupo de chavales salen de uno de los vestuarios vestidos de forma un tanto andrajosa, con pantalones cortos y camiseta de manga larga, medias hasta las rodillas y espinilleras; uno de ellos, rechoncho y con cara de aburrido, lleva unos guantes con velcro que debían de ser blancos y que ahora son amarillentos, y un par de rodilleras deterioradas que sin duda ya no protegen lo suficiente: todo parece indicar que, muy a su pesar, se trata del portero. Las zapatillas de cuero, con las puntas peladas o agujereadas, los tacos desgastados y deformes, los cordones reducidos a mil nudos. Hay quien lleva camisetas de imitación de equipos de la Liga, con los números de los jugadores más mediáticos estampados en la espalda. Nubes de polvo se levantan al más mínimo contacto con el suelo y se las lleva el viento. Los esféricos despellejados y demasiado hinchados, las ropas zarrapastrosas y las carnes bronceadas enseguida sucias. Se empujan y vociferan palabrotas. Las patadas van y vienen. Rezuman mareas de odio. Ulises los observa detenidamente. El más alto de todos, que parece el líder, lo mira de arriba abajo y acto

seguido se gira y pasa a ignorarlo. Ulises se siente intimidado. ¿No es lo bastante hombre como para sostenerle la mirada a un futbolero?

—Pasado mañana empiezas —le dice el padre—. Entrenarás con este grupo.

Y cabecea en dirección al terreno de juego, donde el más alto menea la pelota como si hubiese nacido con una entre los pies.

—¿Quieres que nos quedemos a ver el entrenamiento?

—No —responde Ulises.

Vuelven a casa en silencio. Ulises no se atreve a abrir la boca. No se puede quitar de la cabeza que de aquí a dos días conocerá a un nuevo grupo de niños desgarbados, malhablados y violentos. No quiere enfrentarse a aquel jugador alto que le ha parecido que lo desafiaba. Ni siquiera le apetece pisar el vestuario destartalado para cambiarse de ropa. La portería es demasiado grande. Las distancias, exorbitantes. Mejor dejar el deporte.

—¿No quieres ni intentarlo? —le pregunta el padre mientras cenan.

Ulises le ha dejado claro que preferiría no presentarse al entrenamiento de la Penya Blaugrana.

—¿Y si probamos en la Blanquiazul? —insiste el padre.

De ninguna manera. Simplemente está decidido a dejar de practicar cualquier deporte. Si no le llena, si tiene que pasarlo mal, mejor abandonar la práctica.

—No lo entiendo —le suelta el padre—. Primero la música, ahora el deporte. ¿Qué hacemos? ¿Te da miedo plantarles cara a los retos?

No le gusta ese tono. Se siente cohibido. Pero, por encima de todo, no comprende qué quiere decir exactamente su padre. No identifica dentro de sí ese miedo. Tampoco conoce el significado exacto de la palabra *reto*.

—No me gusta el ambiente del fútbol —responde.

El padre opta por no decir nada más. Se acaban la cena en silencio. La madre ha preparado un postre con manzana confitada. Ulises odia la manzana confitada. Solo de verla le entran arcadas.

—Serás maniático —lo increpa la madre.

—¿Qué quiere decir *maniático*?

—Alguien que tiene manías.

—¿Qué son manías?

—Lo que tienes tú. Ascos y tonterías que más vale que te quites de la cabeza cuanto antes.

Ascos y tonterías que se tiene que quitar de la cabeza. ¿Cómo? ¿Con una retroexcavadora?

Al día siguiente por la tarde llega del colegio y su madre le dice que su padre tiene una buena noticia.

—¿Qué es?

—Ya te lo dirá él.

—¿No me lo puedes decir tú?

Espera toda la tarde a que el padre vuelva a casa. Ha hecho los deberes, los ha repasado y ha adelantado trabajo de las clases de dibujo, que es su punto débil. Ha aprendido a calcar mal los dibujos para que no parezca que los calca. En esta ocasión, ha reseguido el trazo de un petirrojo que ha encontrado en una enciclopedia de fauna. Calcula que con la reproducción le pondrán un siete. Un siete en dibujo es un éxito, pero deja de serlo si se tienen en cuenta las calificaciones de las otras materias, que no bajan del sobresaliente.

El padre llega pasadas las diez de la noche, cansado y meditabundo. Ulises no se atreve a preguntarle cuál es la buena noticia, se limita a saludarlo y se va a la cama.

Aquella noche se mea encima. Ha soñado que salía a la galería de la casa de sus abuelos, se bajaba los pantalones y orinaba encima de las plantas de la abuela. Plantas de hoja ancha, gruesa, verde tropical, por donde el pis chorreaba sin obstáculos. Una meada larga y placentera que casi lo desvela. Intenta ignorarlo, mantener los ojos cerrados y volver a dormirse, pero el pipí se está enfriando y le empieza a calar los huesos. Llama a su madre, que entra en la habitación soñolienta y de mala gana quita la ropa de cama húmeda, le da la vuelta al colchón, extiende una toalla grande y coloca un juego de sábanas limpias. Cuando termina, apaga la luz y regresa a su habitación. En menos de un minuto, Ulises duerme de nuevo.

—Te has vuelto a mear —le recrimina la madre mientras le prepara el desayuno al día siguiente a primera hora.

Ulises es capaz de avergonzarse y de beberse un cuenco de leche con cereales al mismo tiempo.

—Termínate eso y date prisa, que tu hermano ya está listo.

El hermano pequeño apoya la cabeza contra la palma de la mano mientras ve dibujos animados. Cruzan miradas, miradas de niños ingenuos. ¿Por qué aún se mea en la cama y en cambio su hermano pequeño no?

Aquella misma tarde, su padre va a buscarlo al colegio.

—¿No llevas chándal? —le pregunta con prisas.

—No.

—Anda, vamos.

—¿Adónde?

—A baloncesto.

—¿A baloncesto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que lo pruebes. Me han dicho que buscan a gente alta y tú eres alto.

—Pero si no llevo ropa ni zapatillas de deporte.

—Te lo dije.

—No me lo dijiste.

—Igual no te lo dije. Es igual, ahora no tenemos tiempo de volver a casa.

Llegan al pabellón apretando el paso. El padre habla con el entrenador, un chico joven con gafas metálicas y chándal que lleva una carpeta de color negro en las manos y un cronómetro colgando del cuello con un cordel. El resto de los niños viste pantalones cortos, camisetas de tirantes y deportivas de caña alta. Ulises va con una camisa de cuadros rojos y verdes, unos pantalones vaqueros sucios y unos náuticos marrones. Un grupo que está calentando en la pista adyacente se ríe por lo bajo. Es el animalillo extraño del pabellón. Se siente ridículo.

No ha jugado nunca al baloncesto. De hecho, no le gusta nada. Lo considera un deporte de chicas. En el colegio solo hay un

equipo femenino que siempre pierde por más de cincuenta puntos. A la hora del recreo, hay quien organiza partidos en el patio, pero Ulises prefiere sentarse en el suelo y mirar pasar las nubes a hacer el primo intentando encestar una pelota. No sabe y no ha querido aprender nunca. No le parece que introducir un balón de goma dentro de un arito con ayuda de las manos tenga ninguna gracia. Es de tontos.

Hacen entradas a canasta por la izquierda. A continuación, por la derecha. El entrenador para el ejercicio y ordena a Ulises que pruebe solo. Se siente observado y humillado, esta vez no domina la situación. Lo intenta, pero no puede. Da demasiados pasos y siempre acaba lanzando con la mano buena, la izquierda. Ni siquiera toca el aro. Durante la hora y quince minutos que dura el entrenamiento, el entrenador no se cansa de parar los ejercicios para explicarle cómo diantres se juega, cuáles son las reglas, en qué consiste el baloncesto más elemental. Qué son pasos, qué son dobles, cuáles son las distancias, qué es la pintura, qué es una falta personal, cuántas se pueden hacer durante un partido. A pesar de los levantamientos de ceja que recibe por parte de los compañeros y otros jugadores de categorías superiores que esperan su turno para entrenar, Ulises se esfuerza en responder de la mejor manera. En una ocasión, un jugador, del que todas las señales indican que es el que sabe más con diferencia, le dice algo.

—¿Cómo?

—Que no tengas prisa. Que vayas con calma.

¿Es un aviso o un consejo? Por cómo se lo ha dejado caer, juraría que ha sido más bien un consejo. Un consejo del mejor jugador del equipo.

Al final de la sesión, el entrenador le dice a su padre que se lo quedan, pero que no le permitirá entrenar si vuelve a traer ropa de calle.

—Dice que lo pruebes. ¿Qué te parece?

Al padre se lo ve exultante mientras regresan a casa caminando. Ulises está sudado de arriba abajo y extrañamente satisfecho por haber superado la prueba. Siente una emoción creciente. Pese a la ignorancia, pese a los inconvenientes, pese a las

miradas, pese a los comentarios y las mofas de los compañeros cuando encaraba la canasta botando la pelota de manera estrafalaria y dando pasos desmesurados, desequilibrados e inconexos, pese a todo, considera que se ha divertido y que puede llegar a lograr cierta pericia. Si va poco a poco, igual lo consigue.

Una vez en la cama, le cuesta dormirse. No puede parar de repasar las jugadas una y otra vez. La pelota bota: ahora una mano, ahora la otra, la palma siempre mirando hacia el suelo y nunca con las dos manos al mismo tiempo. Si la coge después de botar, ya no puede volver a botarla. Las manos en tensión. Puede lanzar la pelota con una o dos manos hacia cualquier dirección. La pelota no puede tocar por debajo de las rodillas. Si ataca, no puede quedarse más de tres segundos dentro de la pintura sin pelota. Hay que defender con las piernas flexionadas, sin meter los brazos. Dos pasos sin botar no penalizan; tres, sí. Pivotar siempre con un pie. El tablero y la canasta. La pelota que rebota, gira, resbala. La emoción de ver cómo obedece y se desliza por la red del aro.

Memoriza las frases una por una. Las repite mientras se dirige al colegio. Su hermano pequeño lo sigue un poco rezagado, camina tan rápido como puede y con el babi va rozando sin querer la carrocería de los vehículos aparcados.

—No corras tanto —se queja.

En un semáforo de peatones en verde, Ulises se gira y le lanza una mirada colérica al hermano pequeño: se le ha caído la mochila al suelo, al lado de una caca, y unos mocos amarillentos le taponan los orificios nasales.

—Date prisa —le grita impaciente.

El hermano pequeño aprieta el paso para llegar al semáforo antes de que cambie de color.

—¡No arrastres la mochila, memo!

La profesora de lengua catalana, pelo gris y portentosa voz de contralto, suele atravesar el umbral de la puerta con puntualidad.

—Espero que hayáis estudiado para el examen oral. Iremos por orden de lista.

Ulises tiene las frases incrustadas entre ceja y ceja, está preparado para responder lo que haga falta. Cuando llega su turno, se siente observado, se pone nervioso y cree que la memoria está a punto de jugarle una mala pasada. Atrae las miradas: la clase entera está pendiente de él, es plenamente consciente. Sus compañeros están seguros de que, sea cual sea la pregunta, se sabrá la respuesta. La profesora le hace la pregunta y de pronto recupera la memoria, conoce la respuesta, pero se detiene: es dueño de sí mismo, le gusta disfrutar de este momento, notar cómo se remueven todos en la silla porque da la sensación de que por primera vez no se sabe la respuesta. Pero después de unos segundos de expectación, Ulises deja vía libre a lo que lleva acumulado en la sesera. A continuación, la profesora sonríe, baja los ojos y escribe una nota con bolígrafo de tinta azul en la libreta.

Siete meses después, han ganado el campeonato comarcal. Ulises recibe una carta en la que se lo convoca a un entrenamiento con la Selección Catalana. Toda la familia lo acompaña a un pabellón de Barcelona. Ulises conoce a jugadores de su edad que lo superan con creces; se queda impresionado con la altura, la agilidad, la capacidad de salto, las habilidades y cualidades técnicas que poseen. Él hace un entrenamiento pésimo y piensa que nunca más lo volverán a llamar. Pero al cabo de un mes, mientras participa en un campamento en Sant Pau de Segúries, el coordinador en jefe interrumpe una actividad, reúne a todos los niños y anuncia pomposamente que acaban de recibir una llamada muy importante: un niño de entre los congregados ha sido seleccionado para participar en una estancia de perfeccionamiento técnico de la Federación Catalana de Baloncesto. A continuación, menciona un nombre, Ulises se pone en pie y todos aplauden. Un día antes de que termine el campamento tiene que marcharse a Roses. Llega cansado e intimidado. El resto de los convocados llevan años jugando al baloncesto: él no hace ni diez meses. Encima, las medidas del campo han cambiado; las alturas también. Arranca el año en que, en términos baloncestísticos, tiene que dejar de jugar

como un niño para empezar a jugar como un hombre: las dimensiones de la pista han crecido, la pelota tiene veintitrés centímetros de diámetro y pesa más, las canastas llegan a tres metros con cinco centímetros, la línea de tres puntos se encuentra a seis metros con veinticinco centímetros respecto a la vertical del aro. En definitiva, son demasiados cambios en poco tiempo. Hace un año aún perseguía pelotas con los pies los sábados por la mañana. Ahora se encuentra solo. Observa a los otros niños con un abrumador sentimiento de inferioridad, de derrota anticipada: altos, rápidos, ágiles, corpulentos, creativos, seguros de sí mismos. Puede rendirse ahora o bien luchar para intentar igualarlos. ¿Qué tiene que hacer? ¿Llamar a casa y pedir que pasen a buscarlo porque se acaba de cagar en los pantalones?

Durante quince días entrena a conciencia, tanto en las sesiones físicas como en las técnicas. A las siete de la mañana, en pie. Corren tres cuartos de hora y a continuación hacen estiramientos en la piscina. Después de desayunar, reposan un par de horas para hacer la digestión. A las once comienzan el trabajo técnico, que se alarga hasta la una. Se duchan, comen y duermen la siesta. A las cinco de la tarde entrenan dos horas más: terminan con un partidito, ensayan tiros libres y prestan atención a la charla del entrenador. Cenan, salen a dar un paseo nocturno por la bahía de Roses y se van a dormir.

Soporta las broncas del entrenador, que se llama Dalmases y va sobrado de mala leche. Quiere que recupere el tiempo perdido, que espabile, que defienda, que pegue.

—¡Pega! —le vocifera Dalmases con las venas del cuello hinchadas, como si le fuesen a explotar de un momento a otro—. ¡He dicho que pegues!

El rival que tendría que recibir la supuesta paliza se llama Buxeda de apellido y pertenece a la cantera del Joventut de Badalona. Mide diez centímetros más que Ulises, tiene los huesos anchos, la cabeza grande, calza un cuarenta y nueve. Un pedazo de animal de solo doce años.

Ulises aprende a pegar. Reparte leña a diestro y siniestro. Buxeda se queda tan impresionado que pierde la concentración y

empieza a jugar mal. Entonces Dalmases la toma con Buxeda:

—Defiéndelo. Defiéndelo a muerte. Mátalo. ¡Quiero que lo mates!

Ulises no quiere morir de ninguna de las maneras bajo las manos gigantescas de Buxeda, así que luchan con la máxima intensidad para hacerse con la pelota, encarar la cesta e intentar meterla dentro del aro, cosa que casi nunca pasa.

Una vez en el vestuario, con la ropa completamente empapada de sudor y medio desgarrada, Buxeda se desnuda. Tiene la polla muy gruesa, sin pelos.

—¿Has follado alguna vez? —le pregunta.

Ulises se ríe tímidamente.

—No.

—¿Te haces pajas?

—Claro.

Ulises no sabe lo que es una paja. No sabe lo que quiere decir *follar*. Pero lo aprende durante esos quince días. Después de machacarse a tope, una vez en la residencia, Buxeda imparte clases magistrales de sexo meneándose la inmensa polla. Una noche, apagan las luces y compiten a ver quién se la pela antes. Buxeda gana de paliza. Al día siguiente, les explica un truco para pelársela sin tocársela.

—Cazáis una mosca y le arrancáis las alas. Colocáis el cuerpo en la punta de la picha y os correréis sin necesidad de meneárosla. Pero la mosca tiene que estar viva. Si no, no funciona.

Al día siguiente lo prueban, pero ninguno lo consigue. Un concierto de lamentos y quejidos de asco. Buxeda se parte el culo de risa.

—Es difícil atrapar una mosca, arrancarle las alas y que siga viva, ¿eh?

Duermen en literas de dos y cada noche hablan con las luces apagadas hasta bien entrada la madrugada. Ulises es de los últimos en dormirse: se deleita escuchando las conversaciones absurdas, todas ellas referidas de una manera u otra al sexo, a fantasías que tienen que ver con chicas repartidas por los colegios de donde provienen. Los entrenamientos y las experiencias fuera de la pista

hacen que los vínculos se vayan forjando y reforzando. Poco a poco, Ulises se siente atraído por los nuevos compañeros, le gusta jugar con ellos, le inspiran confianza. Se siente satisfecho de haber escogido el baloncesto. De momento, solo encuentra satisfacciones.

Vuelve a casa animado. Sus padres se sienten orgullosos. Una vez que comienza el año escolar, Ulises entrena cada día en el patio del colegio. Ahora prefiere jugar al baloncesto que al fútbol. Hay niños mayores que quieren enfrentarse a él porque saben quién es y lo que representa. Ulises acepta los retos con inquietud. Juega con tensión, pone encima de la mesa su potencial, no se puede permitir el lujo de perder. Nadie puede hacerle sombra, nadie puede decirle que no es merecedor de lo que ha conseguido hasta entonces. Se convierte en el amo indiscutible del patio.

Compite con su equipo en regionales contra equipos de más prestigio, tienen que viajar a Barcelona incluso. El nuevo entrenador se llama Puig, es bajito y regordete, lleva el pelo engominado hacia atrás y su mirada recuerda a la inteligencia que destilan los cerdos en los dibujos animados. Cursa cuarto año de derecho y tiene fama de cabronazo. En el primer entrenamiento se cabrea a lo bestia y acaba chutando la pelota con todas sus fuerzas, se le sale el zapato y revienta el revestimiento del techo del pabellón. Cae la pelota, pero el zapato se ha quedado colgado en el cielorraso. Al final del entrenamiento, Puig se aleja por la calle renqueando a solas, calzado solo de un pie.

Revientan la temporada. Ganan incluso contra los equipos de las categorías superiores, dos años mayores. Entrenan como locos. Cuando salen a jugar, parecen perros salvajes infectados de rabia. Ulises lidera el equipo, lo lleva en la sangre, tiene la facultad de inocular altas dosis de agresividad en entrenamientos y partidos, parece que no le da miedo nada, es el jugador de referencia, aparece en los momentos difíciles, asume responsabilidades. También instruye a sus compañeros en el arte de pegar. Puig, el entrenador, los motiva, no les pone límites, les hace creer que pueden llegar lejos, les enseña a detectar errores, los ayuda a corregirlos, a crecer, a mejorar, los trata de tú a tú, los defiende a muerte, llora tanto si ganan como si pierden. Se hace querer como

un hermano mayor y acaban venerándolo. Creen ciegamente en él.

Una tarde de invierno, después de un entrenamiento largo y glacial, mientras Ulises y el resto de los jugadores se duchan, Puig aparece por la puerta del vestuario empapado, inflado, despeinado y con un ojo a la funerala. Le faltan tres botones de la camisa blanca, con el cuello desgarrado y manchado de sangre. Por lo visto le han zurrado. Ulises se ríe.

—¿Pero de dónde sales?

—Nos acaban de desafiar —dice Puig con media risilla de perturbado—. En la pista de fuera en diez minutos.

—Pero si está lloviendo —suelta uno de los jugadores.

—Yo me tengo que ir, que mañana hay examen —comenta otro.

Son fechas de exámenes, todos están igual.

Ulises y cuatro más se quedan. Se vuelven a vestir con la ropa sudada del entrenamiento anterior y salen a la pista, donde hace un frío de tres pares de cojones. Un equipo de jugadores de otro colegio, dos años mayores, los recibe bajo la lluvia.

—Os vamos a follar vivos.

Comienza el partido. No han pasado ni cinco minutos cuando Puig ya se está dando de hostias de nuevo en un rincón de la pista con el entrenador del equipo contrario, un culturista con pinta de pocos amigos que lo está calentando pero bien. Con una mano lo agarra de la solapa y con la otra le pega puñetazos en la cara. Cuatro entrenadores y dos directivos se apresuran a intentar separarlos. Puig recibe como un saco de patatas, pero no deja en ningún momento de sonreír con ojos porcinos y poseídos. A continuación, los niños vuelan y salpican bajo la lluvia, el balón se les resbala de las manos, cuesta encestar. Notan que el agua los va calando, las zapatillas se convierten en esponjas, la pista es una sinfonía de chofchofs, empujones, trompazos, blasfemias e insultos. Y sin embargo están donde están, mojándose mientras truena, convencidos de que no pueden salir de ahí sin ganar el partido.

Transcurren seis meses. Han ganado y han perdido. En cualquier caso, no son campeones. Pero Ulises ha recibido dos llamadas. Una, para volver a participar en una estancia de

perfeccionamiento técnico de la Federación Catalana, esta vez en Palamós. La otra, hacia mediados de septiembre, a una semana de comenzar el nuevo curso escolar, para hacer una prueba con el Fútbol Club Barcelona de Baloncesto.

—¿Estás seguro de que quieres ir? —le pregunta su padre.

—Claro —responde Ulises.

II

Padre e hijo salen de Manresa a las tres de la tarde. No abren la boca durante el trayecto. Ambos han comido poco, están igual de nerviosos, comparten la sensación silenciosa de que algo desconocido, de consecuencias inimaginables, se está abriendo paso ante ellos. Su padre ha insistido en salir con mucha antelación. Le da miedo que se les pinche una rueda. Ulises mira por la ventanilla. Nota un regusto a ajo en la boca. Se pregunta quién es y qué será.

—¿Sabes una cosa? —dice de pronto el padre—. Tu bisabuelo era muy culé. Hay una anécdota que lo demuestra. En su viaje de bodas se enteró de que en el mismo tren viajaban los jugadores del Barça, y ¿sabes qué hizo? Dejó a tu bisabuela plantada y se fue al vagón de los jugadores. No sintió ningún tipo de remordimiento. Él también era muy deportista, como tú.

—¿Qué quiere decir *remordimiento*?

—Es cuando sientes que has hecho algo mal.

El niño intenta imaginarse a este bisabuelo díscolo y culé. Ha visto alguna foto en tono sepia por casa: recio, atlético, airoso, resoluto. A Ulises le gusta creer que lo que le ha contado su padre es cien por cien verdad.

Aparcan cerca de Collblanc y se dirigen al Picadero, el pabellón donde entrenan las secciones inferiores de baloncesto del Fútbol Club Barcelona. Delante de un semáforo en rojo, el padre le dice:

—Tú tranquilo. Si la cosa va bien, fantástico. Si no va bien, cojonudo también.

Ulises piensa en la lógica absurda de su padre. No acaba de entenderlo, pero la frase se le queda grabada en la memoria.

El vestuario desprende un olor intenso y repulsivo a pies y

humedad. El suelo está lleno de engrudo, las paredes exudan costrones enormes. Se reencuentra con un puñado de jugadores de las estancias de perfeccionamiento de la Selección Catalana que lo saludan efusivamente. Nadie lo esperaba, pero a todo el mundo le extrañaba que no estuviese. Le cuentan que llevan dos semanas entrenando, que es excepcional que lo hayan llamado solo para la última sesión. Ulises lo ignoraba, también observa que es sorprendente. Llegan un par de jugadores más, la peste a pies se intensifica. Hay tanta mierda y tantos jugadores que Ulises no sabe dónde dejar la bolsa, dónde sentar el culo para cambiarse. Le comentan quiénes han sido los otros jugadores que han participado en algunos de los entrenamientos, la mayoría de los cuales han acabado cayéndose definitivamente de la lista. Jugadores que Ulises conoce y reconoce que poseen un alto nivel de juego. Líderes de otros equipos, máximos anotadores, excelentes reboteadores, pasadores de primera, defensores agresivos, perspicaces conductores de juego. ¿Por qué lo han llamado para participar justo en el último entrenamiento? ¿Qué opciones tiene de que lo fichen, si únicamente cuenta con una prueba para demostrar su valía? Mientras se ata los cordones de las zapatillas en silencio, estos pensamientos lo inquietan. Toda su vida ha querido jugar en el Barça. Primero en el equipo de fútbol, ahora en el de baloncesto. Desde que tiene memoria, ha visto la mayoría de los partidos que han retransmitido por televisión, se ha dejado la voz animándolos; hoy se ha enterado de que lleva sangre culé en las venas. Pero estos mismos pensamientos, que en un principio lo aturullan, en última instancia lo ayudan a quitarle hierro al asunto. ¿Qué pasará si al final no lo fichan? ¿Se acabará el mundo? Al contrario. Podrá vanagloriarse del hecho de que, por lo menos, ha llegado a las puertas. Se volverá a Manresa con la cabeza bien alta, continuará disfrutando del deporte y dando lo mejor de sí mismo. No tiene nada que perder, por tanto, no tiene que sufrir por nada: debe hacer lo que sabe hacer, ni más ni menos; debe ser tal como es, y punto.

Saltan a la cancha y ya desde el principio se da cuenta de que son trece jugadores. Por lo tanto, sobra uno. Es un entrenamiento

técnico. Mientras hace estiramientos, se le acerca un señor mayor con bigote, bien vestido y con cara de persona juiciosa.

—Soy el señor Bernat. He hablado con tu padre por teléfono.

Ulises le estrecha la mano.

—Todo irá bien, muchacho —le dice el señor Bernat mientras le da unas palmaditas en la espalda.

Ulises vuelve con el grupo, consciente de que varios ojos están analizando cualquier movimiento, acierto y fallo que pueda cometer. Estudian su potencial. Él piensa: «Tengo que aprender, es lo que sé hacer mejor».

Hacen trenzas de campo a campo y ejercicios de tiro desde diferentes distancias. Juegan uno contra uno y dos contra dos a lo largo de toda la pista. Ulises no está en tan buena forma como el resto, pero se deja la piel. Hacia el final, echan un partido. Ulises lo juega entero. Encesta más de una vez, no pierde pelotas, corre en el contraataque, no permite que su oponente reciba la bola. Tiene buena conexión con el resto de los jugadores de la Catalana. Poco a poco va sintiendo que aún tiene posibilidades de que lo fichen. Está a tope, concentrado y motivado, nota que tiene el dominio del juego. En un momento dado, inesperadamente, hace una cosa intuitiva, llena de gracia: se saca de la manga una asistencia fabulosa por detrás de la espalda. Una auténtica filigrana que por poco interceptan, pero que acaba en manos de un jugador que anota dos puntos debajo mismo de la canasta. Algunos de los jugadores de las categorías superiores que esperan fuera de la pista aplauden y todo.

Finaliza el entrenamiento. El señor Bernat lo hace llamar. Sonríe, parece contento. Todo el mundo lo está.

—Muy bien, chico. Ahora relájate, dúchate y cuando hayas terminado ven a buscarme, que tenemos que hablar.

El ambiente en el vestuario es distendido. Alguien dice que harán una excepción, que seguramente se los quedarán a los trece. Otro exclama que eso no es reglamentario.

—No es reglamentario, pero el Barça lo puede hacer —vocifera otro antes de entrar en la ducha.

El plato de la ducha está obstruido. Ulises tiene que colocar

los pies en los extremos del plato. Nivelar los reguladores es imposible. Al final, deja que el agua fría le resbale por todo el cuerpo. Se siente en vilo, como dentro de una burbuja que no quiere que estalle. Aún está donde está, en las instalaciones del Barça, ¿qué más puede pedir? Son unas instalaciones asquerosas, las peores que ha visto nunca de largo. Pero son las del Barça, que es lo único que cuenta. A continuación se seca, se viste, coge la bolsa y busca al señor Bernat. Lo encuentra apoyado en una valla, mirando el entrenamiento de los cadetes. Le hace un gesto para que se acerque.

—¿Te haría ilusión jugar aquí?

Ulises tiene que hacer un esfuerzo para contener una violenta y tumultuosa oleada de emoción. Enseguida responde que sí, mientras ve a su padre solo en lo alto de la grada, justo enfrente.

—Tú eres de Manresa. Tendríamos que pensar cuál sería la mejor manera para que te quedases.

—Puedo bajar y subir.

—Acabarías harto de ir para arriba y para abajo. Manresa está mal comunicada. Aquí se entrena cuatro días por semana y los sábados tenéis partido. Has asistido a las estancias de la Catalana, ¿verdad?

—Sí.

—Es más práctico que te quedes, entonces. Si te seleccionan para el campeonato de España, tendrás que entrenar también los domingos. Es duro esto. ¿Conoces a Sebas?

Ulises niega con la cabeza.

—¿Ves aquel grupo? —El señor Bernat señala con la cabeza a un puñado de adolescentes que calientan corriendo por el perímetro de la pista—. Es ese que no para de reírse.

Cuando los jugadores pasan por su lado, el señor Bernat llama a Sebas. Es un chico de cara redonda y alegre, con nariz de patata y un poco de flequillo liso; parece buen chaval.

—Sebastià, cuéntale cómo es La Masia.

Por un momento, Sebas y Ulises cruzan miradas.

—Se está muy bien.

—Tú también eres de Manresa, ¿verdad, Sebastià?

—En realidad soy de Navarcles.

—Este chico es de Manresa. ¿Hoy te quedas en La Masia?

—No, vuelvo a casa —contesta Sebas—. Mañana no entrenamos.

—¿Cómo vas? ¿Te vienen a recoger?

—Hoy no. Subiré en autobús hasta Manresa y mi padre pasará a recogerme a la estación.

Ulises le pregunta si quiere que lo lleven y Sebas se apresura a decir que sí, que le harían un favor. Mientras tanto, el padre de Ulises ha bajado de la grada y se ha unido al grupo. Sebas vuelve al entrenamiento.

—Es de Navarcles. ¿Lo esperamos?

—Claro —dice el padre cordialmente.

Ulises se entretiene mirando el entrenamiento de los cadetes. Están fuertes; son rápidos, agresivos y efectivos. ¿Todo eso puede progresar en un año entrenando en el Barça? De vez en cuando, observa al señor Bernat y a su padre. La conversación se alarga, el viejo cabecea muchas veces mientras el padre gesticula con actitud grave. Al final, se estrechan la mano como si estuviesen sellando un acuerdo.

El viaje de vuelta es más animado. Sebas cuenta anécdotas de La Masia mientras Ulises y el padre escuchan con atención, sin perder detalle de nada, imaginando cómo debe de ser la vida allí; pero por mucho que se esfuercen, no se acercan ni por asomo. También hablan de la Selección Catalana y de las estancias de perfeccionamiento de los veranos. Dejan a Sebas delante de la puerta de su casa en Navarcles. A continuación, padre e hijo se vuelven a Manresa. Ya es de noche, se acerca el otoño, no hay ni un alma en la carretera de Sant Fruitós de Bages.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé —responde Ulises—. ¿Qué hago?

—Solo tienes que escoger, aunque sea una elección difícil. Te cambiará la vida. No siempre surgen oportunidades como esta.

—¿Tú qué harías?

—Lo que yo haría no cuenta para nada ahora mismo. Lo importante es saber si a ti te hace ilusión.

Ulises clava la mirada en el asfalto. No hay luna. Más allá de la luz de los faros, una oscuridad densa e inviolable se adueña de cualquier perspectiva, sueño y esperanza. Hay que luchar mucho para penetrarla, y nada garantiza el éxito.

—Yo quiero jugar en el Barça.

Al día siguiente se despierta y oye a sus padres susurrando en la habitación de al lado. El hermano pequeño juega con los Playmobil y de vez en cuando se ríe solo. Todavía bajo las sábanas, Ulises se pregunta qué sonidos oirá en La Masia. Imagina rostros de niños, situaciones similares a los campamentos de verano, a las concentraciones de tecnificación de la Selección Catalana. Aulas llenas de jugadores de la cantera. Estudian juntos, con los uniformes bien planchados y los utensilios ordenados en los pupitres. Charlas tácticas interminables y farragosas delante de una pizarra repleta de garabatos trazados con colorines. Todo el mundo concentrado, expectante, proyectando la teoría en la práctica.

Por la tarde juega un rato con su hermano. Colocan una canastita en la puerta del lavabo. Sentados en el suelo del pasillo, intentan encestar desde diferentes posiciones con una pelota de gomaespuma. Ulises se deja ganar, cosa que no hace nunca. Tiene la cabeza en otra parte.

Más tarde ponen la mesa. Mientras distribuye platos, cubiertos, servilletas y vasos tiene la impresión de que es la última vez que lo hace. Como si su padre le leyese el pensamiento, le dice:

—El fin de semana coges un autobús y vienes. Hay una parada en Maria Cristina, que está al lado.

Ulises ignora qué es y dónde está Maria Cristina. Después de cenar, su padre abre una guía de Barcelona del año de la polca. Con el dedo índice señala líneas y marca direcciones. Es un dedo grueso, la punta del cual adopta tonalidades diversas cuando aprieta el papel.

—Tú vivirás aquí. Esto es el Camp Nou. El otro día estuvimos justamente aquí. Y si subes por esta calle llegas a la Diagonal. Fíjate: la estación de metro de Maria Cristina. En este punto hay

una parada de autobús. Aquí o aquí, ahora no lo recuerdo bien. ¿Lo ves? Diría que está aquí, o igual un poco más arriba. Desde La Masia deben de ser cinco o diez minutos a pie, como mucho.

Ulises no entiende las líneas. No recuerda casi nada de las pocas veces que ha estado en Barcelona. Una vez fueron a buscar a una tía suya al puerto. Volvía de un largo viaje. Recuerda una farola amarillenta, la humedad que empañaba los cristales y una mujer ligera de ropa que se acercó al coche, echó un vistazo dentro y luego se alejó moviendo ostentosamente las caderas.

Al cabo de dos días, la familia lo acompaña a La Masia. Ulises ha necesitado toda la mañana para preparar la maleta. Nunca había estado fuera de casa durante un periodo tan largo. No sabe qué calcetines coger ni cuántos. Lo mismo con los calzoncillos, las camisetas, los pantalones de deporte. Coge las únicas zapatillas de baloncesto que tiene, de caña alta. Antes las ha limpiado y lustrado con betún blanco.

Siente curiosidad por saber qué va a pasar. No puede evitar tener unas ganas tremendas de explorar. Salir de Manresa, aterrizar en Barcelona ni más ni menos que por la puerta grande. Su padre lo tiene claro:

—Tú no te preocupes. Te lo vas a pasar genial. Y si necesitas lo que sea, nos llamas y venimos a buscarte.

—Y tienes que estudiar —le recuerda su madre—. No va a haber nadie que te diga lo que tienes que hacer.

Es una idea estimulante y, al mismo tiempo, espantosa.

El hermano pequeño lo mira con los ojos como platos. Ulises no sabe interpretar si está contento por perderlo de vista o más bien triste por su inminente separación. ¿Qué se le pasará por esa cabecita?

Es un domingo de septiembre, son las siete de la tarde. Entran por la Diagonal, bajan por la avenida Doctor Marañón, bordean el Camp Nou por la avenida Joan XXIII y se detienen ante el portal con el inmenso cerrojo de La Masia. Está cerrado, y la madre se pone nerviosa.

—¿Seguro que te han dicho que podíamos venir hoy?

—Eso me dijeron —responde el padre—. Qué raro.

—Empezamos bien.

El padre se baja del coche, curiosea desde la valla, pulsa un timbre. Ulises lo sigue. ¿Así que aquí es donde va a vivir, como mínimo, a lo largo de un curso académico? Una casa rural de piedra rústica corona una pequeña elevación, hay ventanales abiertos de par en par con vidrieras sencillas cuadriculadas, un reloj de sol en la fachada; el perímetro triangular del recinto queda cercado por una valla metálica y acoge un oasis en medio del asfalto, presidido por la estatua barbuda de un anciano, muy ufano y con calzones cortos: campo de césped, zonas ajardinadas, palmeras aquí y allá, dos loros que aletean endemoniados entre las hojas. ¿Habrá monos también?

Sale a recibirlos un hombre disfrazado de cocinero, atareado, nervudo, bajito, de bigote espeso, raya de pelo escaso y delantal blanco lleno de máculas viejas e imborrables.

—Buenas tardes. Ahora les abro —dice mientras se seca las manos en un trapo lleno de lamparones, hace tintinear un manojo de llaves voluminoso y los invita a pasar.

Ya están dentro de una propiedad del Fútbol Club Barcelona. El cocinero se presenta, habla atropellada y cordialmente.

—Me llamo Serafí. Disculpen que salga a recibirlos así, pero estoy preparando la cena. Hoy empiezan a llegar algunos chavales.

Ulises observa cómo la madre estudia la inmensa casa centenaria. Justo enfrente, el gol norte del Camp Nou saca pecho majestuosamente. Para Ulises, es una estampa extraña, insólita, fascinante. No se lo acaba de creer.

El cocinero les enseña la planta baja. La biblioteca, los servicios, la cocina, la cafetería, el comedor, una pequeña sala de reuniones adyacente y la sala de recreo, donde hay una mesa de pimpón, numerosas butacas diseminadas de forma desordenada y tres chicos viendo una película bélica. Comen pipas y tiran las cáscaras al suelo. La madre los saluda, pero los chicos se limitan a mirar a los desconocidos de arriba abajo sin decir ni mu.

—¿No os han enseñado modales en vuestra casa? —los riñe el cocinero.

Pero los chicos ni se molestan en contestar.

—A veces hacen cosas que no entiendo —comenta Serafí antes de invitarlos a subir las escaleras que hay justo delante de una de las puertas de la cocina: estrechas, tenebrosas, de peldaños altos, una baranda de hierro colado a cada lado. En el rellano de la primera planta, Serafí señala una puerta de madera desde la cual se supone que continúa la escalera.

—Ahí arriba vivo yo con mi mujer y mis dos hijos. Ya hace seis años que trabajo en can Barça —explica ufano—. Pasen por aquí, por favor, pasen.

Les enseña los dormitorios de los residentes. Hay cuatro repartidos en los vértices de la planta y en cada uno hay entre dos y tres literas dobles, con las estructuras metálicas de color amarillo, y un par de camas individuales. También hay un armario empotrado lleno de mantas y almohadas manchadas de sudor y otros fluidos. La madre examina los lavabos, que sirven como comunicadores entre dos habitaciones. Tres váteres, tres duchas, cinco lavabos, varios espejos de pared a pared.

Serafí se muestra pletórico: el dueño de las llaves, el conocedor de cada uno de los rincones del recinto, visibles e invisibles. Los padres sacan la cabeza por una de las ventanas. Al fondo se ve la intersección de la calle Maternitat y la avenida Joan XXIII, y los coches que enfilan con los faros aún apagados hacia el hotel Princesa Sofia.

—Aquí estarás bien, ¿verdad? —le pregunta el padre.

No entra mucha luz en la habitación, lo cual impide percibir lo que hay tras el silencio de Ulises.

—¡Por supuesto! —intercede el cocinero—. Es una experiencia que no olvidará jamás. Son chavales, ya se sabe, hacen de las suyas, pero en general hay muy buen ambiente.

—¿Y estudiar, estudian? —pregunta el padre, probablemente porque se imaginaba que las habitaciones serían individuales o dobles, y porque suponía que habría escritorios dispuestos al lado de la cama.

—Yo pensaba que estudiaban en las habitaciones —añade la madre siguiendo el mismo hilo de pensamiento que su marido—. Pero aquí no hay sitio. Me lo imaginaba de otra manera.

Demasiados chicos en una sola habitación, ¿no?

—Hace años que dicen que quieren remodelar los espacios de la casa. Hasta corren rumores que aseguran que quieren construir otra Masia, completamente nueva, pero no se sabe aún dónde. Y en cuanto a los estudios, hay de todo. Los hay que sí, que les gusta estudiar. Y hay otros a los que les cuesta más. Como en todas partes, hay que insistirles y hasta obligarlos.

—Él es buen estudiante —recalca el padre con orgullo.

Ulises se ruboriza.

—Hay un chico francés que hinca los codos en la biblioteca todos los días porque es alumno del Liceo Francés. Es muy buen estudiante —asegura con rotundidad el cocinero—. Lo traje yo al Barça. Sus padres veranean en Castelldefels y hace dos años lo vi jugar un partido de aficionados y llamé a las oficinas enseguida. Es un *crack*. Llegará lejos, pero es de los que tienen claro que quieren estudiar.

—¿Y no hay más que lo tengan igual de claro? —pregunta la madre.

—Es obligatorio que estudien. Si no, los echan. Lo mismo da que estén llamados a convertirse en fenómenos.

Los padres intercambian miradas. Serafí enseña a Ulises cuál será su taquilla.

—Si pierdes la llave o te la olvidas, me pides la de repuesto, ¿de acuerdo?

Ulises abre la taquilla. Hay una bolsa con unas chanclas que han criado verdín durante el verano.

—Esto fuera —dice el cocinero, que coge la bolsa y la tira a un cubo de ropa sucia.

—Déjala un rato abierta para que se ventile —le aconseja la madre.

En el anverso de la puerta hay tres etiquetas adhesivas de las marcas Nike, Puma y Adidas.

—Si quieres, las puedes quitar —le dice Serafí—. Ahora es tu taquilla.

Ulises las deja donde están. Hay cosas que no le gustan, pero sabe que tiene que aceptarlas. En cualquier caso, no siente que

nada de lo que hay ahí pueda llegar a ser suyo.

—Escoge la cama que quieras —dice Serafí—. Todavía hay muchas libres.

—Hala, ya puedes empezar a deshacer el equipaje —propone el padre.

—¿Quieres que te ayude? —se ofrece la madre.

—No —le replica enseguida Ulises avergonzado—. Lo haré más tarde.

—Pues entonces será mejor que nosotros vayamos tirando —se apresura a decir el padre mientras consulta el reloj.

Desde que ha entrado en La Masia, Ulises no ha tenido en cuenta que, llegado el momento, se tendría que despedir de la familia. No pueden quedarse aquí, su casa está a más de sesenta kilómetros. De pronto se siente invadido por una profunda tristeza. Tanta que, si se lo planteasen, no dudaría ni un segundo en subir con ellos al coche y volverse a Manresa.

Pero sus padres parecen satisfechos con el panorama. El hermano pequeño está cansado y ya hace rato que, entre bostezo y bostezo, insiste en que quiere volver a casa.

—Mira que eres pesado, ¿eh? —le deja caer la madre.

Ulises contempla la escena. Aún no se han separado y ya los echa de menos. Cuando se marchen, ¿qué va a hacer solo?

Observa cómo entran en el coche, bajan los cristales de las ventanillas, se despiden con la mano. El hermano pequeño imita a los padres de pie sobre el asiento de atrás. Se alejan, se pierden entre el resto de los vehículos que a esta hora han empezado a encender los faros.

Al caer la noche, antes de cenar, Ulises se sienta en el poyete del ventanal de la fachada principal. Llueve a cántaros y estallan relámpagos. Una primera noche bautizada con el agua y la imposición de la nostalgia. El Camp Nou alumbrado a intervalos, como el esqueleto de un colosal gigante ovillado y capaz de devorarlo todo. Ulises contempla la parte de arriba de las gradas, los focos altísimos, las escaleras y pasillos que comunican con diversas puertas y accesos. Ante esta visión, se siente como no se había sentido nunca: privilegiado y pusilánime a un tiempo. Una

fascinación subterránea ha comenzado a circular por cada una de las cosas que ve y toca.

Enseguida se da cuenta de que no serán un campamento largo ni unas vacaciones prolongadas ni nada que se le parezca. Puede anticipar que vivirá una experiencia extraordinaria, cautivadora, irrepetible. Pero, en cualquier caso, no va a ser nada relajante ni plácida, eso también lo puede oler.

A la hora de cenar comparte mesa con unos chicos mayores, ninguno de los cuales le pregunta quién es ni qué hace. No son más de diez cabezas gachas comiendo judías verdes con patatas. Ulises no es amante de la verdura, pero reprime todos los aspavientos que en casa no le ahorraría a su madre. Se da cuenta de que, pese a ser el más alto, también es el más joven.

Luego llegan más deportistas. Abren los portones que dan al jardín y al campo de césped, se quitan las camisetas. Ulises ve a unas señoras al otro lado de la valla enrejada que se pasean de aquí para allá con minifalda, medias oscuras, zapatos de tacón. Algunas solo en bragas y sujetador bajo las gabardinas que de vez en cuando entreabren. Algunos coches reducen la marcha cuando pasan por delante; otros se paran directamente.

De pronto aparece un chico sin camiseta, con los abdominales bronceados y una pala de pimpón, y le pregunta algo que Ulises no es capaz de entender. Hasta tres veces se lo repite risueño, acercándole cada vez más la cara, intentando intimidarlo.

—*¿Tu virisi no trima falta?*

—Lo siento, no te entiendo.

—¿Eres tonto o qué? —le replica el futbolero, ahora visiblemente hastiado—. ¿Cuántas veces más te lo tengo que repetir? *¿Tu virisi no trima falta?*

Un grupo de chicos se retuerce de risa atrincherado en las butacas de la sala de recreo. En la televisión dan una película de terror. El que le hace preguntas lo mira como si fuese un puñetero extraterrestre.

—*¿Tu virisi no trima falta* o qué?

Ulises sonríe desencajado, pero el otro no.

—¿Te ríes de mí?

—No —dice Ulises con una crispación repentina y desbordante.

—¿Te estás riendo de mi cara?

—Te digo que no.

—¿Me estás diciendo que tengo algo en la cara que te da risa? —Y el futbolero hace un gesto amenazador con la pala.

—Pero si no te he dicho nada —se defiende Ulises.

—¿Que no me has dicho nada? ¡Pero si me estás hablando!

Ulises no sabe cómo reaccionar. No entiende nada.

—Es que no sé... —acaba diciendo perplejo.

El futbolero lo mira de hito en hito con ojos canallescos, a corta distancia. De pronto da media vuelta y reanuda el partido de tenis de mesa como si nada. Ulises se queda congelado, sudando, con una sonrisa idiota y la sensación de que en la primera noche ya le han tomado el pelo. Pasado un rato, sube a la habitación. Coge el neceser, se lava los dientes. Hay barullo por todas partes, nadie le dirige la palabra, no puede dejar de sentir una tensión sofocante. A continuación llegan dos chicos altísimos que le echan un vistazo de arriba abajo.

—¡Ey, hola! —le dice el más risueño, y acto seguido levanta la mano para chocar—. *Give me five!*

Son los veteranos del grupo de baloncesto de La Masia, con quienes tendrá que compartir habitación. Juegan en el juvenil. Se llaman Bonafont y Altmaier.

—Vamos a la bolera. ¿Quieres venir?

Ulises no ha ido nunca a una bolera. No sabe ni qué es.

—No lo sé.

—Ven. Nos lo pasaremos bien.

—Aquí no hay nada que hacer —asegura Altmaier con cara de enfurruñado.

—Vale —dice Ulises.

Los veteranos se muestran cordiales. Bonafont, que no deja de reírse, es de Sant Julià de Vilatorta. Altmaier, el más alto, de Hostalric. Más tarde llega Sebas.

—¿Qué pasa, peña?

Entrechocan las manos.

—¿Una partidita?

Ulises los mira jugar a los bolos. A Bonafont se le da bien, le gusta ganar y gana. Parece un chico simpático e inteligente.

—Ya verás como te lo pasas de puta madre —le dice sonriendo mientras manosea otro proyectil, dispara y vuelve a tirar todos los bolos—. ¿Llevas pasta?

—Sí.

—¿Me invitas a beber? Es que ahora no llevo y tengo mucha sed.

Bien entrada la madrugada, apagan las luces para disponerse a dormir. Ulises calibra el confort del colchón y enseguida constata que las sábanas no desprenden ni de lejos el olor de las de casa. Cuando la habitación se queda en silencio, Bonafont empieza a emitir sonidos guturales en la oscuridad.

—Freeeeedy, Freeeeedy —dice con voz de ultratumba.

Ulises siente una mezcla paralizadora de excitación y temor. Percibe susurros y carreras de pies desnudos. Las agujas del despertador emiten una leve luz fosforescente. Son las tres y media. De repente se levantan dos inmensos fantasmas en la semiopacidad. Uno de ellos lo sujeta con fuerza por las manos y lo tumba. Tiene que ser Altmaier, piensa al instante: mide dos metros y cuatro centímetros, y en la bolera le ha contado que hace pesas tres días por semana. Difícilmente va a poder resistirse. El otro aparece de no se sabe dónde, fibrado y escurridizo, salta encima de la litera y le baja los calzoncillos de un tirón. Por fuerza tiene que ser Bonafont. Ulises no entiende nada, intenta gritar pero Sebas —le ha oído reírse— le inmoviliza la cabeza y le tapa la boca con una almohada.

No puede respirar. Tiene el cuerpo agarrotado, en máxima tensión. Nota que algo le remueve las entrañas. Profiere gritos enronquecidos que dibujan una trenza sonora: auxilio, miedo, desamparo. Y también rabia. Una rabia ciega y destructora que emerge de muy adentro y que, una vez expulsada, se ve sofocada por una simple almohada apestosa. No hay nadie que pueda

salvarlo.

Cuando han acabado, encienden las luces, Bonafont le enseña dos botecitos de suplemento de hierro.

—Venga, no llores. ¿Ves esto? Puedes estar tranquilo, que no te vas a quedar preñado.

Altmaier le dice con voz consoladora:

—Los primeros días son así. Todo el mundo tiene que pasar por la piedra. Sebas te lo puede confirmar.

Sebas asiente con cara de buen chaval.

—A mí me hicieron de todo. Es normal.

—Nos lo piden para que espabiléis —añade Bonafont con socarronería.

Altmaier le advierte:

—Y ni una palabra o será peor.

—Ni una palabra —le repite Bonafont casi al oído—. ¿Lo has entendido?

Ulises no puede pegar ojo en toda la noche. No se atreve a llorar, ni puede evitar que el cuerpo entero le tiemble. Pero no pasa frío, sencillamente son escalofríos.

Es incapaz de asimilar lo que ha pasado; ni siquiera se ve con ánimos de distinguir si lo que le acaba de pasar le ha ocurrido de verdad o no.

Oye gritos, carcajadas, interruptores, otros chicos que abren y cierran taquillas, que se lavan los dientes, que se duchan a pesar de la hora intempestiva que es.

Al día siguiente llega un nuevo compañero de equipo que también se quedará interno en La Masia. Es de Palafrugell, se llama Mompalau y juega de pívot.

—Es feo de cojones —le comenta Sebas a Ulises—. Parece bastante bobo.

Mompalau tiene las pestañas largas, lo cual le confiere una mirada triste y femenina. Lleva la cabeza rasurada y tiene el cráneo en forma de melón. Cuando corre, junta demasiado las rodillas y da la impresión de que vaya a tropezarse de un momento

a otro. Tiene una zurda prodigiosa y buen tiro, pero le falta nervio. El entrenador le pega broncas cada dos por tres.

El entrenador se llama Hilari. Alto, recio y estevado, treinta y tantos años, exjugador retirado por una lesión de los ligamentos cruzados. Sus maneras son contundentes: intimida con la mirada, habla directo y claro; cuando se cabrea, más vale tenerlo lejos.

En una ocasión en que se encuentra solo bajo el aro, Mompalau es incapaz de encestar. Hilari lo regaña desde la banda. Mompalau coge un rebote en ataque, hace un tiro corto y vuelve a fallar. Hilari se sube por las paredes y le pega una patada a la valla publicitaria, que vibra como si la hubiese sacudido un terremoto.

—¡Líneas!

Líneas es un castigo que consiste en esprintar de ida y vuelta, partiendo de la línea de fondo, hasta la primera pintura, hasta el medio campo, hasta la otra pintura y hasta el fondo contrario de la pista.

Cuando Mompalau pasa por delante del banquillo, Hilari lo fulmina con la mirada. Al final del entrenamiento, le pide que se quede.

Una vez en La Masia, Ulises le pregunta a Mompalau qué le ha dicho el entrenador.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada.

—Vamos. Algo te habrá dicho.

—Me ha preguntado si estoy bien en La Masia.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que echo de menos mi casa.

Aquella noche, Mompalau apenas duerme. Bonafont y Altmaier han encontrado una nueva víctima con quien divertirse. Con las luces encendidas le piden un montón de cosas imposibles; para empezar, que les haga reír: que cante, que cuente chistes, que baile.

—Haz el favor de bailar una puta sardana —le ordena Altmaier con cara de pocos amigos.

Mompalau se muere de vergüenza: verlo ruborizarse forma

parte del espectáculo. Ulises no se atreve a decir nada. Se siente aliviado porque los dos veteranos han encontrado a un nuevo mortificado. Compartir vicisitudes y humillaciones hará que todo sea más sencillo, ya que no se ve capaz de plantar cara ni a uno ni al otro: son demasiado altos, demasiado fuertes, y encima conocen el terreno que pisan.

Piden a Mompalau que se arrodille en el suelo y vomite la cena. Como se niega, le pegan collejas. Al final, cede. Se mete dos dedos hasta la garganta y vomita una pastita de saliva y jugos gástricos mezclados con verdura, patata, carne y derivado lácteo.

—¿Qué haces vomitando? —le recrimina Bonafont—. ¿Te parece bien manchar el suelo? No estás en tu casa. Anda, trágatelo de nuevo.

—Pero sin usar las manos —le advierte Altmaier.

Mompalau no se lo puede creer.

—Date prisa, no se vaya a enfriar —lo espolea Sebas.

Mompalau obedece entre sollozos. Como un perrillo, agacha la cabeza, olisquea la potada, la lame con reticencia y a continuación intenta aspirarla entre arcadas.

Ulises no puede evitar disfrutar del espectáculo. No solo no había visto jamás algo así, sino que además nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera existir.

A las tres de la madrugada ordenan al de Palafrugell que se duche vestido con agua fría.

—Tienes que espabilar, chaval —le dice Bonafont mientras le planta un churro de espuma de afeitar en la cabeza.

—Te tienes que quitar la tontería que llevas encima —añade Altmaier, que lo empuja para que se mantenga bajo el chorro de agua—. Tienes que aguantar treinta segundos sin quejarte.

Mompalau hace esfuerzos monumentales por no abrir la boca bajo el agua gélida y lo consigue.

—Ahora un minuto —dice Sebas, y Altmaier lo vuelve a empujar.

El de Palafrugell sale de la ducha temblando y llorando a lágrima viva. La cara y las manos enrojecidas. La ropa empapada, adherida al cuerpo.

—Mirad qué neumáticos tiene —dice Bonafont pellizcándole los michelines.

—¡Qué asco de tío! —exclama Altmaier.

Sebas sigue partiéndose de risa. Enrollan las toallas, las mojan y le pegan azotes en las piernas y en el culo. Mompalau hace muecas y sacude los brazos, como si intentase espantar a unos insectos muy grandes. Lo arrinconan y le pegan aún más fuerte y más deprisa. Mompalau se coloca en posición fetal. El lavabo se ha llenado de futboleros que se lo están pasando bomba. Ulises tampoco puede disimular una primitiva expresión de curiosidad y satisfacción. Le sobreviene una risa intranquila que le nace de las entrañas y que la sensatez no puede frenar. Entonces se fijan en él.

—¿Y tú de qué cojones te ríes?

—De nada —responde Ulises repentinamente aterrorizado, dándose cuenta de la volubilidad de la situación.

—Mirad cómo se ríe, el desgraciado —vocifera Altmaier.

—A ver si se ríe dentro de un rato.

Le ordenan que se vista con ropa de calle. Muy a su pesar, Ulises obedece. Lo meten bajo la ducha.

—Con agua fría he dicho —insiste Bonafont, que no deja pasar ni una.

Lo azotan con las toallas. En una de las ocasiones, Altmaier casi le da en un ojo. Ulises nota una escalada de ira. El ojo es sagrado. Pero la lluvia de latigazos es tan intensa y se siente tan intimidado que, pese a la crispación, se ve incapaz de rebelarse: acaba encogido, hecho una bola, tapándose la cabeza con los brazos como un boxeador arrinconado en el ring.

Al acabar, le mandan dormir en otra habitación, que no lo quieren ni ver. Ulises se quita la ropa, se seca, se pone el pijama, coge el despertador y el neceser y hace el gesto de salir. Bonafont lo detiene:

—Si nos haces reír, dejaremos que te quedes.

Pero la verdad es que Ulises no se quiere quedar ni un segundo más.

—Venga, joder. Cuéntanos algo que nos haga reír.

Ulises intenta pensar en algo ingenioso y divertido. Pero por

más que se esfuerza, no le viene nada a la cabeza. Está demasiado confuso.

—No sé.

—Este chaval es subnormal —dice Altmaier.

Sebas no para de reírse, y de vez en cuando alienta a los dos veteranos:

—Decidle que baile.

—Sí, eso, baila una jota.

Pero, de repente, Bonafont se levanta de la cama y desaparece por la puerta del lavabo. Altmaier calla como un puto y Sebas se ríe entre dientes. Mompalau continúa medio sollozando bajo las sábanas, a pesar de que está a la expectativa de lo que pueda pasar porque sabe perfectamente que en cualquier instante los acontecimientos se pueden volver en su contra de nuevo. De momento se salva porque Ulises es el centro de atención. Al rato, Bonafont reaparece, apaga las luces y dice:

—A dormir.

Ulises se queda plantado en medio de la habitación a oscuras. Pasan largos segundos, un minuto, dos. No se atreve a moverse, no se atreve a decir nada. Como si el más leve movimiento pudiese provocar un alud. Los segundos se hacen eternos, transcurren muchos antes de que se atreva a alzar la voz para preguntar:

—¿Y yo qué hago?

Nadie responde. Mompalau solloza más fuerte. Parece que los otros se hayan muerto.

—¿Qué hago?

Siguen sin responder.

—¿Me puedo quedar?

Tiene el cuerpo agarrotado, en estado de alerta, como un sapo al lado de una carretera. Reconoce el peligro, se pregunta si le esperan situaciones dolorosas. El corazón le late fuerte. Ruido de movimientos vermiculares de contracción del aparato digestivo. Tiene ganas de dejarse caer en el suelo, de arrastrarse como un gusano y de meterse en una madriguera. Nota que se ahoga en un miedo tangible, viscoso, ascendente. Poco a poco, cojeando y a tientas, se acerca a la litera, escala hasta el colchón y se tumba. Se

queda paralizado, con el despertador en la mano. Las agujas fosforescentes indican que son las cinco menos veinte de la madrugada. Permanece con los sentidos bien abiertos, casi sin respirar, hasta que no puede soportarlo más y se duerme.

Al día siguiente le duele la mandíbula. Hay un árbol de espuma de afeitar cubriendo buena parte del despertador, que se ha parado a cinco minutos de las seis. Alguien le ha robado la pila. Mompalau y Ulises no comentan nada de lo que les ha pasado. Les da miedo y vergüenza. En el entrenamiento, no rinden. Se han despertado tarde, no han desayunado. Están exhaustos, despistados, sin fuerzas. Hilari los riñe continuamente. Al final del entrenamiento, llama a Ulises aparte:

—¿Qué le pasa a Mompalau?

—No lo sé.

—¿No le pasa nada?

—Diría que no.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y a ti?

—A mí nada, tampoco.

—¿Estáis bien en La Masia?

—Sí, muy bien —responde Ulises de manera poco convincente.

Le gustaría ser sincero y explícito, pero no sabe hasta dónde pueden llegar sus palabras. No tiene el control de nada, ni siquiera de las hipotéticas consecuencias que puede generar uno solo de sus comentarios. Prefiere tragarse que todo esto es la cosa más natural del mundo.

—Os hacen putadas, ¿verdad?

Ulises mira al suelo, no dice nada, los ojos a punto de explotar.

—¿Quién? ¿Bonafont?

Hilari le pone una mano en el hombro.

—Si os vuelven a tocar, me lo dices.

Antes del fin de semana, Bonafont se muestra extremadamente excitado. Primero se menea la polla por dentro de los pantalones; más tarde se la saca, sopesa la bolsa de los huevos, se examina como un mono la mata de pelos que circundan los genitales. Cuando se ríe, enseña las encías; tiene la mirada disparada y luminosa de un loco. Ulises y Mompalau están aterrorizados. Ya de noche, Sebas y Altmaier asaltan a Ulises y lo sujetan con fuerza por los hombros. Le hacen sentarse en una silla de plástico. Por un lado y desde atrás, Bonafont le apoya el glande morado y mucoso contra la mejilla derecha.

—¿Te gusta? ¿Te pone cachondo?

Ulises sacude la cabeza como si tuviera el baile de san Vito. Bonafont lo vuelve a intentar.

—Otra vez. No te muevas.

Pero Ulises siente unas náuseas que le provocan impulsos involuntarios y eléctricos. Es el instinto de conservación del cuerpo o quizá la dignidad y el orgullo que se abrazan. Altmaier dice:

—Estate quieto o te meto una hostia.

Bonafont vuelve a acercarse.

—Si me haces daño, te parto la cara.

Ulises deja que Bonafont le pasee el glande y el prepucio por la mejilla. Oye la voz de Sebas que lo azuza:

—Métesela en el ojo.

Bonafont responde:

—¿Cómo quieres que se la meta en el ojo, imbécil?

Ulises huele el tufo de los genitales. Nota que las fuerzas lo abandonan y se acaba rindiendo: baja la mirada, se queda entregado como un reo. Bonafont le mea encima. Altmaier se aparta.

—¡Hijo de puta! ¡Me has salpicado!

Lo riega bien regado. Ulises no se mueve ni un centímetro: se limita a recibir el líquido caliente y aromático con resignación. Su actitud pasiva no complace a los veteranos, que finalmente lo dejan en paz.

—Eres un puto inútil —le dice Altmaier—. ¿Cómo puedes dejar que te meen encima? Limpia esta asquerosidad y lárgate de

aquí.

Ulises coge su toalla y seca el suelo a conciencia. A continuación, coge ropa limpia de la taquilla y se ducha. Piensa que el show de la noche ya ha terminado, pero se equivoca. Cuando se dispone a meterse en la cama, Bonafont y Altmaier les piden a Mompalau y Sebas que vigilen las puertas del pasillo y del lavabo que comunican con la habitación. Acto seguido suben a la litera de Ulises, se envuelven la mano con la sábana y se masturban mutuamente. Están diez minutos largos, durante los cuales van emitiendo jadeos y entrecruzan miradas fugazmente. Se corren sobre las sábanas, primero Bonafont y a continuación Altmaier. Los dos sueltan una enérgica, viscosa y abundante corrida.

Más tarde Ulises hace el intento de cambiar las sábanas, pero los dos veteranos le advierten:

—Pobre de ti si lo haces.

—Deberías ser más agradecido —añade Bonafont—. Pero ya irás aprendiendo.

Ulises no es capaz de dormir en toda la noche. Percibe los ronquidos despreocupados de los compañeros de habitación. Y el hedor repugnante de la leche fresca.

Cuando el lunes regresa a La Masia y deja las cosas en la habitación, le comunican que a Bonafont y Altmaier los han trasladado.

—A la Blume, se ve —le cuenta más tarde Sebas.

—¿Qué es eso?

—Una residencia llena de tías buenas.

Ulises comprueba que las respectivas taquillas, efectivamente, están vacías.

—¿Y no volverán?

—No creo. ¿Por qué iban a volver? Allí está lleno de titis.

Esa noche duerme como un tronco. Mompalau también. Al día siguiente se levantan de buen humor, están relajados. Poco a poco, la residencia se va llenando de deportistas. Ulises hace el

recuento durante la cena: veintidós futboleros y tres baloncestistas.

Finalmente conoce al director de La Masia, el señor Farrés, un anciano de ojos acuosos y cristalinos que, según dice todo el mundo, tiene mal carácter, aunque sabe disimularlo bastante bien. Acaba de volver de vacaciones, luce un bronceado de cartón. Lo hace entrar en el despacho y le da la bienvenida sin demasiado interés y con una estudiada efusión. Le suelta un discurso sobre la importancia de estudiar, los hábitos de higiene y la catequesis. Ulises dice que sí a todo y sale del despacho.

Comienza el curso escolar. Mompalau y Ulises estudian en la Academia Lloret, en la plaza de Sants. Para llegar, siguen el perímetro de las instalaciones hasta alcanzar el metro. Puede que no sea el recorrido más corto, pero no conocen otro. Turistas y aficionados con bufandas y banderas del club fisgonean desde la valla con la esperanza de encontrarse a algún jugador del primer equipo que les firme un autógrafo y se deje hacer una fotografía sin bajar del coche. Desde la estación de Collblanc tienen dos paradas de metro hasta el colegio, que es una casa vieja, destartalada y estrecha, con un patio abierto detrás donde no hay espacio ni para correr ni para sentarse, casi. Ulises piensa en los partidos de fútbol y de baloncesto que hasta hace poco jugaba en el patio del colegio La Renaixença de Manresa. Mompalau no es buen conversador, pero está allí, con él, comiéndose en silencio un bocadillo de salchichón. A Ulises le entran ganas de preguntarle cómo pasaba las horas de recreo en su colegio de Palafrugell, qué deportes practicaba, cómo eran sus amigos, pero al final se muerde la lengua: teme que a Mompalau le entre uno de sus ataques de llanto. No le apetece compartir el ridículo ante las chicas de clase que acaban de conocer.

Sus nuevos compañeros de colegio no les quitan ojo de encima, y los observan como si fuesen venusianos. La directora de la academia les ha hecho sentarse en pupitres separados para que se integren mejor con el resto de los alumnos, que ya se conocen de hace un montón de años, han estudiado la básica juntos y la

mayoría son amigos del barrio. Ulises, en cambio, ha dejado atrás a sus viejos compañeros, entre los cuales se erigía como líder. Ahora no pasa de ser un alumno más.

Vuelven a La Masia sin abrir la boca, desanimados. Ulises piensa que quien anda a su lado será su sombra como mínimo durante un curso escolar. Y él la suya. Un nuevo hermano y de su misma edad, ¿qué más se puede pedir? Cuando pasan por delante de un colmado, Ulises entra y compra dos tentempiés.

—Toma.

Y le da uno a Mompalau, que sonríe sorprendido y agradecido.

—¿Tú tienes novia?

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

Se dirigen hacia la nueva casa sin prisas. Son altos, tienen una pinta un pelín estrafalaria e inquietante, con las espaldas jorobadas por culpa de las mochilas repletas de libros y libretas, la floración del acné, los bigotes y las patillas incipientes. Sin embargo, ninguno de los transeúntes sospecha que son dos promesas del mundo del baloncesto que ya han aprendido el camino para ir al colegio.

A la hora de cenar se entera de que uno de los gallegos ha aprovechado uno de los cinco billetes que el Barça costea por temporada para volverse a casa.

—Llevaba dos días sin ir a entrenar, y el míster ha telefoneado a sus padres y se ve que estaba en Vigo desde ayer. Y dice que nos olvidemos de volver a verlo —cuenta uno de sus compañeros de habitación.

Después de cenar, estira las piernas por el jardín. Algunos jugadores de fútbol están sentados en las poltronas charlando animadamente, comentando las exhibiciones de las putas al otro lado de la valla. Hay un partido de rugby en marcha con unas reglas totalmente arbitrarias. Los más veteranos se han quitado las camisetas y se han apropiado de la mesa de pimpón. Uno de ellos

está sentado en el césped, un poco apartado. Cuando Ulises pasa por su lado, lo llama.

—Siéntate un segundo.

Ulises obedece.

—¿Estás bien aquí? ¿Te tratan bien?

El veterano tiene un acento extraño y habla con la boca pequeña, Ulises apenas le entiende. Le responde que de momento todo marcha bien.

—Ya me han dicho que te están puteando.

—Un poco.

—Eso no es nada. Si no espabilas, se te comerán vivo. ¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—¿Trece? Pareces mayor.

—Porque soy alto.

—Si no fueses alto, no estarías aquí. ¿Eres bueno o qué?

—No lo sé. Supongo. Hace poco que juego.

—¿Antes qué hacías?

—Jugaba al fútbol sala.

El veterano sonríe.

—Eres demasiado alto para jugar al fútbol. Mira a estos... Son todos unos tapones.

—Tú eres alto —observa Ulises—. Casi como yo.

—Tengo diecisiete años. Cuando tú tengas diecisiete, serás mucho más alto aún. ¿De qué juegas?

—De escolta.

—Yo jugaba de ala-pívot. Pero daba demasiadas patadas. Ahora juego de defensa y todo va bien.

El veterano le enseña una brecha que lleva en la pierna derecha, justo en la parte lateral e interior del gemelo.

—Esto es lo que pasa cuando repartes leña. Pero puedes apostar lo que quieras a que quien me lo hizo se acuerda de mí ahora mismo. Te puedo asegurar que se lo devolví con creces.

A Ulises le cuesta imaginárselo: cree que se encuentra ante la persona más amable de La Masia.

—¿De dónde eres? —le pregunta el veterano.

—De Manresa.

—¿Eso dónde cae?

—A una hora de aquí.

—Mi casa está mucho más lejos. ¿Cómo te llamas?

—Ulises.

—Yo me llamo Carlos, pero aquí todo el mundo me llama Gelo.

Tras las gafas de pasta con cristales de culo de botella, Gelo tiene una mirada altiva y concentrada; el pelo rubio, liso y largo.

—Y ahora, la pregunta de oro: ¿eres del Barça o del Madrid?

—Del Barça de toda la vida —se apresura a responder Ulises.

—Aquí más de la mitad son del Madrid, pero cuesta que lo reconozcan. No te puedes fiar de la gente desagradecida. ¿No juegas?

—No me dejan.

—Ey —dice Gelo al que lleva la pelota de rugby—, dejad jugar al chaval o me voy a cabrear.

Ulises juega un rato. Los futboleros son vertiginosos, galvánicos, explosivos. Hasta el más pasmado es cincuenta veces más rápido y más fuerte. Pero Ulises es alto, mide casi un metro noventa, y es ágil de manos: coge fácilmente los lanzamientos aéreos. En una jugada recibe un placaje demasiado enérgico. Ruedan por el suelo. La espalda de Ulises se resiente. Dice que pasa de jugar. Tiene la ropa manchada de césped y barro. Gelo lo observa desde lejos y sonríe. Ulises ha aprendido la lección: mezclarse demasiado con futboleros puede resultar contraproducente.

Serafí dispone el desayuno bufé por las noches, antes de irse a dormir. Alinea la primera fila de mesas, quita las sillas para que no estorben, pone los manteles de hule, coloca los vasos de tubo, las cucharillas alargadas, los cuchillos de sierra para cortar el pan, las servilletas de papel. En el otro extremo, el cacao en polvo, el café soluble, las aceiteras y el azúcar refinado. El pan no llega hasta las seis de la mañana, hora en que Serafí baja y también coloca los

tomates, los fuets y los quesos, así como los cartones de leche y los botes con cereales.

El desayuno es como un botín, y quien se despierta primero tiene más posibilidades de obtener su recompensa. Algunos futboleros se levantan a las seis y media para hartarse de comer. Ulises se levanta temprano para ir al colegio, pero da igual, porque pasadas las siete no quedan ni las migas. Los futboleros, soñolientos y en ropa interior, arrasan con todo, como una auténtica plaga descontrolada, y al acabar se vuelven a la cama.

—Pero ¿cuántas horas duermen? —pregunta Ulises a Sebas—. ¿No estudian?

—¡Aquí no estudia ni Dios! —responde el de Navarcles sin prestarle mucha atención, concentrado en pasar las páginas de una revista de baloncesto.

La verdad es que Sebas tampoco estudia. Cada día, Mompalau y Ulises comprueban cómo se le pegan las sábanas. Hasta el mediodía. Hasta que llega la mujer de la limpieza y le dice que ya está bien, que tiene que limpiar la habitación o la echarán.

—¿Por qué no te despiertas? —le pregunta Ulises.

—No sé qué me pasa —responde Sebas—. No oigo el despertador.

—Tienes que hacer un esfuerzo.

—Ya lo sé, pero por más que lo intento no puedo.

—¿Seguro que lo intentas?

A lo largo de las tres semanas siguientes, Sebas no pisa el instituto. Dice que no está jugando muy bien, que necesita reposar para poder esforzarse más durante los entrenamientos. Pero la verdad es que se queda hasta tarde jugando a las cartas, al pimpón o viendo la televisión. Está plenamente integrado. De hecho, es el único baloncestista que los futboleros pueden llegar a tolerar. Algunos hasta lo adoran. Hablan el mismo idioma, un idioma que Ulises aún no sabe interpretar.

A veces no puede soportar la compañía de Mompalau y hace todo lo posible para evitarla. Se levanta diez minutos antes y se

apresura para llevarle suficiente ventaja y hacer solo el camino hasta la Academia Lloret. Otras veces espera a que el de Palafrugell salga primero, y a continuación lo sigue a un centenar de metros, aminorando la marcha, si hace falta, para no tener que coincidir en ningún tramo. Desde esta distancia ha aprendido a odiarlo. En alguna ocasión, Mompalau se gira, lo ve y lo espera. Continúan juntos y en silencio, cada uno con los auriculares puestos, escuchando su particular banda sonora.

Pueden estar días sin dirigirse la palabra.

Desconoce el motivo, pero hay algo que lo empuja a este tipo de comportamiento hacia su compañero. Mompalau no le ha hecho nada, pero Ulises prefiere desmarcarse a mantener una fútil pero consentida relación de dependencia. No quiere estar atado ni a Mompalau ni a nadie.

Una noche, un raudal de agua fría sobrevuela la oscuridad de la habitación. Mompalau se incorpora legañoso y mojado de arriba abajo, enciende los fluorescentes del lavabo, deja el batiente entornado de manera que la luz penetre entrecortada. Con el susto, Ulises también se ha desvelado. Enseguida se da cuenta de que Sebas no está, de que bajo las sábanas hay una almohada que da la sensación de ser un cuerpo caliente profundamente dormido. No se levanta para ayudar a su compañero a deshacer la cama, cambiar el colchón y poner de nuevo sábanas secas. Se queda con los ojos entreabiertos, haciéndose el dormido, espiando los movimientos, pensando que en el fondo se lo tiene bien merecido.

Como su ídolo es Toni Kukoč, se pide el número siete. Pero no es tan fácil: hay dos compañeros de equipo que también lo quieren. Hilari se desentiende. Se lo juegan a piedra, papel o tijera. En la última tanda, Manolo saca piedra; Ulises, papel.

La liga no es ni de lejos tan emocionante como cuando jugaba en Manresa, donde ganaban y perdían con el alma en un puño, y donde tanto las victorias como las derrotas se podían contar como agónicas gestas. Con el nuevo equipo, que ha absorbido a las grandes figuras del resto de las canteras de su quinta, intimidan a

los contrarios solo con el escudo que llevan en el pecho a la izquierda. No tienen compasión, no se la pueden permitir. Son el Barça, uno de los mejores clubes del mundo. Ganan de setenta, de ochenta, hasta de cien puntos. A la Penya de Badalona, uno de los principales rivales históricos, ni más ni menos que de cuarenta y cinco. Cada dos semanas se desplazan para jugar fuera. Mataró, Badalona, l'Hospitalet, Cornellà, Granollers, Esparreguera, Girona, Tarragona, Reus, Manresa. Allí donde van, arrasan.

Aun así, Ulises es consciente de no estar alcanzando un alto nivel de juego. Hace buenos entrenamientos, se sacrifica, su voluntad por mejorar cada día es inflexible y constante, pero en los partidos no se luce. Hilari, el entrenador, habla con él. Le dice que tiene que ganar confianza, que tiene que soltarse, que tiene que destapar su talento, que tiene que disfrutar jugando. Pero no es tan fácil cuando las sensaciones no son buenas. Ulises nota que se encuentra anquilosado, con las ideas poco claras, lleno de vicios técnicos que lo hacen ser previsible y poco eficaz. No sabe por qué, pero ha adquirido una postura extraña a la hora de correr: levanta demasiado los brazos, junta los codos contra el tronco, apenas balancea la cintura escapular. Y aun así es el que más curra durante las sesiones de preparación física. Esta capacidad de sacrificio se ve recompensada cada sábado en el terreno de juego: Hilari lo hace salir en el equipo inicial. Ulises es buen pasador y le gusta dejar vía libre a la imaginación, inventar asistencias, despistar al adversario mirando hacia un lado y ofreciendo la pelota al lado contrario. Pero tiene que aprender a saber cuándo conviene arriesgar y cuándo no. Tiene que madurar. Para jugar en can Barça no basta con coger rápidamente la banda en los contraataques. Los palomeros no son prometedores. Hay que defender. Y hay que ganar visión de juego, dominar el ritmo de los partidos, saber cuándo hay que apretar el acelerador y cuándo parar el juego; hay que entender cómo aprovechar las ventajas y cómo compensar los desequilibrios; hay que aprender a seleccionar los tiros de media y larga distancia; hay que asimilar el bloqueo y la anticipación del rebote, la defensa cuerpo a cuerpo, la participación en las ayudas. Por otro lado, si no es capaz de

encestar desde distintas posiciones, no podrá competir. Meterlas desde lejos significa ganar credibilidad. Si hace salir a los rivales a defender fuera, si estos se ven obligados a puntearlo, a marcarlo de muy cerca, podrá encarar la canasta sin problemas, fintar, alcanzar la línea de fondo, dividir, doblar la pelota o penetrar hasta debajo del aro. En caso contrario, lo flotarán, lo marcarán a una distancia de precaución y será fácil adivinar sus intenciones y movimientos. Pero ¿cómo puede aprender a descifrar el juego y a compensar los desequilibrios si hagan lo que hagan apalizan al rival?

En este sentido, Joaquín es el jugador más completo que ha visto nunca. Aunque algunas voces lo tildan de demasiado individualista, es un regalo poder jugar con él. Selecciona bien los tiros, tiene movimientos técnicos adquiridos de primer nivel, una visión de juego precisa y unos porcentajes que dan escalofríos. Él y solo él es quien controla los partidos. Y tanto es así que Ulises, al finalizar los encuentros, tiene la sensación de haber actuado como un simple títere a su servicio. Joaquín es perspicaz, lleva el baloncesto en la sangre y es difícil no quedarse deslumbrado por su inmenso talento. Es un ganador nato, asume la responsabilidad en los momentos clave, no se achanta nunca. Y, a pesar de todo, sufre un hándicap, un único pero fatal inconveniente: es un retaco. Es evidente que su talento, su pericia, sus maneras, son una reacción natural y evolutiva ante esta desventaja. Si fuese más alto quizá no sería ni la mitad de bueno, su intuición se habría rebajado. En cualquier caso, no hay día en que Ulises no se quede maravillado y se quite el sombrero ante su juego.

Joaquín, Ulises y otros siete jugadores del Barça reciben una llamada por parte de la Selección Catalana. Hay veintisiete jugadores en total, de los cuales tienen que quedar doce para el campeonato de España que se disputará en Cuenca dentro de tres meses. Después de dos largas, duras e intensas cribas, Ulises acaba siendo seleccionado.

Pero estos éxitos significan poco en un lugar como La Masia, donde las verdaderas gestas solo pertenecen al ámbito del fútbol. Los jugadores de baloncesto no pasan de ser una especie de gladiadores de segunda o tercera categoría. Tienen derecho a

comer, dormir y disfrutar de las instalaciones, pero no a inscribir su nombre con letras doradas en los anales del club.

Toma conciencia de que algo en su interior está cambiando muy deprisa, tan deprisa que no es capaz de identificar de qué se trata. Las horas de soledad son un bombardeo constante de sensaciones, pensamientos y proyecciones mentales que no se ve capaz de poner en orden para procurar ahormarles un sentido. El trato de los demás compañeros continúa atemorizándolo. El respeto que se gana es relativo. Así como algunos lo consideran una persona muy joven pero sensata, educada y respetuosa con el resto, honesta y sacrificada, que estudia hasta tarde en la biblioteca, otros se divierten calumniándolo por estas mismas razones.

—No me mires así —le vocifera uno de los residentes más veteranos, que juega de portero.

—¿Qué pasa? —se interpone Gelo.

—Este chaval, que no me gusta cómo me mira. Que no me mires te he dicho.

¿Qué tiene en la mirada? ¿Por qué incomoda?

Hay veces que algunos residentes no se quieren sentar a su lado a la hora de comer y le piden que se vaya a otra mesa. No hay motivos claros que lo justifiquen. Es así y punto, y Ulises no tiene más remedio que aceptarlo con resignación. Coge su servilleta y cambia de mesa.

—¿Por qué me lo dicen? —le pregunta a Sebas.

—Ni puta idea.

—Yo no te veo nada raro —lo consuela Mompalau.

Un mediodía, Bonafont y Altmaier hacen acto de presencia. Saludan a todos y se sientan a comer con Ulises, Sebas y Mompalau. Bonafont está peligrosamente risueño y Altmaier, como siempre, calla y observa, como un guardaespaldas bien adiestrado. Cuentan anécdotas sobre la vida en la nueva residencia.

—La Blume está llena de tías. De baloncesto, de voleibol, de atletismo, de sincronizada...

—Y están muy buenas —asegura Altmaier.

—Intentad que os cambien el año que viene.

Sebas se muestra ansioso. No ve la hora de que lo envíen allí. Oír nombres de chicas le provoca erecciones.

—Os pasáis el día follando, ¿verdad?

Bonafont y Altmaier intercambian miradas.

—Pues claro. No paramos.

Después de comer, la pareja se va a entrenar y Ulises respira tranquilo de nuevo. Sube a la habitación a echarse una breve siesta. En cuanto se tumba en el colchón nota un montón de punzadas y salta de la litera asustado. Destapa las sábanas. No ve nada. Aprieta la superficie blanda con la mano y vuelve a pincharse. Quita el protector y enseguida distingue numerosas puntas de mondadientes clavados y diseminados a lo largo de la gomaespuma. Como el cuerpo de un erizo gigante. Se pasa un buen rato extrayéndolos, maldiciendo a los compañeros que acaban de largarse.

Al cabo de una semana se desencadena un conflicto en la habitación de los veteranos. Rubio, una de las promesas más atolondradas de La Masia, ha sido expulsado por culpa de sus extravagantes caprichos. Él se defiende diciendo que no puede dormir porque siempre está acalorado, incluso en invierno, y que en consecuencia necesita levantarse a las tres de la madrugada para darse una ducha fría. Y, claro, luego se espabila, juega a la consola, pone los programas radiofónicos de la Cope a todo trapo, que aunque se ponga los auriculares no dejan de emitir un rumor irritante, y hasta silba las cuñas publicitarias porque se olvida de que los otros están durmiendo. Los veteranos se han cansado de tolerarle esta actitud, le han repetido hasta la saciedad que haga el favor de aguantarse y respetar el sueño del resto. Hasta que la situación se ha vuelto insostenible y entre todos lo han echado. Isra es quien ha dado la cara: furioso, un metro setenta y dos de alambre muscular, pelo rizado y mirada eléctrica enchufada a una corriente de cien mil vatios de potencia, parece accionado por la mismísima cola del diablo. Rubio está cantando bajo la ducha, son

las tres y media de la madrugada. Isra se levanta, está harto de darle oportunidades y explicaciones, va a buscar un cubo a la lavandería. Cuando lo tiene todo preparado, apaga la luz del baño. Rubio se tiene que enjuagar a oscuras, cosa que le toca los huevos, así que entra en la habitación muerto de rabia y vociferando que quién cojones ha apagado la luz. Entonces Isra le tira un cubo de agua donde flota un bote entero de espuma de afeitar y los culos de diversas lociones.

—Anda, ve a ducharte otra vez —le suelta—. Hoy aquí no va a dormir ni Cristo, y tú todavía menos.

A las cuatro de la madrugada, Rubio aparece en la habitación de los jugadores de baloncesto con sus pertenencias básicas: un simple neceser y unas chanclas de playa. Sea verano o invierno, siempre viste con las mismas prendas: pantalones cortos y chanclas. Solo se pone la camiseta durante las comidas porque es obligatorio.

Sebas le pregunta el porqué de su presencia.

—¿Verdad que en esta habitación de mierda sobran cinco camas? —pregunta Rubio irritado, como si hubiese fallado un penalti.

No es necesario contarlas. Sobran cinco porque nadie quiere pasar la noche con los apestados del baloncesto.

—Pues a partir de ahora voy a sobar aquí —concluye saltando sobre uno de los colchones y comprobando que es igual de incómodo que todos los demás.

La primera noche, ya deja claro que no piensa aclimatarse al régimen de descanso de sus nuevos compañeros. Muy al contrario, sus nuevos compañeros tendrán que conformarse con sus arranques y extravagancias. Enciende la radio a las cinco de la madrugada y se queda frito con la Cope sintonizada. Además, ronca como una mala bestia. Le piden educadamente que apague la radio, pero Rubio duerme como un ceporro y la única vez que separa los labios es para mandarlos a hacer puñetas. Ninguno es capaz de conciliar el sueño. Ulises se levanta baldado y con cara de pocos amigos. Es evidente que, si la cosa sigue así, su rendimiento entrará en barrena.

—Este tío es un memo —le dice Ulises a Sebas—. No sabe hacer la o con un canuto.

—¿Y te has fijado en su conocimiento de la geografía española? —señala Sebas—. Si con su equipo se desplazan para jugar en Santander, dice que han jugado en Racing. Si se van a Pamplona, dice que han jugado en Osasuna. Hasta cuando juegan en Bilbao asegura que han jugado en la ciudad de Athletic.

Rubio no puede ni ver a Ulises y a Mompalau, de manera que solo se entiende con el de Navarcles.

—Yo no he estudiado, pero estoy aquí —afirma con una prepotencia alarmante, descamisado y con la mirada de un pastor que observa al lobo acercándose.

Pero lo cierto es que ni estudia ni deja estudiar a los demás. Le esconde los libros a Ulises. Lo desvela de madrugada por cualquier estupidez. Que si sabe si lloverá mañana o hará sol, que si tiene cambio, que si le puede contar un chiste o cantar una nana. Le cambia la hora del despertador o directamente le choriza la pila para sustituir la de su transistor.

Por su parte, los veteranos ni perdonan ni olvidan. A lo largo de casi tres semanas, una vez que Rubio ha acabado de hacer las abluciones pasada la medianoche, cuando apaga las luces y se dispone a dormir mientras de fondo suenan las voces de los periodistas deportivos de Antena 3 Radio o de cualquier otro programa y emisora, abren de golpe la puerta que da a las taquillas del pasillo y un cubo de agua fría vuela por los aires en la oscuridad. Cada noche más tarde, a veces dos cubos y hasta tres, de tal manera que el sueño de Rubio quede siempre interrumpido. En consecuencia, al día siguiente es fácil verlo frito hasta las tres de la tarde, y a menudo se niega a bajar a comer. Si sube el director de La Masia a llamarle la atención, Rubio alega que se encuentra mal, que le duele la barriga y tiene migraña.

Al cabo de un mes, aterriza en la habitación otro futbolero, Cuevas, de mote el Pirata, porque siempre cierra un ojo cuando habla o trama algo. Con el Pirata, Rubio redobla lo que es: un caballo completamente desbocado.

Un sábado por la mañana, mientras Ulises y Mompalau se

visten y preparan la bolsa para ir a jugar un partido a l'Hospitalet, el Pirata, que sufre de insomnio y está hojeando una *Penthouse* metido en la cama, les ordena que bailen, que si no bailan no podrán salir de la habitación.

—Sí, sí —les grita Rubio, animado ante la perspectiva de un espectáculo singular—. Bailad o de aquí no salís.

—Pero si tenemos partido.

—Pues bailad rápido y así podréis marcharos antes.

Ulises y Mompalau se miran desamparados. Ulises hace un intento de rebelarse, pero el Pirata enseguida se levanta y le dice de muy cerca que si no baila piensa putearlo hasta el final de temporada.

—¿Y qué quieres que baile?

—Lo que te salga de los cojones.

—Pero falta música.

—La música la pones tú. Y tú —señalando a Mompalau, que no es capaz de despegar la mirada del suelo—, vete pensando qué nos cantarás y bailarás.

Hacen el ridículo. Rubio lleva una pistola de agua y los rocía mientras se mueven como auténticos dementes. Acaban empapados, humillados, medio llorosos. Los dejan irse con la cabeza como un bombo. Ambos juegan un pésimo partido.

—¿Qué? ¿Cómo os fue el partido del sábado? —les pregunta Rubio el domingo por la noche durante la cena.

—Que te follen —le suelta Ulises.

—¿Qué me has dicho?

—Puto analfabeto de mierda.

Rubio coge un cuchillo de sierra y le pone la punta bajo la barbilla.

—¡Vuelve a hablarme así si tienes cojones!

—Déjalo —dice el Pirata—. Ya se ha cagado bastante en los pantalones.

Pese a los numerosos testigos, nadie se atreve a abrir la boca.

Al día siguiente, Gelo, que ha estado una semana en casa de sus padres, hace acto de presencia. Le hace tres preguntas a Ulises, muy claras y concisas. Qué te han hecho, quién y por qué. Ulises

responde con reservas. En La Masia todo es demasiado veleidoso. Ahora ya ha pasado el mal trago, no quiere volver a atraer el mal tiempo. Al final, Gelo sale de la biblioteca y lo deja estudiar tranquilo.

Dos noches después, mientras todos duermen, se abre la puerta de la habitación de par en par y se encienden las luces. Lo primero que Ulises comprueba es la hora del despertador. Son las cuatro de la madrugada. Rubio y el Pirata también se despiertan.

—¡Cagüendiós! ¿Qué cojones pasa? —grita Rubio.

Una comitiva de veteranos en pantalones cortos, camisetas y chanclas entra y se dispone a lado y lado de la puerta. Fingen tocar cornetas con las manos. Por el pasillo de honor aparece Gelo caminando como un miembro de la realeza. Se gira hacia Rubio:

—¡Tú, baila! —le ordena.

—No me toques los cojones —le espeta Rubio.

—Tú también —dice señalando al Pirata—, ya puedes empezar a bailar.

—Si me comes la polla.

—¿Que si te como la polla? Y tanto que te la voy a comer. Ya verás qué gustito te da. Pero ahora te he dicho que bailes y vas a bailar.

Rubio se ha incorporado a medias. La tensión es palpable, como la que hay en un momento decisivo donde se gana o se pierde después del esfuerzo de toda una temporada. Pero los veteranos se muestran tranquilos. Son superiores en número y los tienen bien puestos.

—¿Eres sordo o qué? —le espeta Gelo, que hace gala de una impasibilidad tremenda—. Te he dicho que bailes. Venga, levántate y al lío, que queremos irnos a dormir.

—Baila tú, no te jode —responde Rubio a pesar de que es evidente que no las tiene todas consigo.

—De acuerdo —responde Gelo, y después de casi un minuto de pausa en que nadie se mueve, ordena—: Retirada.

Gelo sale de la habitación y la comitiva entera de veteranos socarrones lo sigue.

El Pirata y Rubio susurran algo que Ulises, desde su litera, no

llega a captar. ¿Qué deben de estar maquinando? Cierran la puerta y apagan la luz y se disponen a dormir, pero no han pasado ni veinte minutos cuando las dos puertas de la habitación se abren de nuevo. Dos bolsas de basura vuelan repletas de a saber qué. El Pirata se levanta empapado de arriba abajo y trata de plantar cara a los fantasmas que se escabullen por el lavabo. Pero lo lleva crudo; los veteranos dan media vuelta, lo agarran bien por el pelo y le dicen que se porte bien o las consecuencias serán todavía peores. El Pirata se muere de rabia, el ojo medio cerrado y afilado como una navaja ya apunta y pide venganza. Ulises lo mira excitado, encogido desde la cama. Mompalau, que lleva dos días con fiebre y se ha tenido que saltar los entrenamientos, le lanza una mirada interrogativa —*¿y ahora qué?*— y rápidamente pasa a hacerse el dormido. Sebas, que también se ha incorporado a medias, se ha bajado las sábanas hasta los pies, no vaya a ser que tenga que saltar de la cama de improviso para esquivar un cubo de agua y meados.

Mientras cambia el colchón de lado, Rubio dice:

—Ahora resulta que os protegen, ¿no? Muy bien, ningún problema. Ya os daremos por culo más adelante.

—¿Podrías cerrar la ventana? ¡Estoy enfermo, joder! —levanta la voz Mompalau.

—Tú calla la boca, puto subnormal —le dice el Pirata antes de apagar la lámpara—. ¡Que pareces retrasado mental, hostia puta!

Pasan el resto de la noche con la ventana abierta de par en par, Rubio fuera de sí, cantando sevillanas en el tejado de la galería inferior a la que da la ventana. Está desbocado por completo. Al día siguiente suena el despertador a las siete y media. Rubio ha dejado los batientes abiertos y ronca como si se hubiese tragado el motor de un camión de la basura. Ulises está hecho polvo y opta por remolonear un poco. Cuando vuelve a abrir los ojos ya son las nueve. Mompalau dice que no va, que se encuentra fatal, que tiene frío y temblores. Ulises coge las dos mantas de su cama y lo tapa.

—¿Quieres que le pida el termómetro a Serafí?

—No hace falta —murmura el de Palafrugell.

Llega a la Academia Lloret una hora tarde. Le echan bronca, le vuelven a decir que no son maneras. Ulises pide disculpas, pero no da ninguna explicación. Está convencido de que no lo creerían. Finalmente, le dejan pasar.

Cuando el lunes siguiente llega a La Masia, Sebas le cuenta que el fin de semana ha sido movido. Alguien llamó desde una cabina de teléfono para dar un aviso de bomba. Hasta tres veces tuvieron que desalojar la residencia. A la tercera, Rubio se negó a salir de la habitación.

—Empezó a gritar que prefería saltar por los aires antes que volver a salir y esperar una hora a que los artificieros lo inspeccionasen todo de nuevo.

También le comunica que los dos calaveras ya no duermen en la habitación.

—¿Y dónde están ahora?

—Se han separado. El Pirata ha vuelto a la de los veteranos, y Rubio duerme en la que le da la gana.

Y lo cierto es que no comparecen a lo largo de las noches siguientes, lo cual alivia a Ulises y Mompalau.

—Ostras, si fuese así todo el año... —dice el de Palafrugell antes de apagar las luces.

—No te emociones demasiado —le advierte Sebas—. Seguro que antes o después vuelven. Y si no son estos, vendrán otros.

Ulises va a la biblioteca cargado de libros. Al día siguiente tiene examen, necesita repasar un montón de cosas. Aún hay algunos futboleros de charleta, como si en lugar de una sala de estudio aquello fuese un club recreativo. Ulises decide matar el tiempo viendo una película de acción violenta que, si estuviese en casa, sus padres no le permitirían ver. Hay mucho bullicio, el volumen del televisor a toda pastilla, una competición de pimpón con apuestas, una guerra de servilletas, chavales que se persiguen y se amenazan. Las hojas de los periódicos deportivos releídos

quinientas veces están desparramadas entre las butacas. Serafí y su mujer están fregando cazuelas, ordenándolo todo para el día siguiente. Las caras crispadas y al borde del desmayo. Un grupo de futboleros se dedica a tomarle el pelo al hijo de Serafí, que tiene ocho años y siempre mete las narices donde no lo llaman. Su hermana, que tiene dieciséis, está sentada con su nuevo novio, un lateral izquierdo de Banyoles, y las malas lenguas aseguran que con este van cinco en solo un año. Es la única chica de la residencia —la mujer de Serafí no cuenta— y todos confiesan hacerse pajas pensando en ella. El hijo de Serafí ha sacado su pelota de cuero, alguien la ha chutado con mala leche y ha roto un cristal del ventanal. Serafí echa la bronca al hijo, coge una escoba y un recogedor y limpia el estropicio. Los futboleros le pinchan para que juegue una partida de pimpón. Serafí tiene ganas de arrancarle la cabeza a alguien. Ulises vuelve a pasar por la biblioteca. Está Mattieu, el francés, sentado como siempre en su rincón. Levanta la mirada, comprueba la hora que es:

—Las doce y diez.

—Cada vez más tarde.

—¿Y Mompalau?

—Prefiere estudiar en la habitación.

—Pero si no se puede.

—Ya se lo he dicho.

En la misma sala de estudio hay dos congeladores enormes cuya resistencia emite un borborigmo constante, monótono y cargante. También desprenden bastante calor. Ulises hace los deberes hasta las dos menos cuarto, y entonces oye un ruido extraño que proviene del vestíbulo o de la cafetería. Ulises y Mattieu asoman la cabeza y pillan a Sebas en una posición extraña, abrazando uno de los teléfonos monederos boca abajo.

—¿Qué haces?

Sebas hincha los carrillos y zarandea el teléfono hasta que le hace regurgitar las numerosas monedas que la panza metálica contenía. El francés lo observa intrigado. El resto de los residentes ya ha subido a dormir. Sebas sonríe como un imbécil mientras una moneda de las grandes cae por la ranura.

—¿Qué? ¿Más? —le pregunta Mattieu.

—Sí, más —responde Sebas, que vuelve a abrazar el aparato en posición invertida, lo sacude y oye como en el vientre aún tintinean abundantes monedas.

La vacían casi por completo. Dejan unas cuantas para que el hurto no se note tanto.

Durante las semanas posteriores, hacia las dos de la madrugada, coinciden junto a los teléfonos. Comprueban que no quede nadie en la planta baja, cierran las puertas y se sitúan en lugares estratégicos, en el pasillo y debajo de las escaleras, para avisar en caso de que aparezca alguien. A continuación, vacían los aparatos, van a la biblioteca y se reparten el botín. Sebas es quien tiene más pericia, el que se aplica con más entusiasmo. Se necesita una buena dosis de proyección mental para averiguar el recorrido de las monedas por el interior del aparato digestivo del teléfono, y cierta intuición y sensibilidad táctil para saber en qué momento preciso hay que darle la sacudida definitiva, la que las escupe por la ranura de las devoluciones.

No dicen nada a nadie. Con el dinero, Ulises adquiere pastelitos y golosinas que Serafí vende a buen precio para sacarse un sobresueldo; Sebas compra revistas porno y de baloncesto; el francés, una entrada para ir a un concierto.

Un jueves, uno de los veteranos que vuelve de fiesta entra por la puerta del vestíbulo y los pilla in fraganti.

—¿Y cómo lo hacéis, eso?

Al día siguiente pasan a ser los veteranos los que, después de llamar, y sin ningún tipo de medida de precaución, se dedican a vaciar los teléfonos monederos de la planta baja.

Se está endureciendo y lo sabe. Siente miedo y excitación cada vez que pisa La Masia, cada vez que entra en una de las habitaciones, cada vez que echa el cerrojo en los lavabos, cada vez que se dispone a irse a dormir. Sabe que en cualquier momento le pueden llover zurriagazos de toallas empapadas o cubos de agua fría. Solo está tranquilo entre estanterías de libros, a altas horas de la

madrugada, compitiendo con Mattieu a ver quién se queda hincando los codos hasta más tarde. El francés no es ningún aliado, es un futbolero más como cualquier otro, pero es de los pocos residentes, aparte de Ulises, que estudia con ganas. Es serio, aplicado y constante. El único que se levanta a las siete de la mañana para acudir —repeinado, bien vestido y perfumado— al Liceo Francés a las ocho en punto. Los dos se pueden pasar horas con la cabeza metida entre los libros, haciendo deberes, leyendo, repasando. Ulises sabe que, aunque Mattieu lo considera un idiota, lo considera el menos idiota de todos. Mattieu es un chaval cultivado que gasta cierto aire altivo y aristocrático. Los párpados a media asta denotan cierta inclinación a la indiferencia emocional, y sus levantamientos de ceja son una manifestación de su desconfianza del entorno. Escucha con atención antes de responder. A veces incluso se permite el lujo de no hacerlo.

—La madre que te parió. Eres más parisino... —le dice Serafí, que, dado que lo descubrió, lo considera una especie de tesoro personal.

Pero el rendimiento deportivo de Mattieu, según oye comentar Ulises, ha entrado en barrena recientemente, contradiciendo a quienes, habiendo examinado su proyección las dos primeras temporadas, pronosticaban que estaban ante una de las figuras más prometedoras de la cantera culé de los últimos años. Mattieu se resiente de este hecho, sobre todo cuando otros jugadores le plantan cara. ¿Es por eso por lo que sigue estudiando como el que más? ¿Porque intuye que no llegará muy lejos? En cualquier caso, el mensaje que se destila de ello es una advertencia, un toque de atención que solo puede ver quien tiene los pies en el suelo. Ulises lo ha entendido, y sabe que debe seguir estudiando cueste lo que cueste, no sea que su futuro en el baloncesto se reduzca solo a jugar en ligas inferiores o, en el peor de los casos, a sufrir una lesión que lo aleje definitivamente del terreno de juego. Además, el hecho de aplicarse en los estudios no le supone ningún esfuerzo. Tiene el sentido del deber bien asimilado, y siempre le han dado curiosidad las cosas. Ahora bien, solo hay que comparar las calificaciones actuales con las de otros

años para constatar que su rendimiento académico ha disminuido de forma considerable. Se aplica en los estudios, no hay duda, pero no llega donde supuestamente debería llegar. Si el año anterior se sentía seguro de sí mismo, incluso eufórico de cara a los exámenes, ahora se siente menos preparado y más vacilante. Las horas de dedicación y el grado de concentración no son ni por asomo satisfactorios.

Mompalau, por su parte, parece haber capitulado. Ha dejado de ir al colegio. Le suena el despertador, pero se limita a silenciarlo y acurrucarse cómodamente en la cama. Sebas ya hace tres meses y medio que se rindió del todo: tanto es así que ni siquiera tiene despertador.

Llegados los exámenes, Ulises sigue viéndose obligado a dejarse caer por la biblioteca a horas cada vez más intempestivas. Los veteranos consideran que es un espacio idóneo para charlar y jugar a las cartas, al parchís o al ajedrez. En ocasiones, Mattieu les pide que se callen.

—Esto es una biblioteca, no un casino.

Los veteranos le proponen que se vaya a estudiar a la calle, con las putas.

—Junto a las hogueras te calentarás.

—Allí me encontraré con vuestras madres —replica el francés.

—¿Y tú qué miras? —le preguntan a Ulises para desviar la atención.

—¿Yo? Nada. —Y se sumerge en una ecuación.

Más tarde, cuando los veteranos se han ido a dormir, Mattieu le pregunta si necesita que le eche una mano con las de segundo grado.

—No hace falta.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —responde Ulises tras titubear un segundo.

No hay nadie que no tenga hambre en La Masia. Es un nido de escorpiones hambrientos que incluso se comerían entre ellos.

Mattieu hace días que estudia con detenimiento los dos

congeladores, como si fuesen los cofres de un botín valiosísimo.

—¿Qué quieres hacer? —se atreve a preguntarle Ulises.

—Ahora mismo lo verás.

Está un rato manipulando el tirador, intentando forzar la cerradura con un bolígrafo y después con la fina punta de un compás. Pero no hay manera.

—Tú vigila —le ordena el gabacho.

Ulises asoma la cabeza por la escalera. Oye unos murmullos en el piso de arriba, el desplazamiento de chanclas de chavales chinchándose. Piensa en los de casa, que hace horas que deben de estar durmiendo. Se pregunta qué deben de haber cenado. Su padre se levantará dentro de poco, se encerrará en el lavabo y se afeitará. Puede oír el runrún de la máquina eléctrica desplazándose suavemente por su rostro. De pronto le llega un ruido seco proveniente de la biblioteca.

En la nevera hay barras de helado, brazos de gitano y nata en espray. Postres reservados a los directivos y oficinistas del club que entre semana comen en La Masia.

—Trae los vasos del desayuno.

Ulises coge un par del comedor.

Cargan un vaso con helado de fresa y nata y otro con vainilla y chocolate. Interponen diversos estratos de nata montada y lo rematan con numerosas dosis de la azucarera. Una auténtica bomba de glucosa. Cuando acaban de rebañarlo y se disponen a prepararse otro aparece Sebas, que bajaba con la intención de *limpiar* los teléfonos monederos.

—¿Qué hacéis, mamones?

—¿A ti qué te parece? —contesta Mattieu con las comisuras de los labios manchadas de helado.

Sebas aparca la idea de los teléfonos y se prepara un par de cócteles explosivos.

—Esto está de puta madre.

Las noches siguientes instauran el hábito. Cogen las barras o los botes ya empezados y los dejan temblando. Una vez que se han atiborrado, lo disponen todo tal y como estaba, fijan como pueden la pequeña cerradura del tirador del congelador y se van a dormir

con la barriga llena.

Es divertido. Son niños, a fin de cuentas. Mattieu tiene dieciséis años; Sebas, quince; y Ulises está a punto de cumplir catorce. Dentro de unos años echarán la vista atrás y se reirán de todo esto. Si no lo hiciesen, en cambio, estas noches pasarían enseguida al olvido.

Los viernes que vuelve a casa se siente eufórico. Coge el autobús en la avenida Diagonal, en la parada de Maria Cristina, y a la hora y cuarto su padre pasa a recogerlo por la estación de autobuses de Manresa. La niebla y el frío le indican que ya está en casa, pero aun así no consigue rebajar el grado extremo de tensión que experimenta durante la semana entre las cuatro paredes de la residencia. Cenan en familia. La calidez del hogar tarda unas horas en hacer efecto. Ulises se siente amenazado y desconfía de todo, y esta tensión es palpable y le hace mantener las distancias. Sus padres quieren saber cosas, le hacen preguntas sobre la vida que lleva en La Masia. Ulises trata de responder con franqueza, pero cuando detecta que sus padres empiezan a escandalizarse rebaja el grado de gravedad o directamente miente. Odia hacerlo, pero no quiere causarles inquietud ni preocupaciones. Además, teme que lo saquen de La Masia y echen a perder así su sueño de jugar en el Barça.

Luego se encierra en la habitación e intenta hacer los deberes. Está baldado, pero quiere demostrar a sus padres que es un luchador y que está determinado a ir por el buen camino, por mucha pendiente que haya. Cuando sus padres ya están en la cama, Ulises va al comedor y enciende el televisor. Al día siguiente duerme hasta tarde.

Su padre lo echa de menos. Para estirar el tiempo que pasan juntos, lo acompaña hasta la Academia Lloret de Barcelona los lunes a primerísima hora. Salen cuando aún está oscuro, apenas se dicen nada en todo el trayecto. De vez en cuando, su padre hace comentarios y apreciaciones sobre los vehículos que los adelantan. No sabe de baloncesto. No es ni por asomo aficionado a ese

deporte. Si su hijo fuese pianista, entonces lo acompañaría a las audiciones, a pesar de no tener ni idea de música tampoco.

Ulises sabe que sin su padre no lo conseguiría. Que su padre se levante en plena noche cerrada para llevarlo a Barcelona y que acto seguido se vuelva a Manresa no es solamente un gesto paternal. Para Ulises significa ahorrarse una noche de pavor en La Masia.

Un lunes por la noche, un grupo de futboleros los obligan a él y a cuatro más a hacer sentadillas en el rellano del primer piso. De pie y con las piernas ligeramente separadas, las plantas de los pies en contacto total con el suelo, las rodillas flexionadas y la espalda recta apoyada contra la pared.

—Si aflojáis, estaréis un cuarto de hora más —les advierte uno de los veteranos.

Contemplar el sufrimiento de las víctimas produce carcajadas. Las muecas de incomodidad no tardan mucho en convertirse en dolor. Los abductores y los cuádriceps se cargan, la región lumbar se contrae, la espalda tiende a curvarse. Al rato, la mente deja de controlar el cuerpo y comienzan los espasmos. A pesar de las amenazas, Ulises acaba cediendo. Tres veteranos se descalzan las chanclas y le pegan en el torso con ganas. Ulises se revuelca por el suelo como una croqueta. No tiene fuerzas para huir, ni siquiera levanta las manos para pedir auxilio. No hay ningún alma compasiva y salvadora a la vista. Se limita a girar sobre sí mismo para que los golpes queden repartidos.

—Ponte de pie ahora mismo —le ordenan—. Vas a estar un cuarto de hora más.

Serafí aparece con el pijama puesto, les pide que dejen de hacer el capullo y que se vayan a dormir de una vez. Ulises renquea hasta la habitación con las manos en el costado, tremendamente dolorido. Pero, al cabo de un rato, el mismo grupo de futboleros pasa por la habitación a buscarlo.

—Aún no hemos acabado de divertirnos contigo.

—Anda, ven, que te vamos a meter en la ducha.

Meten a Ulises bajo el chorro de agua.

—¿Por qué me hacéis esto? —dice Ulises sollozando, incapaz

de ver una salida ni un final.

—Porque nos sale de los cojones —es la respuesta que recibe.

Es de traidores decirlo, pero lo dice igualmente:

—¿Y el Mompa?

También meten a Mompalau. Los dos en pijama bajo la ducha.

—¿Por qué nos hacéis esto? —pregunta Mompalau.

—Porque mola —responde uno de los presentes, que es andorrano.

Es difícil asegurar si, por detrás del flequillo, el andorrano los está mirando o no. Su talento con el balón en los pies es portentoso, y eso merece el respeto de todos. Ulises tiene la sensación de que, mientras esté el andorrano, no se excederán. Pero es una sensación piadosa y falsa. El andorrano, como tantos otros, no es un miembro activo de ninguna tortura, pero en su pasividad tampoco ayuda. Es más: se ríe a mandíbula batiente. Pero ¿cómo no reírse al verlos con esas pintas? Dos chavales altos, con pelos incipientes en la picha, temblando no se sabe si de frío o de pavor ante los futboleros un poco más mayores, bajitos y estevados, que además no tienen ni dos dedos de frente. Uno de ellos coge a Mompalau por el pescuezo y lo empotra contra las baldosas. Mompalau ni se atreve a llorar: un chorrito de sangre aguada le resbala desde la ceja y el cuello del pijama empapado se mancha al instante. Con la visión de la sangre, los futboleros ponen pies en polvorosa entre carcajadas y portazos. Al final se han pasado de rosca y se sienten satisfechos.

—Me quiero ir a casa —dice Mompalau.

—Tranquilo —le dice Ulises—. Ya ha pasado.

—No para de sangrarme.

No hay ningún responsable. Serafí ha subido a dormir, a partir de cierta hora se desentiende de lo que pueda pasar en las plantas inferiores; el vigilante de seguridad no es de confianza y suele estar ausente, hablando con las putas a pie de calle o paseando por algún lugar de las instalaciones; además, si se quejan, se arriesgan a que las consecuencias sean aún peores. Ulises baja y llama a un taxi. Mompalau, mientras tanto, ha teñido

dos toallas.

Secos y con mudas limpias, se suben al Mercedes que ha estacionado ante la puerta de la residencia. Cuando el taxista ve a Mompalau, enseguida les pide que bajen.

—¿Por qué?

—Me lo vais a manchar —responde adustamente.

Ulises pregunta a una de las putas dónde pueden encontrar taxis a esas horas, y se deja indicar que en dirección a la Diagonal. Delante del hotel Princesa Sofia hay un par estacionados y con la lucecita verde.

—Tira la toalla.

—Se me va a manchar la ropa.

—Hazme caso.

Mompalau obedece. Suben al primero de los vehículos.

—¿Adónde? —pregunta el taxista medio dormido.

—Al hospital.

—¿A cuál?

—No lo sé —dice Ulises—. Al que esté más cerca.

Los deja delante de la puerta del Hospital Clínico. Ulises paga la carrera. Mompalau se queja de dolor de cabeza. Se limitan a seguir los carteles indicadores de urgencias. A la chica del mostrador le cuentan que ha sido un accidente.

—Ha sido sin querer. Iba despistado y se ha dado un golpe contra una puerta.

Cuando la chica comprueba sus edades, les pregunta dónde están sus padres. Ulises explica que son residentes de La Masia.

—¿Qué es eso?

—Una residencia de deportistas del Barça —responde Ulises un pelín avergonzado.

—¿Y no hay ningún responsable?

—No.

Les hacen esperar un buen rato. Hace frío en los pasillos. Mompalau se tapona la herida con pedazos de papel higiénico. Tiene el rostro descompuesto. La gente los mira con desconfianza, como si sospechasen que se han zurrado entre ellos.

Al día siguiente, el señor Farrés hace llamar a Mompalau a su

despacho después de comer. Mompalau cierra la puerta tras él. Lleva cuatro puntos de sutura y un apósito. Hablan unos diez minutos.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunta Ulises más tarde.

—Que dónde me he roto la ceja.

—¿Y qué le has dicho?

—Que en el entrenamiento.

—¿Y te ha creído?

—No lo sé.

Uno de los futboleros que los martirizaba la noche anterior se acerca a medio palmo de Mompalau y se pone de puntillas para amenazarlo:

—Como hayas cantado, te cortamos la polla.

—No he dicho nada —se defiende Mompalau intentando quitárselo de encima.

El adjunto del señor Farrés irrumpe en la escena.

—¿Qué le estás diciendo?

—¿Yo? —responde el futbolero mientras se aleja escaleras arriba saltando escalones de tres en tres.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta el adjunto a Mompalau.

—No me ha dicho nada.

El andorrano también asoma la cabeza, pero al ver el panorama se hace el angelito.

A Hilari, el entrenador, tampoco le cuadran las cosas. Mompalau le ha contado que se lo ha hecho subiendo a la litera.

—Pero si tú no duermes en litera —le replica Hilari, que está al tanto de todo.

Mompalau clava la mirada en el parqué.

—¿Y tú qué dices? —le pregunta Hilari a Ulises.

—Yo digo que los futboleros son unos cabrones.

—Eso ya me lo imaginaba.

Por la noche, cuando vuelven a La Masia, reina una sospechosa calma. Nadie juega al pimpón y los portones están cerrados. Es día de fútbol, todo el mundo está sentado en las butacas de cara a la tele, viendo un partido de la Copa del Rey. De vez en cuando se oye un comentario, un improperio, un clamor

emotivo y sostenido. Ulises y Mompalau cenan una pizza y un cuenco de patatas fritas que Serafí les ha guardado por si llegaban tarde. Eso no tiene precio, y los dos chavales se lo agradecen infinitamente. Serafí, extenuado después de una jornada de prevención y postración, los mira como si fuesen transparentes. Luego, Ulises se queda en la biblioteca, repasando lecciones atrasadas. Si no espabila, suspenderá Matemáticas y Ciencias Naturales. Pasada la medianoche oye alboroto en las habitaciones del piso superior. Ulises sube con cautela, no las tiene todas consigo, aquello no augura nada bueno, y sin duda las malas impresiones se confirman cuando abre la puerta de la habitación: está atestada de futboleros en pantalones cortos y con los torsos descamisados. Una vaharada rancia y cosmética sale en estampida y le anula el sentido olfativo. Todos hablan a la vez, intentando superponer el volumen de su voz al del resto. Entonces Ulises se da cuenta de que su compañero de equipo es el centro de atención: le están obligando a afeitarse los huevos con la máquina de rasurar cabezas. Lleva la máscara de la desesperación adherida a la cara: ha llorado tanto que sus ojos no pueden derramar más lágrimas. A través del vendaje de la ceja rezuman pequeños coágulos de sangre. Ulises no puede hacer nada. Si no sale rápido de ahí, lo único que conseguirá es que también lo martiricen a él. Baja las escaleras. Las puertas que comunican con el exterior del recinto están cerradas. Las putas al otro lado, seduciendo a los clientes, algunas con las tetas al aire y haciendo gestos obscenos. Ulises salta la valla y deambula por el perímetro del Camp Nou. Se gira de cuando en cuando. Teme que lo estén siguiendo. Cada vez más lejos, busca los ventanales de La Masia, amenazadores y tétricos, como una cámara de torturas iluminada con antorchas. No quiere pasar la noche en la calle, pero tampoco quiere volver a la residencia. Se zambulle en un lago de miedos. Quiere volver a casa, a su casa de verdad, a poco más de sesenta kilómetros de distancia. Quiere sentir el olor de su almohada de toda la vida. Levantarse temprano y descansado para ir al colegio y ver a sus amigos de siempre, a los mismos que aceptaban que él era un líder por naturaleza.

Da la vuelta entera al estadio. Desconoce los sonidos de la noche, que lo atrapan en una especie de vorágine intimidatoria. Hasta el retumbar de sus propios pasos le parece familiar y distante en el contexto nocturno. Las sombras que fluctúan bajo las farolas son contrincantes infalibles, capaces de driblarlo hasta que despunte el día. Pasa por delante del Picadero. Al día siguiente entrenará a fondo con el resto de los compañeros del equipo, que deben de estar durmiendo plácidamente en un ambiente seguro y confortable. Un coche de policía se para al lado de la acera.

—Chico, ¿estás bien? —le pregunta un agente después de bajar el cristal de la ventanilla.

—Sí —contesta Ulises.

—¿Por qué lloras?

—Por nada.

—¿Te has perdido?

—No. Vivo aquí al lado.

—¿Dónde?

—En La Masia.

—¿Dónde?

—En La Masia.

—¿Juegas en el Barça?

—Sí.

—¿Al fútbol?

—No, al baloncesto.

—¿Y qué haces aquí?

—He salido a dar una vuelta.

—No son horas de salir a pasear. Anda, vete a casa.

Se iría a casa con mucho gusto. Pero es tarde, no hay autobuses y no sabe qué hacer. Acaba de bordear el estadio inmenso y siniestro a paso de tortuga. Cuando llega al enrejado de la calle Maternitat, apoya la cabeza en la valla y observa. Las luces apagadas, no se oye ni un murmullo. El show debe de haber terminado, quién sabe de qué manera. Se imagina cómo deben de haber estado buscándolo por todas partes.

Desearía que estuviesen todos muertos.

Salta la portalada de hierro colado, entra en el edificio y sube

las escaleras como un felino alerta. Abre la taquilla, coge la Gillette y la espuma de afeitar y cruza la habitación hacia los lavabos. Hay una mezcla fatídica de olores: a sudor, a pies, a lágrimas, a establecimiento de cosmética. Mompalau está exhausto y duerme con dolor, apretando fuerte los párpados. Ulises se desviste, se mete bajo la ducha y se afeita los huevos con mucho cuidado.

III

Siguen sin conocer la derrota. Joaquín siempre acaba convertido en el máximo anotador. Las envidias estallan dentro y fuera del equipo, pero Joaquín ni se inmuta. Qué ejemplo de mentalidad ganadora, piensa Ulises con gran admiración. ¿Puede un solo jugador representar la esencia de un deporte? ¿Y puede, pese a representar dicha esencia, no reunir las condiciones para completar el gran salto? Quien lo ha visto jugar sabe que, si Joaquín midiese un palmo más, sería un jugador digno de la NBA. Pero ¿es justo que el baloncesto esté tan supeditado a la estatura? ¿Dónde se relega la dimensión del talento? De hecho, hay un montón de jugadores altos como un campanario y cortos de entendimiento. Y lo que produce más desesperación es ver cómo el club confía ciegamente en ellos y lo apuesta todo a su progresión. Ulises no es un escolta muy alto, más teniendo en cuenta que hay bases que llegan a medir dos metros o más. ¿En qué posición lo deja eso? Como muchos otros jugadores, se consuela pensando que todavía tiene que crecer, y que lo más natural es que un día acabe jugando de base.

Se desplazan hasta Olot con la Selección Catalana para jugar un partido preparatorio para el campeonato de España. Como en el Barça ya viste el siete, no encuentra oposición para coger el mismo número. Juegan contra los vascos, que intimidan porque son fuertes, peludos y aguerridos: tienen fama de ser difíciles de vencer. También parece que sean más mayores, pero en realidad tienen la misma edad. El partido es pura emoción desde el principio. La Catalana se adelanta gracias a la excelente actuación de Joaquín, que ha calado a los jugadores exteriores del equipo vasco. Ya hagan zona o individual, Joaquín sabe guiar al ataque y, sobre todo, lanzar contraataques. Es una maravilla ver cómo se

desplaza de un lado a otro del campo con la pelota imantada a las manos. En la media parte ya lleva veintiún puntos y nueve asistencias. Pero en un momento determinado del partido, algunos jugadores de la Catalana se hinchan a hacer faltas personales y acaban eliminados. Dalmases, el entrenador, se ha quedado sin voz de tanto abroncar al árbitro, se ha llevado una técnica y está a punto de ser expulsado. Visto y no visto, deja de haber suplentes. Cinco jugadores vascos contra cuatro catalanes terminan jugando los últimos siete minutos. A muerte. El partido es tan épico que las emociones se desbordan. El público, formado en su gran mayoría por padres de ambos equipos, se desgañita desde la grada. El ambiente es inmejorable. Ulises juega los últimos cuatro minutos llorando a lágrima viva. Se siente ridículo, pero no puede evitarlo. Aun así, continúa corriendo, defendiendo, anotando como el que más. Es una sensación nueva, como si le fuese la vida en ello. Asume responsabilidades y no se arredra. Pero los vascos, jugada tras jugada y gracias a la superioridad numérica, se van acercando lentamente en el marcador.

El País Vasco pierde. Catalunya obtiene la victoria por un solo punto de diferencia, *in extremis*. Pero lo celebran como si hubiesen ganado el campeonato de España de selecciones. Han jugado durante dos horas y diez minutos. Ha sido un partido larguísimo, lleno de parones, de faltas personales y de tiempos muertos. Ninguno de los presentes recuerda un partido de categorías inferiores tan emocionante. Tanto familiares catalanes como vascos están eufóricos, han compartido una gran experiencia. Algunos incluso intercambian direcciones y teléfonos. Se respira la sensación de que todos han salido ganando. Sin embargo, es evidente que aún no han ganado nada, ni unos ni otros. Aún les falta mucho camino por recorrer. Tienen que entrenar mucho y mucho más duro. Tienen que hacer un esfuerzo para jugar más unidos, para compenetrarse mejor, sobre todo entre jugadores de los diferentes equipos convocados.

—Un campeonato de España supone sudar la gota gorda. Hoy habéis jugado como niñas. Los vascos os han estado dando por saco hasta el último momento. Y os gustaba. Se notaba que os

gustaba. Tenéis potencial suficiente para ganarlos de paliza, y en cambio os habéis dejado dar por culo todo el rato porque sois unos maricas. Si seguís así, en Cuenca no aguantaréis ni cinco minutos. O hacéis un cambio o esto se acaba aquí.

Esto es lo que dice Dalmases con la cara y la voz crispadas. Los jugadores se quedan abatidos, pensativos en los bancos de madera del vestuario, el pelo encrespado, los cuerpos aún hinchados y humeantes.

—Si no queréis ganar, si queréis ser unos maricas, me gustaría que vinieseis y me lo dijeseis a la cara. «Dalmases, yo no quiero ganar porque soy un marica.» ¿Ah, sí? Pues para casa. ¡No quiero maricones en este equipo! ¿Ha quedado claro? ¿Hay maricas? ¿Quién es homosexual aquí? A ver, que levante la mano el que sea un puto maricón. Quiero saber si tengo nenazas o tíos con dos cojones. ¿Tenéis dos cojones o no?

Los jugadores dicen que sí tímidamente.

—¿Sois maricas o qué?

—No —se oye un poco más fuerte.

—¿Os gusta comer pollas?

—No —se oye al unísono más fuerte aún.

Y ahora Dalmases dice señalando a Ulises:

—Mirad a este. Ha estado llorando como una nena, pero ha puesto los cojones encima de la mesa y ha dicho: aquí estoy yo y no pasa ni Cristo. Eso es lo que quiero. Gente que se parta la cara. Me la trae al pairo que lloréis mientras os la partáis. Prefiero un tío que llora mientras se parte la cara porque quiere ganar que un marica que no llora ni se esfuerza ni se quiere partir la cara porque lo que le gusta es comer pollas. Si sois unos perdedores, largaos de aquí ahora mismo. ¡Los perdedores me hacen vomitar sangre! No los quiero ni ver. No quiero ni que me saluden por la calle. ¿Ha quedado claro?

Poco a poco se desatan las zapatillas, se quitan los calcetines sudados y se masajean los pies mantecosos, fermentados y doloridos.

Ulises está reventado. Nota una fuerte presión en las sienes, como si tuviese fiebre. Algunos jugadores pasan por su lado y lo

felicitan.

Santacana es de Castelló de la Plana y tiene una polla enorme que, en erección, dibuja una parábola ascendente.

—El punto de inflexión de la convexidad marca el centro de gravedad —asevera con ínfulas científicas.

Cuando le preguntan qué significa lo que acaba de decir, se limita a repetir la frase.

Si se la menea es que está de buen humor. A veces le cuelga por debajo de los pantalones cortos y ni se da cuenta de que la lleva por fuera. A menudo reta a los compañeros a ver quién es capaz de automamársela. Entonces se tumba en el suelo boca arriba, flexiona las piernas hasta tocarse los hombros con las rodillas y se pone el glande en la boca sin manías ni ningún tipo de sobreesfuerzo. En una ocasión, como consecuencia de una apuesta, se mete la punta en reposo por el recto.

—Es mi polla. ¿Por qué me va a dar reparo?

Corre el rumor de que la hija de Serafí está completamente obsesionada por su aparato. Alguna noche los han visto paseando y hacer manitas por la zona sin iluminar del jardín. Una tarde, Santacana la convoca a las dos de la madrugada en el vestíbulo de la planta baja. Llegada la hora, ella, aprovechando que sus padres están exhaustos, sin hacer ruido, acude en camisón. Santacana la lleva a la biblioteca. Lo primero que hace ella es preguntarle por qué no encienden las luces. Santacana le contesta que así es más íntimo. Al cabo de unos minutos se oyen succiones, breves suspiros y crepitaciones de la silla de madera. Santacana le pide que acelere el ritmo. Cuando acaban, ella huye escaleras arriba. Entonces se encienden las luces. Santacana tiene los pantalones cortos por los tobillos, la polla aún bien dura y ensalivada. Hay un puñado de veteranos que lo felicitan, uno de los cuales le tiende dinero a regañadientes. Mattieu y Ulises ocupan sus respectivos sitios de siempre. Mattieu con su característico bolígrafo Bic naranja con capucha negra. Ulises con las páginas 234 y 235 del diccionario Pompeu Fabra desplegadas.

Son demasiadas cosas, demasiados estímulos, demasiada tensión que repercute en su juego. No se encuentra cómodo, ni entrenando ni jugando partidos. Y, aun así, sigue recibiendo la máxima confianza del entrenador, que ve que es quien más se esfuerza de calle.

Una tarde llegan a Mataró y el conserje les dice que abrirá los vestuarios al cabo de un cuarto de hora. Mientras esperan, Ramón, uno de los bases del equipo, se cuelga de la red. Uno de los directivos del Mataró, que ha visto la escena, riñe groseramente a Ramón. Hilari, el entrenador, le pide que no se pase y deje al chaval tranquilo. El directivo del Mataró le dice que en su casa se hace lo que a él le da la gana, y que lo que tiene que hacer como entrenador es educar a los chavales, ya sean del Barça o del Centelles. Hilari se abalanza sobre él y la emprende a puñetazos. Algunos padres los separan. Llega la policía, el árbitro abre un acta y expulsa a Hilari, que se ve obligado a dar instrucciones desde la grada. Enseguida se ha corrido la voz de lo sucedido y ha aparecido gente de debajo de las piedras. Hilari acaba escoltado por dos agentes. El pabellón se convierte en una olla a presión. El público desatado, histérico, belicoso. Algunos padres temen el linchamiento y piden calma. Los insultos y las amenazas intimidan, y tanto es así que los del Mataró se ponen por delante en el marcador antes de la media parte. A la grada se ha sumado un equipo femenino local, que juega a continuación. Desde el banquillo, Ulises se fija en una chica bajita y con el pelo corto que es la que más grita. La tensión se hace insoportable, los jugadores no pueden comunicarse con tanto jaleo, ni siquiera a grito pelado. Pero la preparación y la resistencia física de los jugadores del Barça supera, y de sobra, las del Mataró, que en la segunda parte decaen estrepitosamente. El público los azuza, pero las piernas les flaquean. Además, Joaquín ha sacado la ametralladora, Ulises y Pariente están defendiendo y corriendo al contraataque como lobos, Solsona reparte asistencias majestuosas, Felipe y Manolo, los pívots, se hartan de coger rebotes y encestar con facilidad,

Thompson anota cuando quiere, Tural tiene su día, Mompalau hace siete tapones.

Ganan por veintisiete puntos. Público y jugadores del Mataró acaban rendidos ante el juego superior del Barça. Da rabia, pero así son las cosas. Hilari está exultante. Parece que camine sobre la calle polvorienta de un western, imponiendo su mole corporal, dura y compacta, el bascular rítmico y robótico de su cintura y sus hombros. Nadie se atreve a decirle nada. Ulises lo observa detenidamente. Está asistiendo a una cosa impresionante: ver andar con la cabeza alta a una persona que tenía a todo dios en contra. ¿Cómo se consigue eso? ¿Cómo se torean las sensaciones negativas? ¿Tiene que ver con unas determinadas circunstancias externas? ¿O más bien depende de la fuerza interior y del carácter de uno mismo?

De pronto, la chica del pelo corto que animaba al Mataró pasa por delante. Cruzan miradas fugazmente. Ulises se gira, el corazón empieza a latirle deprisa, pero de manera distinta a cuando corre un esprint. ¿Qué ha pasado?, se pregunta al mismo tiempo que ve entrar a la chica en la pista botando la pelota.

Se está recortando las durezas de la planta del pie en la habitación. Le gusta hacerlo cuando goza de una mínima intimidad, normalmente antes de la hora de comer, aprovechando que los residentes están en la sala de recreo de la planta baja, crispados, mordiéndose las uñas, hojeando diarios deportivos, dándose cabezazos contra las paredes, salivando mientras esperan con un agujero en el estómago a que sean las dos y den el disparo de salida para poder devorar lo que haya en la mesa.

Las durezas, si se ablandan, hacen un daño paralizador. Parece que el pie tiemble sobre una esponja llena de agujas. Hay días que, después de entrenar y como consecuencia del sobreesfuerzo, anda cojo hasta la residencia, y a cada paso las terminaciones nerviosas le recuerdan que caminar consiste en poner un pie en el suelo y no separarlo hasta que el otro también lo hace. Cuando llega el momento de quitárselas, el pie tiene que

estar bien seco. Entonces coge el cortacallos y empieza a recortar con cuidado y paciencia. Piel endurecida y muerta que cae sobre el pavimento oscuro y que luego amontonará y tirará por el agujero del váter. Manduca para ratas y peces. La acción causa placer y, en consecuencia, añade el riesgo de cortar demasiado de una sola pasada. Más de una vez ha tenido que abstenerse de entrenar por haberse excedido, por haber cortado demasiado hondo y haber dejado carne viva y sanguinolenta a la intemperie.

De pronto oye que alguien abre la puerta. Entra en la habitación un chico alto, espigado, de pelo rubio y rizado y una mirada llena de inocencia y bondad. Parece un ángel. Ulises deja lo que está haciendo, medio avergonzado.

—¿Te duele? —pregunta el chico señalando el pie que Ulises sigue apoyando sobre la rodilla de la pierna contraria.

—Bastante, la verdad.

—¿Duermes aquí?

—¿Qué quieres decir?

—¿En esta habitación?

—Sí.

—¿Cuál es tu cama?

Ulises está a punto de soltarle una bordería, pero se contiene y le señala una. El chico observa la cama con la boca medio abierta, como si fuese la primera cama superior de una litera que hubiese visto en su vida.

—¿Te gusta? —pregunta.

—¿Si me gusta el qué?

—Vivir aquí.

—Es lo que hay —contesta Ulises. Y después de una pausa, pregunta—: ¿Y a ti? ¿Te gustaría vivir aquí?

—Me encantaría. Eres de baloncesto, ¿verdad? ¿Cómo te llamas?

Ulises responde.

—Yo me llamo Jordi. Johan Jordi.

—Ya lo sabía —dice Ulises.

Todo el mundo conoce al hijo de Johan Cruyff, que esboza una sonrisa amable, se reclina sobre el soporte de la litera y

observa a su alrededor.

—¿Eres bueno?

—¿Bueno en qué?

—Jugando al baloncesto.

—Si no fuese bueno no estaría aquí, ¿no crees?

—También es verdad —admite Johan Jordi tras una pausa.

—¿Y tú eres bueno? —se atreve a preguntar Ulises.

Johan Jordi estalla en una carcajada franca. Los ojos le brillan. Se oye bullicio en el jardín y en la planta baja.

—Si no fuese bueno no sería hijo de mi padre —responde.

Ulises entiende perfectamente el significado de la palabra *apestado*. En las contadas ocasiones en que, por el motivo que sea, Johan Jordi come en La Masia, nadie se digna a hablar con él. Todo el mundo se aparta como si fuese portador del peor infortunio en la superficie del planeta. No lo hacen partícipe de nada, ni siquiera de los chistes. Cualquier esfuerzo que haga no será nunca suficiente. Siempre será el enchufado del hijo de Cruyff. Aunque marque setenta goles en un partido y quinientos a lo largo de la temporada, todo el mundo, entre aquellas cuatro paredes, continuará tildándolo de lo mismo. Ulises entiende que, por muy extraño que parezca, Johan Jordi está más cerca de la tribu de los baloncestistas que de la de los futboleros.

—Si necesitas algo, me lo dices.

—Y tú igual —contesta Ulises.

Se desplazan en tren a Cuenca para jugar el campeonato de España de selecciones. Aparentemente, los equipos parecen bastante igualados. Las selecciones de la Comunidad de Madrid y de la Comunidad Valenciana son las menos impresionables ante el plantel de jugadores de la Penya de Badalona y del Barça, del que la Selección Catalana se nutre en buena parte. Los primeros días entrenan en diferentes pabellones y visitan algunos puntos turísticos de la ciudad. Todas las selecciones se alojan en un viejo seminario rehabilitado como albergue. Desayunan bocadillos de chistorra, de cabeza de jabalí, de queso manchego. Prueba los

alajús, la leche frita, los miguelitos. Rivalizan para ver a quiénes les hacen más caso las integrantes de los equipos femeninos. Cada noche bajan a la sala de teatro, donde proyectan películas de acción. Los más espabilados hacen manitas con chicas de otras selecciones. Después se reúnen en comitiva en una de las habitaciones, apagan las luces y hacen competiciones de pajas: no hay nadie que pueda hacerle sombra a Buxeda, de la Penya de Badalona; ninguno es capaz de pelársela tantas veces y tan rápido.

Las habitaciones son de tres y Ulises la comparte con Joaquín y Mas, que proviene del Tecla Sala de l'Hospitalet. Es un escolta rapidísimo, perspicaz en defensa y buen contraatacante, pero poco hablador. Ulises anima las veladas antes de ir a dormir. Para él, la convivencia durante una semana en un albergue lleno de personas de la misma edad no tiene nada de extraordinario: más bien es una extensión más llana de la vida que hace a lo largo del año. Cuenta anécdotas de La Masia. Todos lo escuchan fascinados. No se inventa nada, se limita a verbalizar los hechos y punto. Se da cuenta de una cosa: las anécdotas, por muy auténticas que sean, cuanto más escabrosas, más incredulidad generan. No se explica por qué.

Arrasan en la liguita y se plantan en las semifinales contra la Comunidad Valenciana, cuyos jugadores pierden los estribos en la media parte y se ven sometidos al juego que impone la Catalana. Mientras los valencianos juegan cada uno a lo suyo, los catalanes están muy compenetrados, como un bloque compacto y sin fisuras. Dalmases, el entrenador, se muestra seguro e implacable, como ha sido siempre en las estancias de tecnificación y en el resto de los entrenamientos preparatorios. Disciplina rigurosa y pasión desatada: esta es la mágica combinación que transmite. Juntos forman un grupo sólido y confiado, se han machacado a conciencia durante muchas sesiones de entrenamiento, las han pasado canutas, se han apoyado los unos a los otros: Dalmases ha sacado lo peor y lo mejor de cada uno para que lleguen adonde están.

—Aún no hemos acabado con nuestro trabajo —los azuza antes del último partido—. ¡Ahora hay que rematarlo, cagüendiós!

Les aconseja que se encierren en el lavabo del vestuario y se

hagan una paja antes de salir al terreno de juego.

—Eso lo hacía Fernando Martín antes de cada partido.

La final, contra la selección de la Comunidad de Madrid, que llega después de vencer a los vascos por diecinueve puntos, no es ningún paseo. El nivel de ambos equipos es bastante similar. Pero Catalunya cuenta con un jugador fuera de serie que responde al nombre de Joaquín, que marca la diferencia y no se amilana en los momentos decisivos. Ulises contempla el derrumbamiento escalonado del equipo madrileño, la desmoralización ante el porcentaje escandaloso con que el base de la Catalana invalida todos sus esfuerzos de remontada. Tiene la mente clara y determinada, la muñeca fina y caliente, es inútil pensar que se trata de un golpe de suerte. Dios o quien sea dota a las personas, a algunas más que otras, de unas cualidades; en este jugador, estas cualidades están dispuestas para el arte de jugar al deporte del baloncesto. Un baloncesto de primerísimo nivel. Además de brindar la victoria al conjunto catalán gracias a su efectividad, Joaquín es declarado mejor jugador del campeonato. Comparte el trofeo con sus compañeros, que no pueden evitar mirarlo como si fuese de otro planeta.

—Pero es un retaco —oye Ulises que comenta un jugador valenciano durante la entrega de medallas.

Sí, eso también es verdad. Pero ¿y qué?

De vuelta en La Masia, se da cuenta de que a nadie le impresiona si es campeón de España por selecciones. Ni siquiera Mattieu, a quien le dejó leer la crónica de una revista especializada de baloncesto, muestra verdadero interés. Solo Sebas le pregunta un par de cosas relacionadas con el ambiente en Cuenca:

—¿Y de tías qué?

—Bien.

—Pero ¿había muchas?

—Normal.

—¿Y estaban buenas?

—Alguna.

—¿Y ligaste?

Mompalau, que nunca ha sido seleccionado, tampoco muestra demasiada curiosidad por el tema.

—¿Me dejarás los apuntes? —le pregunta Ulises.

—Claro —responde el de Palafrugell con actitud triste.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

No se dirigen la palabra en el trayecto de vuelta del colegio a La Masia. Ulises sabe que este amustiamiento repentino no lo motivan ni la envidia ni un desencuentro. Mompalau pasa por una crisis. Está preocupado, y esta preocupación, sostenida al límite, se ha convertido en apatía. Y el caso es que no ha jugado más de cinco minutos en los últimos partidos. ¿Vale la pena quedarse en Barcelona, lejos de casa, para jugar solo cinco minutos por partido?

—Tranquilo —le dice Ulises—. Todo irá bien.

Pero nada va bien. Mompalau carece de potencial físico. Tiene agilidad en las manos, pero las piernas y la cintura no le obedecen siempre que quiere y de la manera deseada: los demás pívots del equipo le mean en todos los sentidos. Defensivamente es un paquete. Nunca se cabrea. Nadie le ha oído decir una sola palabrota en todo este tiempo, y motivos para decirlas siempre hay, y a espuertas.

—Es un merluzo —suelta Sebas.

—Déjalo —intenta defenderlo Ulises—. Él es así. Se esfuerza mucho.

—Ya —insiste Sebas—. Pero es un merluzo.

Ulises no cree que Mompalau sea un blandengue.

—Mompa, abre los ojos tanto como puedas —le pide cada dos por tres.

Es un juego que tienen de hacerse muecas. Mompalau intenta separar sus maravillosas pestañas femeninas.

—Un poco más —lo anima Ulises—. Aguanta así.

¿Es eso lo que quieren, una expresión decidida y combativa? No es su esencia, eso se ve a kilómetros.

—Basta ya.

Mompalau relaja las facciones, vuelve a ser el de siempre.

Ulises lo mira atentamente. No puede evitar un sentimiento de protección hacia su compañero. A menudo le entran ganas de abrazarlo.

—Mompa, ¿estás bien? ¿Quieres que hablemos? ¿Qué te pasa?

—Nada —se limita a decir el de Palafrugell.

Cada vez que Aíto García Reneses le da la mano, le planta la izquierda.

—A los zurdos, con la zurda. De toda la vida.

Sus entrenamientos específicos son auténticas lecciones magistrales. ¿De dónde saca tanta energía? ¿Cómo es posible que después de entrenar al primer equipo aún tenga ánimos para dedicar sesiones de formación a las jóvenes generaciones de la cantera? Se sabe el nombre de los jugadores, de dónde vienen, sus principales características. Sentados en la grada, observan boquiabiertos, tensos, con el anhelo y el nerviosismo de que los llamen en cualquier momento para ilustrar los ejemplos derivados de las explicaciones. Los instruye en defensa, en nociones relacionadas con el equilibrio defensivo, con la defensa en zona y con la mixta, ya sea en medio campo, tres cuartos de campo o todo el campo. Subraya la importancia de la postura, de la presión y de la colaboración con los compañeros de juego. Habla de objetivos y de los riesgos del dos contra uno, y de cómo las ayudas son primordiales: primeras, segundas, terceras ayudas; maneras de compensar la defensa y de recomponerla. La defensa como un bloque que fluye, que puede marcar las pautas ofensivas del equipo contrario: fomentar la anticipación, la cadena de acciones para que se produzca el error del rival.

Un montón de chavales afectados por el cambio de voz, el acné, la aparición de vello púbico y el aumento en las dimensiones de testículos y pene quedan maravillados ante el inmenso conocimiento baloncestístico que Aíto García Reneses es capaz de desplegar con meticulosidad, aplomo y pasión científica.

Después de la ducha, Ulises se topa con Aíto charlando con

Hilari. Le da las gracias y confiesa que ha aprendido mucho. Aíto sonríe y hace un gesto lento y afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo te va en La Masia? —le pregunta.

—Bien, no me puedo quejar —responde Ulises.

—Este chico no se queja nunca —comenta Aíto.

—Debe de ser duro —apunta Hilari—. Pero Ulises puede con eso y más, ¿verdad?

Se ruboriza. No sabe adónde mirar ni qué decir, aunque le gustaría contar muchas cosas, cosas que ni Aíto ni Hilari, a pesar de la extraordinaria capacidad de entender el baloncesto que poseen, pueden llegar a sospechar ni a imaginar. Antes de separarse, se atreve a tender la mano. Aíto dice que la derecha no, que a los zurdos siempre con la zurda, y se dan un apretón como normalmente no se lo da la gente.

Mientras hacen una pausa y se zampan una bomba de glucosa, Mattieu le cuenta a Ulises que Gelo se ha lesionado y, aprovechando que está de baja, se ha ido unas semanas a su casa en Navarra.

Al día siguiente, a la hora de la cena, Rubio se sienta a su lado.

—Tú no comes.

Ulises trata de ignorarlo.

—Te he dicho que no comes.

—¿Por qué no?

—Porque yo lo mando.

—Pero ¿y ahora qué te he hecho? —pregunta en un tono que intenta ser conciliador.

Rubio le planta un gargajo en medio del plato.

—Eres un capullo —le espeta Ulises levantándose de la mesa.

Rubio hace lo mismo y le planta la frente en la barbilla.

—Vuelve a decírmelo si tienes huevos. Y a ver quién cojones te defiende ahora.

Ulises es casi un palmo más alto, pero también es consciente de que en ningún caso podría derrotarlo. Rubio es puro granito y,

para acabar de rematarlo, está zumbado: Ulises está arriesgando demasiado. Si Rubio le mete un puñetazo, Ulises morderá el polvo al instante. Si le da un cabezazo, a Ulises se le saldrá la nariz por la nuca.

Las tres mesas, cada una ocupada por no más de ocho futboleros, los azuzan para que se peleen y se den leña. Ahora es el momento en el que Ulises haría bien en darse media vuelta, dejar la servilleta en la estantería y subir las escaleras hacia la habitación. No están Gelo ni ningún ángel de la guarda que pueda interceder por él. Pero se le pasan infinidad de cosas por la cabeza y no lo hace. No tiene ganas de tragar más mierda de un imbécil como Rubio. Las cosas tienen que cambiar, se dice. Debería dejar claro quién es: un chaval como cualquier otro que ha hecho méritos para estar donde está, que intenta convivir con sus compañeros de la mejor manera posible, que no se encuentra ante las mejores circunstancias ni para estudiar ni para dormir ni para comer, pero que sin embargo es capaz de pasarlo todo por alto con tal de jugar en el Barça, el club de sus sueños. Piensa esto y piensa también en su bisabuelo, y en sus padres cenando tranquilamente tortilla francesa y judías verdes con patatas en Manresa, y en su hermano pequeño que ve la televisión y sonríe.

—He dicho que eres un capullo.

Una ovación electrifica las mesas. Rubio coge un cuchillo de sierra y comienza a perseguir por la sala a Ulises, que acaba atrincherado en la cocina. Cuando Serafí ve entrar a Rubio, coge el cuchillo de cortar pollo.

—¿Quieres jugar a ver quién la hace más gorda?

Los curiosos se abalanzan hacia la cocina, que está llena de vapores y apesta a sulfuro. La cara de Rubio parece el culo de un babuino. Burbujas de saliva blanca le estallan en la comisura de los labios.

—Tú no te metas —le vocifera al cocinero.

Ulises se queda detrás de Serafí, que continúa blandiendo el cuchillo. Hay gritos y confusión. Isra, que está en la puerta, animado por un instinto carnicero, le dice a Serafí que es un pésimo cocinero, que les da poco y malo y que haga el favor de

cambiar de trabajo. Serafí le dice que si no le gusta lo que cocina, que se vaya a comer fuera. Isra le replica que él es jugador y que puede hacer y decir lo que le venga en gana. El griterío es monumental. La mujer de Serafí, que estaba preparando el postre tan tranquilamente, cae desmayada en el suelo pringoso. El hijo pequeño llora arrodillado en medio de las pisadas. Los residentes se lo están pasando de puta madre.

—Coño, qué espectáculo —oye decir Ulises.

Rubio ha olvidado por qué están allí. Señala al hijo de Serafí y se parte de risa. Es todo demasiado denigrante. A Serafí están a punto de estallarle los ojos.

—Pero ¿qué he hecho yo para merecer esto? ¿Qué he hecho? —repite mientras abanica con el delantal a su esposa, que poco a poco recupera la consciencia, gira la cabeza y suelta un vómito rosado.

El ayudante de cocina ha llamado a urgencias y ahora envían una ambulancia. Mientras llega, todo el mundo se ha dispersado. Hay quien juega al pimpón, hay quien ve la televisión, hay quien charla con las putas. Ulises no se ha atrevido a salir de la cocina. El personal sanitario atiende a la mujer de Serafí. La examinan, le hacen una serie de preguntas, la hacen subir a la ambulancia. Serafí, aún con el delantal puesto, la acompaña. Cierran las puertas y se van hacia el hospital con la sirena puesta.

Ulises se ve obligado a salir de la cocina. Habría preferido que se lo hubiesen llevado al hospital, cualquier lugar bien lejos de la jungla que pisa. Tiene los ánimos tan crispados que las piernas no le responden. No sabe adónde ir. A su alrededor, todo el mundo lo ignora. Rubio pasa por su lado, grita burradas y ni siquiera lo mira. Todo el mundo está feliz. Como si no hubiese pasado nada.

Al día siguiente, el señor Farrés hace llamar a Serafí al despacho. Le dice que ya puede empezar a buscarse otro trabajo, que la temporada que viene no le renuevan.

Cada noche y durante veintidós días, la puerta se abre de improviso a partir de las tres de la madrugada. Una bolsa de

basura repleta de agua y meados sobrevuela la habitación y aterriza sobre Ulises. Es una sensación exasperante y fantasmal: la acción se repite noche tras noche y nunca llega a ver a los desgraciados, si bien sabe con seguridad que son Rubio y el Pirata. A veces se suman otros cómplices, incitados por el instinto torturador. Durante veintidós noches intenta mantenerse alerta, despierto en ascuas, rumiando sin parar para no rendirse y tener la oportunidad de oír el batiente de la puerta y esquivar el proyectil. Pero la acumulación de cansancio de los entrenamientos, sumada a las noches que lleva durmiendo mal, hace que tarde o temprano el sueño se apodere de él. Tiene sueños recurrentes. A menudo está en la playa, jugando en la arena con un rastrillo, una pala y un cubo de plástico amarillo; oye el parloteo de las gaviotas, bramidos de aviones lejanos, algarabía de niños; de pronto, una ola le pasa por encima y lo arrastra. Entonces, como por arte de magia, se despierta empapado de arriba abajo. Deshace la cama, lleva las sábanas mojadas a la lavandería, coge otras limpias, regresa a la habitación, le da la vuelta al colchón, hace la cama de nuevo.

Día a día, las dificultades y el miedo le van generando y aguzando un nuevo instinto. Cuanto peor lo pasa, más ganas de remontar tiene. Cuantas más putadas le hacen, más motivado se siente. Cuanto más le complican la vida, más seguro se vuelve.

Cree que, si sigue así, al final será invencible.

IV

Los exámenes finales se suman a los duros entrenamientos de cara al campeonato de España de clubes. Los aprueba, pero su rendimiento ha bajado en relación con los años anteriores, cuando vivía en Manresa.

Viajan a Olula del Río, provincia de Almería, un diecinueve de junio. Diez días después se vuelven a casa con el campeonato de España en el bolsillo. Han ganado la final contra el eterno rival: el Real Madrid.

Ulises pasa quince días con su madre y su hermano pequeño en Mojácar, donde vive su tía, que trabaja de maestra. Visitan los alrededores más característicos: Garrucha, Níjar, Almería, Carboneras, Vera. Hace un calor infernal, tanto que durante el día conviene quedarse en casa. Ulises aprovecha para relajarse, ver la televisión, leer, chinchar a su hermano, dar rienda suelta a la imaginación. Su tía sabe tocar el piano y tiene una extraordinaria colección de música. Ulises disfruta escuchando a Monteverdi y Bach, Mozart y Vivaldi, Beethoven y Mahler, Albéniz y Prokófiev. Desconoce los nombres y las partituras, pero la emoción que le generan las piezas musicales lo ayuda a limpiarse y purificarse. Su padre tenía razón. Debería haber continuado haciendo solfeo y guitarra. Pero ¿cómo? Se imagina haciendo el ridículo ensayando en La Masia, en medio de todo el guirigay. No tiene ningún tipo de duda de que el primer día ya le habrían robado, destrozado y tirado la guitarra por el balcón.

Por las tardes se va con un grupo de alumnos de su tía a un campo de fútbol que hay en las afueras. Las cigarras llenan los parajes con sus cantos estridentes. Se nota un olor a verano muy dulce y empalagoso. Se quitan las camisetas y juegan hasta que dejan de ver el esférico, deshidratados y empapados de sudor. A

continuación vuelven a casa, se duchan, cenan y salen. Hablan hasta tarde en la plaza de la iglesia. Todo el mundo es amable y cordial.

Conoce a Ricardo, uno de los mejores alumnos de su tía. El padre de Ricardo invita a Ulises a ir en barca. Le dejan llevar el timón. Ulises se siente pletórico: le gusta que el viento y el agua le salpiquen la cara y le contagien un regusto salobre en los labios. Bordean la costa y en un momento dado apagan el motor y se dejan mecer por las olas. Se quedan en silencio, los hombros achicharrados por el sol; oyen los golpes del agua contra la madera, los gritos de las gaviotas y también de los niños que juegan y chapotean a lo lejos, en la playa.

En esos instantes de paz en los que todo parece idílico, le vienen a la cabeza episodios indecentes y repugnantes de La Masia. Reconoce que no estaba preparado para vivirlos. ¿Quién lo está? Se siente estafado, sometido a un gran dilema. Como si estuviese en tierra de nadie, en medio de un gran desierto, y no supiese qué dirección tomar. Hay un oasis a poca distancia, pero el agua puede estar envenenada o ser escasa. También está la fina línea del horizonte, llena de promesas y alicientes, pero tan remota que parece imposible de alcanzar. Y es necesario que decida rápido, porque si se queda quieto donde está, morirá de inanición y el sol y el viento lo barrerán para siempre.

A mediados de agosto, alrededor de san Lorenzo, vuelve al pueblo de su familia, en Aragón, coincidiendo con los días de fiesta mayor. Tanto él como su primo han dejado los juegos bélicos preadolescentes: ya no les apetece perseguir enemigos con ametralladoras y trabucos de feria. Hace tres veranos que no se ven y las cosas han cambiado. Se han distanciado, ya no son uña y carne como lo fueron en su día. Ulises ve las cosas de forma distinta, y como consecuencia de esto las cosas y las personas también lo ven de otra manera. Se niega a jugar el campeonato de baloncesto que organizan los de la comitiva de fiestas: no quiere exponerse a ningún riesgo de lesión y quiere evitar cualquier tipo de protagonismo. Además, ahora mismo su grado de competitividad es tan alto que teme pasarlo mal ante la ineptitud

de los demás.

Conoce a una prima de su primo, pero de otra rama familiar. Ella es dos años mayor, se llama Adela y es la chica más guapa que recuerda haber visto en su vida.

—¿Entonces no somos primos? —pregunta Ulises a su padre.

—Diría que no.

El último día de fiestas, después del baile, Adela le pide que la acompañe a la fuente. El camino es oscuro, se oyen sinfonías de grillos y las estrellas parecen potencias vivas y amenazadoras que arañan el lienzo celeste. Adela le coge una mano.

—Siéntate.

Señala la base de un pedrejón resguardado del viento; él obedece. Adela se acurruca en su regazo y le da un beso con lengua.

Ulises nota cómo canales anfractuosos y opacos del cerebro se abren camino hacia la luz. Disfruta.

Se pasan la noche dándose besos, morreándose, abrazándose cuando tiemblan de frío, hasta que despunta el día y vuelven a sus respectivas casas con las bocas secas y muertos de sed.

Está enamorado, pasa dos días casi sin dormir, no puede parar de pensar en Adela, en la calidez y el sabor de su boca, en la textura de su lengua y sus labios, en el tacto de su culo terso y con forma de melocotón. Recuerda que una vez Sebas le dijo: si estás enamorado de una tía, no te la podrás pelar pensando en ella. Ulises se da cuenta de que Sebas tenía razón.

A finales de agosto, Ulises vuelve a Barcelona e intercambia correspondencia con Adela. Pasa las primeras semanas en un hotel cerca de Collblanc, ya que La Masia está cerrada porque buscan nuevo cocinero. Hay rumores que aseguran que no encontrarán ninguno, que no hay nadie capaz de soportar, paguen lo que paguen, tanta presión y tantas humillaciones. Pero hay quien dice que todo y todos en esta vida tienen un precio. Durante la estancia en el hotel, Ulises comparte habitación con Tutusaus, un ala-pívot de Alicante, simpático, extrovertido, estevado, feote y con peinado

rockabilly, cuatro años mayor que él. De vez en cuando coinciden para cenar en el bar Eric's. Tutusaus le cuenta entretenidas historias de faldas mientras beben champús y zampan huevos fritos y sándwiches de sobrasada con queso. Ulises disfruta de estas veladas, se siente a gusto y preferiría que toda la temporada transcurriese de esta manera. Pero sabe que tarde o temprano tendrá que volver a La Masia.

Una noche, Tutusaus le confiesa que en su última aventura sexual se le rompió el preservativo. Le cuenta que fue con una mujer mucho más mayor que él, pero no entra en detalles. Ulises no sabe muy bien por qué se lo dice, pero se percata de que Tutusaus está bastante nervioso y obsesionado con el tema.

—¿Tienes miedo de haberla dejado embarazada? —se atreve a preguntarle.

—Eso sería imposible, porque me di cuenta a tiempo. Me da más miedo que me haya pegado el sida.

Ulises no sabe qué es el sida. Tutusaus se lo explica con bastante torpeza y Ulises acaba entendiendo que es una enfermedad infecciosa que se puede transmitir por vía sexual. Ulises nunca ha tenido relaciones sexuales más allá de los besos con lengua con Adela. ¿Es eso una relación sexual? ¿Se puede contagiar el sida de esa manera? Tutusaus es incapaz de librarse de sus quebraderos de cabeza y asegura que no rinde igual en los entrenamientos desde que sufrió el incidente del condón.

Bonafont y Altmaier también se alojan en el hotel, aunque están pendientes de recibir las llaves de un piso en Esplugues de Llobregat por parte de las oficinas del club. Como Ulises ha sido renovado y emprende su segunda temporada en las filas del Fútbol Club Barcelona, lo tratan como a un igual y no lo mortifican más. Las novatadas son cosa del pasado, así de simple, y ahora se muestran considerados y generosos. Nunca han tenido un problema personal con él. Todo forma parte de unas leyes no escritas pero siempre acatadas. Si Ulises ha llegado a pasar un año en can Barça es porque tiene algo que realmente interesa a uno de los clubes más importantes del mundo. Además, están ante un jugador que, en un año, ha ganado dos veces el campeonato de España en dos

equipos distintos. Eso no lo puede decir todo el mundo, y la cosa se traduce en respeto.

Como siempre le suele pasar a principios de septiembre, como consecuencia de los primeros vientos que comienzan a anunciar el otoño, le salen cavernas de pus en la garganta. Tiene fiebre. El médico de la sección de baloncesto le receta cápsulas de penicilina. Pasa dos días sin poder salir del hotel, arropado hasta las cejas y sudando a mares, medicándose y bebiendo agua con limón y miel. Cuando le baja la fiebre, puede volver a los entrenamientos. Pero se encuentra bajísimo de forma y tiene la sensación de haber empezado la pretemporada con mal pie. Quiere ir demasiado deprisa, quiere estar al nivel del resto enseguida, sobrevalora sus capacidades y al cabo de una semana sufre una rotura fibrilar de abductores. De manera que se ve obligado a pasar diez días más de reposo obligatorio, después de los cuales vuelve al terreno de juego para iniciar una serie de sesiones suaves y específicas de ejercicios físicos y de dominio de pelota. Y aun así, pese a las fatalidades que se va encontrando por el camino, Ulises se esfuerza por ver el sentido positivo de las cosas. Cree que es bueno que todo esto le pase ahora y no cuando sea un profesional.

A modo de experimento, teniendo en cuenta los éxitos y resultados del año anterior, la sección de baloncesto del Barça ha optado por subir al equipo de Ulises de categoría. De esta manera, compiten con chicos un año mayores. Son cadetes de primer año, el cadete B, y se enfrentan a los cadetes A, que son cadetes de segundo año. Sebas juega en el cadete A del Barça y, como es lógico, desaprueba que los hayan subido de grupo. De hecho, el B es mentalmente superior al A, pero físicamente se nota el año de diferencia. Sebas y Ulises tienen largas discusiones respecto a este tema. Sebas se muestra despectivo, pronostica que el equipo de Ulises terminará el último de la liga. Ulises se defiende diciendo que todo está por ver y que, entre acabar últimos o acabar primeros, hay todo un abanico de posibilidades.

El nuevo entrenador se llama Fermín. Es de Soria y se dirige a

los jugadores en castellano, si bien gracias a los años que ha pasado en Barcelona estudiando INEF habla catalán bastante bien. Tiene cierto aire sacerdotal: flaco, fibrado, la cabeza pelada y un poco jorobado. Suele vestir chándal y tiene genio, pero no el mismo genio que gasta Hilari, que continúa entrenando a los infantiles. En solo un año, la huella que Hilari ha dejado en todos ellos es incuestionable. Los ha cohesionado, los ha defendido, ha forjado caracteres y los ha estimulado para que sean más fuertes y disfruten de más recursos. Fermín podrá aprovechar los frutos de esta mejora. Pero Fermín no es, ni por asomo, un entrenador conformista. Se lo deja bien claro a todos desde el primer día: él no tiene ni la presencia ni el carácter intimidatorio de Hilari, pero los hará currar tanto o más que Hilari. Quiere un equipo puramente defensivo, y para conseguirlo les aprieta las tuercas al máximo en el aspecto físico. No quiere que corran, sino que vuelen. No quiere que defiendan, sino que muerdan. Y tanto es así que Ulises se vuelve un especialista en defensa. Se centra en este aspecto, trabaja las pautas, las posturas, entiende qué tiene que hacer para imponerse a todo tipo de adversarios. Identifica e interioriza su centro de gravedad, separa las piernas, flexiona las rodillas, baja los muslos, la espalda casi recta y un poco inclinada hacia delante. Ejercita el percutir de los pies en el suelo a fin de responder a los estímulos del contrario en el mínimo tiempo posible; un pie marca la dirección de desplazamiento; la punta del otro, el atacante. Las piernas, por lo tanto, en máxima tensión: si retrocede, tiene que hacerlo sin cruzarlas para no perder el equilibrio; tiene que llegar a obstruir las bandas y la línea de fondo para no dejar pasar al rival. Con las manos, puede obstaculizar el bote, intentar robar la pelota —sin precipitarse—, dificultar las líneas de pase o puntear el tiro, pero sobre todo no tiene que ponerlas para frenar a los atacantes. Tiene que proteger siempre con el cuerpo, en posición recta, y evitar los tiros levantando los brazos bien altos, en vertical con el tronco, sin bajarlos. Tiene que desbaratar el juego del contrincante, molestarlo, conseguir que se ponga nervioso, que le dé miedo tener la pelota, que no sepa qué hacer con ella ni sin ella. Así pues, Ulises aprende a analizar en un abrir y cerrar de ojos a sus rivales:

si son ágiles, con qué mano menean la bola, si hacen tiros y desde qué distancia o si prefieren las penetraciones, si saben jugar sin balón, si tienen visión de juego y saben asistir, si prefieren apoyarse en bloqueos, si van al rebote, si corren de palomeros... Se ha vuelto un especialista en hacer primeras y segundas ayudas, en recuperar pelotas y en sacar faltas en ataque: bien posicionado, al más mínimo contacto, su cuerpo ha aprendido a dejarse caer de espaldas por inercia. Lo hace con una teatralidad verosímil, los árbitros se lo suelen tragar. Acaba entendiendo que el baloncesto es ritmo, y cómo este ritmo no se impone solamente en ataque, sino también en defensa; por lo tanto, si un equipo aprende a controlar los partidos gracias a la defensa, sus jugadores se convertirán en los dueños del juego.

A todo esto hay que añadir que Mompalau no ha vuelto. Durante las vacaciones de verano le comunicaron que no contaban con él. Ha regresado a Palafrugell, a casa de sus padres, a su club de toda la vida.

Un día se llaman por teléfono. La conversación no es muy animada.

—¿Y cómo te ha ido el verano?

—Bien.

—¿Te gusta el nuevo equipo?

—Normal.

—Ahora debes de ser la estrella.

—Pse.

—¿Y cuándo empezáis la liga?

Ni siquiera un «¿te acuerdas de aquello, te acuerdas de lo otro?». No hay mucho que rememorar. La convivencia en La Masia fue devastadora. Malos recuerdos, anécdotas pésimas. ¿Vale la pena tanto sufrimiento? Ulises piensa que Mompalau a lo largo de un año pudo ver cómo perdía la plaza y no hizo nada por evitarlo. Pero enseguida reconoce que no fue exactamente así. La verdad es que las circunstancias tampoco acompañaban, y en algún punto las posibilidades de continuar con su sueño se truncaron. Ahora, pese al carácter flemático del de Palafrugell, Ulises tiene la sensación de que la voz de Mompalau suena menos tensa y más alegre. Sin

ninguna clase de duda, se debe de haber quitado un peso de encima.

—Bueno, me tengo que ir —dice desde el Baix Empordà—. Me llaman a cenar.

—A mí también.

—Ya nos llamaremos más adelante.

—Sí, ya nos llamaremos.

Pero no se llamarán nunca.

Más tarde, bajo las sábanas, Ulises no puede dormir. Recuerda experiencias compartidas con Mompalau. Una vez, un par de desgraciados los pararon justo delante de la puerta principal de La Masia, a plena luz del día, cuando volvían de un entrenamiento. Eran un poco mayores y, sin sacar ninguna navaja ni nada, les pidieron el dinero y los relojes, en caso contrario les iban a romper la cara. Solo tenían que recorrer treinta metros para cruzar el umbral y entrar en los dominios de La Masia. Pero no lo hicieron. Ulises estuvo a punto de echar a correr, pero miró a Mompalau y le vio la cara de cansancio, rendición, derrota. Se quedaron como pasmarotes observando cómo les tomaban el pelo. Les dieron todo lo que pedían, pero al final Ulises consiguió conservar el reloj: les hizo creer que su padre se lo había regalado antes de morir. Cuando entraron en La Masia, enseguida se lo contaron a Serafí, que salió disparado con un cuchillo enorme a perseguirlos. Obviamente, no los pilló, pero fue una escena memorable: un cocinero bajito, calvo y con mostacho saliendo de La Masia en delantal y blandiendo un cuchillo de más de un palmo y medio. Mompalau lo miraba con ojos llorosos.

—Era el reloj de mi abuelo —confesó, y se fue para adentro.

Entonces Ulises reflexiona que no todo el mundo soporta estar fuera de casa durante una temporada entera. Después de todo, puede que el Barça no haya sido justo ni correcto con su excompañero. Puede que Mompalau mereciera una segunda oportunidad.

En su lugar han becado a otro chico más alto y espigado, de ojos grandes y curiosos, que se llama Nico y viene de Canarias. Tiene una pinta estrafalaria: viste chaqueta paramilitar, vaqueros

estrechos y botas de cuero negro con punta de acero. Es un calzado ideal para lanzárselo contra la cara cuando ronca.

—Este nos va a traer un montonazo de problemas —observa Sebas con una risita, exultante porque va a pasar otra temporada entre las filas del Barça, y con esta ya lleva tres.

—¿Tú crees?

Nico parece ágil, en todo caso más que Mompalau, y es más despierto. En una ocasión, juega un contraataque y hace un mate. Es la primera vez que Ulises se lo ve hacer a alguien de su edad.

También ha entrado un nuevo integrante de la sección de baloncesto en La Masia, Bernardino Tamames, de Lleida. Lo llaman Berni, mide dos metros y seis centímetros. Es un fideo que transmite calma, inteligencia y sensibilidad a partes iguales. Estudia la diplomatura de Ciencias Empresariales en la Universidad de Barcelona. Juega con el júnior, pero enseguida lo llaman para participar en los entrenamientos del primer equipo. Ulises y Berni se hacen amigos rápidamente. Berni le cuenta anécdotas de Solozábal, Epi, Andrés Jiménez, Audie Norris, Trumbo, Galilea. En una ocasión, Ulises se encuentra una caja de cartón encima de la cama.

—¿Y esto?

—Ábrela —le dice Berni, que está leyendo tumbado en la suya.

Ulises abre la caja. Hay unas zapatillas nuevas.

—Son de tu número, ¿verdad? —pregunta Berni.

Ulises gira la lengüeta y lee que son un once y medio americano.

—Sí que lo son.

—Fantástico. No estaba seguro.

—No lo entiendo. ¿Son para mí?

—Me ha dicho Galilea que te las dé, que a él le regalan muchas.

Al cabo de unos días, Galilea pasa a recogerlos con su flamante Mercedes por La Masia. Salen por el Eixample, al local 6,25. Galilea actúa como maestro de ceremonias. Ulises conoce a mogollón de gente. Lo invitan a cócteles y chupitos de toda clase.

Más tarde bailan en la pista. Ulises habla con una chica de veinticuatro años que se llama Lorena y estudia Medicina. Está encantada de conocer a una promesa del Barça. Ulises se siente como un soldado que obtiene las atenciones de las chicas del pueblo que defiende.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —miente Ulises.

Se dan largos besos en medio de la pista de baile. Galilea y Berni han desaparecido. Lorena lo coge de la mano y lo lleva a un rincón.

—Me puedes tocar el culo si quieres.

Ulises le palpa las nalgas por encima de la falda. Lorena le dice:

—¿No prefieres meter la mano por debajo?

De pronto aparece Berni.

—Nosotros nos vamos. ¿Tú qué haces? ¿Te quedas un rato más?

—Creo que sí.

—Bien hecho. ¿Tienes dinero?

Ulises responde que no, y Berni se saca la cartera y le alarga un billete bien grande.

—Ya me lo devolverás. Nos vemos.

Lorena vive con sus padres.

—¿A tu residencia no podemos ir?

Ulises balbucea:

—Imposible.

Acaban en un taxi. Se magrean todo lo que pueden. Como no saben adónde ir, Lorena lo acompaña a La Masia. Despunta el día. Antes de bajar del taxi, Lorena le pregunta:

—¿Qué eres, zurdo o diestro?

—Zurdo —contesta Ulises.

Lorena pide un bolígrafo al taxista y le escribe en el dorso de la mano izquierda un número de teléfono.

—¿Me llamarás?

—Sí —vuelve a mentir Ulises.

Una vez en el lavabo, se lava las manos y observa cómo la

tinta se va diluyendo. Sería incapaz de llamarla y de sostener la primera mentira medio minuto más.

—Estaba muy buena —le comenta Berni desde la cama—. ¿Te la has follado?

—Claro —miente por última vez antes de cerrar los ojos.

—Así me gusta —concluye el gigante Tamames.

Al día siguiente se salta la clase, pero ya puede decir que con catorce años ha visto cómo es Barcelona de noche; y además ha ligado con una chica mayor de edad. Pese a la resaca, se levanta de muy buen humor, se siente pletórico. Cuando en los vestuarios cuenta lo que hizo la noche anterior, sus compañeros de equipo no solo no lo creen, sino que además no entienden ni en qué idioma habla.

Los nuevos inquilinos de la cocina son Bieito y su mujer, Cosme. Son de Galicia. Gente humilde y de buena fe, trabajadora y sacrificada, que a la primera semana ya comprenden que no van a sobrevivir al calvario que supone tener que alimentar a los animales de la residencia. Cosme llora casi cada noche, pierde diez kilos en dos meses, se pasea con los ojos clavados en el suelo. Bieito carga con una pena infinita, se esfuerza por mantener las formas, se muerde la lengua en más de una ocasión, hace lo que puede para soportar la presión de tantos chavales desconsiderados, impertinentes y caprichosos.

Una noche del segundo mes, a Cosme se le caen al suelo los platos sucios que acaba de recoger, se seca las lágrimas con el delantal, solloza como si estuviese a punto de asfixiarse. Bieito deja lo que está haciendo, abraza a su mujer y la conduce hasta el rincón de la cocina. Los futboleros, que observan la escena impertérritos, se mofan y sueltan comentarios soeces. Berni se descuelga la servilleta del cuello de la camisa, se levanta de la silla y con mucho tacto cierra la puerta de la cocina. Isra le grita que abra de inmediato. Rubio lanza una miga de pan bien gorda que le da en la mejilla a Berni, que ni se inmuta. Cuando la puerta se abre de nuevo, Cosme carga con tres paneras en cada brazo, tiene una

sonrisa forzada y los ojos acuosos, entelados y rubicundos. Los futboleros, al unísono, corean su nombre y estallan en un potente y ensordecedor bullicio. Bieito prepara con dignidad y desolación el postre: piña confitada con colofón de nata.

Ulises ha dejado atrás la EGB y emprende su primer año de instituto. Para ir, coge el 63. Muy temprano, después de desayunar, tiene que saltar el portalón de hierro forjado de la calle Maternitat y caminar hasta Travessera de les Corts, donde se encuentra la parada de autobús. El trayecto dura veinte minutos más o menos, durante los cuales aprovecha para sobar u observar a los transeúntes ajetreados o somnolientos. La ciudad le es completamente ajena. Podría estar en cualquier otro rincón del planeta y no notaría ninguna diferencia.

El instituto es un centro concertado que ocupa un edificio entero entre la avenida de Roma y la calle Comte Borrell. Se aficiona a algunas asignaturas gracias a los profesores que las imparten. Inglés, Latín, Historia y Ciencias Naturales son sus preferidas, mientras que detesta Catalán, Música, Física y Matemáticas. En su clase también están Nico, Sesma, Tural y Thompson, compañeros de equipo. El primero es un vago, el segundo solo tiene talento para el dibujo y los otros dos se pasan todo el santo día persiguiendo faldas o jugando al futbolín en el bar de al lado. Ulises es el único que se aplica.

Berni Tamames lo ayuda con las Matemáticas. Se queda estudiando hasta tarde en la biblioteca y al acabar le da clases de repaso. A veces, Ulises se duerme durante las explicaciones. Berni es un excelente profesor, se expresa la mar de bien, hace gala de una paciencia infinita, es sensible y educado.

—Si tienes sueño, vete a dormir —le dice.

Ulises abre los ojos, suspira, se restriega los párpados.

—No. Sigamos un poco más.

Al final del trimestre, Ulises aprueba la materia con nota.

La relación que Ulises mantiene con Adela sigue adelante y en secreto, pese a la distancia. Se ven en Navidad, en el pueblo de los abuelos. Quedan por la tarde, cuando oscurece, y escapan del bullicio del centro. Se esconden detrás del muro del cementerio. Se magrean y no dejan de besuquearse hasta que se les hinchan los labios y los cala el frío. Se despiden con las narices moqueando.

Una tarde, Ulises le confiesa que le gustaría verla desnuda. Adela le dice que de ninguna manera. Pero al día siguiente al mediodía se lo lleva al bosque que hay al lado del campo de fútbol, empieza a quitarse el jersey y lo anima a que él, por su parte, haga lo mismo. Pero Ulises no es capaz.

—¿Te da vergüenza?

—No.

—Te da vergüenza.

—Que no.

—Pues quítate la ropa.

—Ahora no.

—¿Por qué no?

—Tengo frío.

Es invierno, pero no hace ningún frío. Hace un sol imponente de mediodía, y, aparte, nota cómo le hierve la sangre más que a un diablo. No se las llega a ver, pero siente que tiene las mejillas y las orejas rojas, humeantes, a punto de estallar.

—Haz lo que quieras conmigo —lo incita Adela con el sujetador puesto y una ingenuidad abrumadora, enmarcada por una magnífica carrasca.

Pero ¿qué puede hacer él, que no sabe hacer nada? Nunca ha estado con una mujer. En el fondo, aún tiene que salir del cascarón.

Durante el año la llama desde los teléfonos que más tarde, cuando todo el mundo duerme, después de estar en la biblioteca, y siempre que los veteranos no lo hayan hecho antes, agita para que vomiten las monedas que destinará a la siguiente conferencia. Dos tardes por semana, Ulises hace una larga cola para oír su voz: hablan de lo que han hecho a lo largo del día, dan vueltas a temas infantiles insoportablemente aburridísimos, deshacen y rehacen

malentendidos, tratan de confesar palabras de amor entre el barullo y la impaciencia de los cotillas que esperan su turno para poder llamar o que les llamen. Hasta que no saben ni qué decirse:

—Mis padres me van a reñir. Tengo que colgar.

—Un momento, aún no —le suplica Ulises, que nota cómo le sobrevienen unas irrefrenables ganas de llorar.

—Lo siento, pero no puedo hablar más.

—Te llamaré mañana al mediodía.

—Te vas a gastar mucho dinero.

—Me da igual, ahora cobro.

Cobrar no cobra. El Barça le da una paga mensual para que se pueda costear las tarjetas de transporte y los viajes a casa. Es solo una ayuda simbólica, nada que ver con lo que reciben los futboleros. Pero a Ulises le da igual: necesita hablar con Adela, sentirse querido, saber que el sacrificio vale la pena, que hay alguien que piensa en él y lo está esperando.

A veces, cuando la cola es demasiado larga, se va a la cabina de la calle, y hace cola al lado de las putas y los proxenetas. De cuando en cuando le dan conversación, y es así como conoce a Maruja la Gallega, que no tiene problemas en contarle historias de directivos y antiguos jugadores que se ha pasado por la piedra.

—Esto sí que es estar enamorado —le dice la mujer cada vez que lo ve enfilar hacia la cabina con monedas de veinticinco, cincuenta y cien pesetas en el bolsillo—. ¡Qué bonito es el amor!

Un buen día recibe una carta. Con una caligrafía perfecta, Adela le escribe que es mejor que lo dejen, que sus padres sospechan cosas, que son muy jóvenes, que la relación no los va a llevar a ningún sitio. Ulises llora desconsoladamente encerrado en el lavabo, sentado en la taza del váter. Alguien llama con urgencia a la puerta, él disimula y dice que está ocupado. Ha visto algunas películas romanticonas, tiene inoculado el amor imposible en algún sitio de su cerebro: hasta aspira a él. A continuación, mete la carta doblada en el sobre y la deja a un lado. Examina las revistas que hay desparramadas de cualquier manera. Finalmente se hace con la menos maltrecha, una *Private* que por algún milagro aún conserva la cubierta sin ningún manchurrón. Se masturba enérgicamente

mientras va pasando las páginas con asco.

Pep Guardiola aparca su Golf Cabriolet de carrocería y capota blanca en el parking de grava. Ulises le pide un autógrafo y Guardiola le firma con generosidad una postal en la que sale regateando a un contrincante situado fuera de campo. Ulises le dice ufano que es de Manresa y Guardiola se alegra.

—Yo, de Santpedor.

Ulises esconde la postal en la taquilla, entre los calzoncillos. Pep come con algunos de sus excompañeros de La Masia. Ensalada, macarrones a la boloñesa y pollo con patatas fritas. Es el centro de atención. En su mesa predominan el buen humor, el respeto y la admiración. Todos se portan bien a su lado. Todos son correctos y educados. Después del postre hay quien quiere hacerse una fotografía con él. Guardiola acepta de buen grado, no pierde su agradable sonrisa de oreja a oreja. Todo el mundo lo acompaña fuera para despedirse. Guardiola sube al coche y se larga. Hay quien se queda un buen rato mirando cómo el Golf Cabriolet de color blanco se aleja, hasta que desaparece, y sigue mirando un rato más, como si Guardiola fuese a volver porque, fíjate, ha olvidado algo. Es la viva estampa del éxito, del anhelo de todo futbolero. Es la prueba que constata que vale la pena convivir en un sitio así, sin intimidad, sin confort, soportando las manías, los odios y las desavenencias de los demás. El mensaje es que, al final, la recompensa llega.

Pero Ulises ya empieza a olerse que eso no es del todo así. Para él, Guardiola, su Golf Cabriolet y sus maneras son un espejismo. En La Masia no hacen personas, más bien las destruyen. De eso está seguro.

En las tres ocasiones en las que Núñez se deja caer por La Masia, hay cierto revuelo. El *president* baja de la limusina y saluda efusivamente a Ulises que, como todo el mundo, ha salido a fisgonear. Solo a él. ¿Quizá porque destaca por altura?

«Com estàs? Com va tot? Estàs content? Com et dius?»

Las tres veces le pregunta cómo se llama, antes de que Josep Mussons se lo lleve para adentro. Ulises se siente especial ante este *padre* extraordinario, aunque también repara en que la tirria que le tienen los demás se redobla. Los futboleros lo increpan con la mirada, con una rabia repleta de amenazas implícitas.

Así como el año anterior entrenaban siempre a las seis de la tarde, ahora lo hacen a horas intempestivas. Hay días que empiezan a las siete y media de la tarde y acaban a las diez o diez y media de la noche. A esta hora ya no sirven cena en La Masia, así que Ulises tiene que irse al Eric's, el bar cafetería regentado por Eric, un hombre de mediana edad que luce un bigote de mafioso latino por encima de una sonrisa encantadora y que de vez en cuando relata experiencias de cuando vivía en Florida. El cocinero es un portorriqueño simpático y generoso que cuenta chistes para dar y tomar, unos chistes que Ulises nunca acaba de pillar del todo. Es el único sitio abierto y de confianza a esas horas, y alguna que otra vez se puede ver a algún directivo cenando solo en uno de los rincones del fondo de la sala. Los jugadores becados del Barça gozan de barra libre para cenar lo que les apetezca. Platos combinados, bocadillos, sándwiches mixtos, perritos calientes, mallorquines: todo lo que no sirven en La Masia. Gracias a los caprichos que se pueden permitir, el ambiente es distendido, incluso festivo, y las horas pasan volando. Las conversaciones giran en torno a los partidos, los entrenamientos, el estado físico de los compañeros de equipo o de jugadores de otras categorías. También hablan de las chicas del instituto. Vuelven a la residencia contentos y con el estómago lleno. Hacen un repaso al escaparate de la avenida Joan XXIII: las prostitutas se pasean de aquí para allá lanzando miradas a los coches que circulan con marchas lentas, destapando carne prometedora. Nico mira más bien con indiferencia, pero Sebas se deleita: con las aletas de la nariz dilatadas, se muerde los labios, observa con impertinencia. Algunas veces Ulises regresa solo a la residencia casi a medianoche. Lleva la

bolsa con la ropa sucia y sudada del entrenamiento, rodea las instalaciones del Palau Blaugrana y del Camp Nou. La fauna que se pasea por allí a esas horas causaría algo más que inquietud a sus padres. De vez en cuando se para algún coche: hombres maduros bajan el cristal de la ventanilla, le silban y le hacen insinuaciones. Las prostitutas, provistas de abrigos de piel falsos, lo provocan con gestos desvergonzados. Ulises tiene la sensación de caminar por una selva, consciente de que, como no se dé prisa en encontrar una salida, la vegetación mutable y carnívora se abalanzará sobre él y lo engullirá.

Una valla es lo único que separa a las putas de los residentes. La relación entre unos y otros es excelente. A pesar de las advertencias del señor Farrés y de su adjunto, hay residentes, tanto en verano como en invierno, que se pueden pasar horas de cháchara con ellas junto a la cerca enrejada, hasta que un cliente las mete en el coche y se las lleva. Ellas se distraen con los partidos improvisados en el césped del jardín. Hasta vitorean a algunos jugadores que se vanaglorian de ello. Se lo montan bien, comparten una nevera portátil de color azul repleta de hielo y provisiones. Son muy amables, suelen ofrecer latas de Coca-Cola y cerveza a quien quiera. Los residentes que fuman a escondidas suelen ganarse también algún cigarrillo. La solidaridad es mutua: ellas pueden necesitar servilletas de papel o botellas de agua, una toalla o una visita urgente al lavabo. Hay algunas muy guapas y otras que debieron serlo. Los futboleros las idolatran. De vez en cuando aceptan de buen grado hacer un servicio gratis a los más veteranos.

Una noche de invierno, Sebas se tira un buen rato hablando con una de ellas. Los futboleros se van a la cama, pero él sigue pegado a la verja.

—Hoy no sé qué me pasa. Voy cachondísimo —le dice a Ulises en un momento en que coinciden en el lavabo—. ¿Te vas a quedar hasta tarde?

—Como siempre.

Ulises repasa los apuntes de Matemáticas. Odia dejarse cazar por las potencias y los radicales, los números complejos, las

ecuaciones de primer y segundo grado con la incógnita en el denominador. De pronto aparece Sebas con las mejillas encendidas y manoseándose la entrepierna.

—Tú, mira cómo voy —dice blandiendo la polla bien dura por fuera de los pantalones—. ¿Estás muy ocupado?

—Un poco.

—¿Puedes venir un momento?

—¿Para qué?

—Tú ven.

Ulises recoge sus bártulos y obedece, más por curiosidad que por amistad. Sebas lo espera fuera, nervioso, pegando saltitos con las manos en los bolsillos. Le cuenta que ha convencido a una puta para que le haga una mamada.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Pero ¿dónde está?

—Me ha dicho que ahora viene.

Al otro lado de la portalada, iluminada por las farolas exteriores, aparece una mujer tan alta como ellos, enfundada en un abrigo marrón bajo el que se distingue un corsé bien ceñido, el tetamen a punto de explotar, piernas robustas bajo medias de rejilla, toda ella en equilibrio sobre unos tacones de quince centímetros. Sebas le dice a Ulises:

—Tú vigila que no venga nadie.

Pero Ulises no lo ve claro y lo sigue. Sebas abre la puertecita lateral. Vista de tan cerca, ambos jurarían que mide medio palmo más que ellos, incluso.

—¿Dónde me has dicho? —se apresura a preguntar la mujer.

—Aquí detrás —responde Sebas indicando unos matorrales que hay junto a la puertecita, delante de la valla del campo de entrenamiento de La Masia.

—¿Él también? —pregunta ella con tono neutro.

A pesar de la escasa luz, Ulises se da cuenta de que tiene la cara hinchada, lleva una gruesa capa de maquillaje, tiene unos labios voluminosos y repintados y lleva el pelo recogido y salpicado de purpurina. Emana un aroma denso y empalagoso a

perfume edulcorado.

—Eh, ¿tú también quieres que te la chupe? —pregunta Sebas a Ulises guiñándole un ojo.

—No, yo no.

Se esconden tras los matorrales. El campo de entrenamiento está oscuro como el interior de un balón de cuero. Ulises mira a un lado y a otro, se siente observado, piensa que está haciendo el ridículo. No sabe dónde carajo estará el vigilante: nunca lo ven, y menos cuando hace falta, pero en el momento menos conveniente aparece de la nada. Los coches disminuyen la marcha ante el bulevar de meretrices que esperan a ser pescadas. Invitaciones y provocaciones verbales y gestuales, los motores que aceleran, frenan, se paran y vuelven a ponerse en marcha. Ulises se vuelve y ve las piernas desnudas de Sebas, los pantalones y los calzones por los tobillos. La puta se ha agachado para meneársela, a veces se la mete en la boca y la lubrica. Se dicen cosas, pero Ulises no es capaz de captar qué. Se acerca un poco más, sin perder de vista en ningún segundo los ventanales oscuros de la gran casa destinada a la cantera del Fútbol Club Barcelona. Entonces oye que Sebas le pide a la puta que se la mame un poco más, que si no, no se va a correr. La puta refunfuña, dice que es incómodo. Sebas le pide que se arrodille. La puta dice que le da miedo mancharse el abrigo. Pasan los minutos y Sebas no se corre. La sesión se hace interminable. La puta está a punto de dejarlo, se queja de que le duele la mano. Sebas le ruega que siga un poco más, que no pare. De tanto pegar la oreja, Ulises está prácticamente a su lado, tras los matorrales; se podrían dar la mano incluso. La puta alarga el brazo con una sonrisa burlona y le frota la entrepierna a Ulises.

—Bájate los pantalones tú también. Lo puedo coordinar.

A Ulises le entra el pánico y retrocede de golpe, muerto de vergüenza y al mismo tiempo excitadísimo.

Al final Sebas se estremece, levanta la cabeza y expulsa el semen en los dedos de la puta, que sonríe aliviada mientras con la mano libre extrae un clínex de la bolsa. Sebas se sube los calzoncillos y los pantalones, tembloroso y saciado, y le da las gracias. La puta le manosea el culo, sale de los matorrales, abre la

puertecita lateral y desaparece calle arriba. Sebas y Ulises observan cómo desde el otro lado de la verja les dice adiós agitando el pañuelo de papel.

—No se lo digas a nadie —le ruega Sebas, satisfecho.

—Soy una tumba —le responde Ulises.

Sebas se mete en la ducha. Ulises se lava los dientes. Está rendido. Son las cuatro menos cuarto de la madrugada.

Hay una puta que a menudo se exhibe y le hace insinuaciones indecentes en la avenida Joan XXIII, delante de las gradas del gol norte del estadio. Desde la otra acera, sigue unos metros su recorrido, abre el abrigo, muestra las curvas que el corsé modela, menea los muslos, echa la melena a un lado y a otro con coquetería. A continuación, por medio de gestos sutiles y seductores, lo invita a cruzar la vía y negociar. Al principio, Ulises finge que la ignora. No es capaz de interpretar las señales, que considera ambivalentes, excitantes y peligrosas. ¿Es posible que una puta se interese por él? Piensa rápidamente en sus padres y en su abuela y evita así la tentación.

Una noche vuelve del Eric's con la bolsa de deporte llena de ropa sudada. Cuando la puta le hace insinuaciones, Ulises cruza la avenida dispuesto a negociar.

—No tengo dinero —es lo primero que dice.

Es morena, va con un abrigo de piel blanco, se adivina que no lleva sujetador y está pensándose qué hacer con él.

—¿Qué edad tienes? —le pregunta escrutando La Masia y luego el Palau Blaugrana.

—Acabo de cumplir dieciocho —miente.

—Sube y espérame —le dice ella mientras le señala con la cabeza la pequeña elevación de terreno, flanqueada por una triste hilera de pinos, que circunda el muro meridional del cementerio de Les Corts.

Ulises obedece, consciente de que se encuentra en manos de algo que desconoce por completo. Nota una aguda presión tras los pabellones auriculares, así como la disminución de la producción

de saliva, que se vuelve densa y pegajosa. Espera unos minutos, observa cómo algunos coches circulan con parsimonia. Protegido por la falta de claridad y los árboles, puede ver sin ser visto. ¿Qué hace la mujer, que no sube? Se siente como en la camilla de un consultorio médico; no sabe si tiene que quitarse la ropa y quedarse en calzoncillos mientras espera a que llegue el doctor que procederá a examinarlo. Como un hada, la puta emerge de la nada. Camina sobre zapatos de tacón, tiene los labios hinchados y desprende vaharadas de perfume barato. Le abre el cinturón, le baja la cremallera.

—¿Seguro que no llevas nada? —le pregunta mientras le magrea la entrepierna.

—Te lo juro —confiesa Ulises, que está cagado de miedo pero tiene una erección de mil demonios.

—Solo te puedo hacer una mamada —dice ella con un matiz entre frívolo y ansioso.

Ulises observa cómo se agacha, le coge el miembro y se lo menea. De pronto nota que una sensación tibia y mucosa lo atraviesa de arriba abajo. Le entran unos escalofríos placenteros. Las manos le tiemblan, no sabe dónde ponerlas. Intenta colocar una sobre la peluca, tímidamente, pero la puta enseguida se la coge y la conduce hasta los pechos de plástico: grandes, firmes, excitantes como globos de agua a punto de reventar.

—No te me corras en la boca —oye que le dice antes de acelerar el ritmo.

Ulises está nervioso, le cuesta alcanzar el clímax. Pero la puta no se da por vencida fácilmente. En algún tirón del prepucio, Ulises siente un poco de dolor, pero no se queja. Impaciente y aturdido, como está oscuro, avisa a la puta y finge un orgasmo.

—¿Ya estás?

—Sí —responde él.

—Pero si no ha salido nada.

—Sí que ha salido.

La puta arquea una ceja y se abotona el abrigo abierto, se recoloca las tetas y baja hasta la acera. Ulises se abrocha los pantalones, coge la bolsa de deporte, vuelve a entrar en el

perímetro del alumbrado público y cruza la avenida. Dos minutos después entra por el portal de La Masia.

Lo primero que hace es deshacer la bolsa, coger una muda de la taquilla, calzarse las chanclas y meterse en la ducha, que es el único sitio donde los futboleros lo dejarán en paz. Necesita tomar consciencia de la situación que ha vivido, ponerle nombre y apellidos a lo que le acaba de ocurrir. No lo abruma ningún sentimiento triste ni de frustración, pero tampoco de alegría. Es entonces cuando se da cuenta de que algo no va bien: cada vez que se enjabona las partes bajas nota un leve escozor. Efectivamente, tiene cortecitos en la polla; en concreto un conjunto de minúsculas heridas diseminadas por el prepucio y el glande morado y aún candente. Hay una muy rara, biselada como la mordedura de una rata.

Recuerda las palabras de Tutusaus y piensa que igual se acaba de complicar la vida.

V

El fin de semana juegan en Gràcia, en un patio de colegio. Acostumbrados a entrenar en un pabellón con parqué, ahora detestan tener que jugar en patios escolares con suelo de hormigón y canastas torcidas y sin red. Como si hubiesen renunciado a sus orígenes, a cuando jugaban a la intemperie a última hora de la tarde, a veces a temperaturas bajo cero, otras incluso lloviendo.

Ganan de diecinueve puntos, pero Ulises ha jugado un partido desastroso. Después de comprobar el estado lamentable de los vestuarios, opta por ducharse en casa. Se despide de sus compañeros y sube al coche. Durante el trayecto no intercambia ni una sola palabra con su padre. En Manresa se ducha y se sienta a la mesa.

—¿Ninguna novedad? —le pregunta su madre, que se ha excusado por no ir al partido.

—Ni una —responde.

Hace un día espléndido y todos están de buen humor, pero Ulises tiene ganas de que llegue el domingo para volver a Barcelona y buscar la manera de hablar con Tutusaus.

Tutusaus le cuenta que el sida no tiene cura. Le indica un sitio donde hacen análisis del VIH gratuitos y le confiesa que no se ha atrevido a ir.

Ulises va un día lluvioso. Coge la línea verde de metro hasta Drassanes, sale de la estación y camina un centenar de metros. Dado que los análisis son anónimos y no hay que entregar ningún tipo de documentación, hace creer a la enfermera que tiene dieciocho años. También se inventa que ha tenido relaciones sexuales con una amiga y que el preservativo se pinchó, más o

menos lo que habría dicho Tutusaus. La enfermera que lo atiende le explica que antes de hacerse la prueba tiene que dejar pasar como mínimo noventa días desde la práctica de riesgo: es el tiempo necesario para que el virus se haga notar. Le dan tres dípticos informativos: uno sobre qué es el sida, otro sobre cómo evitar contagiarse del virus VIH y el último sobre cómo ponerse el preservativo correctamente. Ulises los lee como si le fuese la vida en ello en el recorrido subterráneo entre Drassanes y Maria Cristina. Al acabar, nota el nerviosismo reduplicado, como si un puño rotase dentro de sus entrañas poco a poco y con mucho esfuerzo. Su estado de salud continúa siendo una incógnita. No ha sacado gran cosa en claro salvo que, de momento, lo que tiene que hacer es esperar.

Deambula abstraído de La Masia al instituto, del vestuario al campo de juego, de la habitación a la biblioteca. Algunos residentes se dan cuenta, perciben esta especie de compunción que lleva a cuestas y deciden ignorarlo. Otros intensifican las provocaciones y, al ver que no causan ningún efecto ni estrago, lo dejan en paz. Como resultado, desde que entró a vivir en La Masia, nunca había estado tan tranquilo. Incluso algunos futboleros como Mattieu o el andorrano se acercan y le preguntan qué le pasa. Se libra de ellos con evasivas. Se pasea como un fantasma, y algunos se burlan de él diciéndole que deje de arrastrar las cadenas.

En un entrenamiento recibe un mal pase que lo golpea en la nariz. Nico se acerca a pedirle disculpas.

—No me toques —le grita Ulises como un energúmeno.

—¿Qué ocurre? —dice Fermín, el entrenador, sorprendido por la reacción tan exagerada.

—Este imbécil, que me ha dado un pelotazo en la cara.

—Ha sido sin querer —asegura Nico.

—¡Pues presta más atención, joder! —lo increpa Ulises furioso.

Fermín, descontento, lo manda directo a los vestuarios. Ulises pega una patada a una de las vallas publicitarias y se encamina hacia allí con la cabeza gacha, maldiciendo a diestro y siniestro, dejando un reguero de manchas de sangre caliente sobre el parqué.

El fin de semana no juega ni un minuto. Ganan de treinta puntos. Fermín no le ha dirigido la palabra en todo el partido. Ulises se desespera aún más. No puede parar de hacer cuentas. Hasta dentro de dos meses y medio no se podrá hacer los análisis. Por suerte, el cronómetro no se detiene como en los partidos, se dice.

Armand, el portero, también ha estado con una puta. Se lo confesó a un compañero de cuarto, un bocazas que enseguida se lo largó a todo el mundo. Los veteranos se mofan de ello con frecuencia.

—¿Qué es eso que tienes ahí? ¿Son ronchas?

Armand se queda serio y alicaído mientras le señalan la cara y el cuello.

—Tendrás el sida —le dicen—. Va, anímate, que Magic Johnson también lo tiene y aún juega.

En la biblioteca, después de haberse pasado un buen rato con los ojos clavados en los libros, Mattieu levanta la cabeza y le pregunta sin venir a cuento:

—Quién no ha estado con putas aquí, ¿verdad?

Ulises nota la mirada inquisitiva de Mattieu e intenta sostenérsela.

—Tú también has estado con alguna —lo incrimina el francés.

Ulises dice que no mientras traga saliva.

—A mí no me engañas —insiste Mattieu.

—Te digo que no.

—Tienes que estar muy desesperado para ir de putas. Te pueden pegar el sida. O la sífilis. De hecho, es igual una cosa que la otra, el resultado es el mismo: se te acaba cayendo la polla a cachos.

Ulises no sabe qué es la sífilis, pero solo oír el nombre ya le pone la piel de gallina. Finge que no le afecta, pero no es capaz de disimular.

—¿Por qué te pones rojo? —le pregunta el francés poniendo y quitando repetidamente el tapón al bolígrafo Bic naranja.

—¿Qué dices?

—Te has puesto rojo.

—No es verdad.

—¿Cuándo ha sido?

—Nunca, ya te lo he dicho.

—A ti te la ha chupado una puta, a mí no me la cuelas.

Ulises pasa los días absorto, proyectando las fatales consecuencias que se avecinan. Su carrera baloncestística arruinada por un gesto mal ejecutado, por una pelota mal jugada. ¿Cómo ha podido perder el partido de una manera tan estúpida y ridícula? ¿Qué les dirá a sus compañeros de Manresa cuando lo echen del Barça por ser un sidoso? Sebas, que también ha pasado unas semanas de pura paranoia, le cuenta que no pudo aguantarse y se lo acabó soltando a sus padres.

—No me lo puedo creer.

—Te lo juro. Estaba acojonado y no sabía qué hacer.

—¿Y qué les dijiste?

—Que había estado con una puta.

—¿Y ya está?

—Que me hizo una mamada.

—¿Y qué te han dicho?

—Que no me preocupe. Que no hay que exagerar.

—¿Cómo que no?

—Se ve que si te la maman no pasa nada.

—¿Y les dijiste que yo también estaba?

—No.

Ulises no las tiene todas consigo. No le ha dicho nada a nadie, ni a Sebas ni a Tutusaus ni a Nico ni a Berni ni a nadie del equipo. Le da vergüenza, pero sobre todo no quiere que nadie lo divulgue, como le ha pasado al portero Armand, y acabar convertido en centro de todos los escarnios. No podría superarlo. Sería la gota que colma el vaso. A partir de ahí no se ve con fuerzas para imaginar qué podría llegar a suceder: los acontecimientos que proyecta son escurridizos y colisionan enseguida contra un muro demasiado alto y resistente. Solo tiene la certeza de que, con independencia de lo que pasase, preferiría no verse obligado a vivirlo.

Ulises mantiene la actitud taciturna, cada vez más esquivo. Poco a poco va aprendiendo a no confiar en nadie, ni siquiera en su propia sombra.

Los martes y los jueves cena en el Eric's. En el camino de vuelta tiene que pasar por delante de las putas de la avenida Joan XXIII. No puede mirarlas. Le entran náuseas solo de pensar que están ahí, observándolo, esperando a que levante la cabeza para provocarle mediante sutiles gestos y que las siga hasta la tapia del cementerio. Nota el borboteo creciente de los remordimientos. Se acomoda la bolsa en el hombro y vuelve a clavar la vista en el suelo mientras percibe cómo desde la otra acera las putas travestidas despliegan encantos y picardías para llamar su atención.

Como cada noche, se refugia en la biblioteca, que se ha convertido en el cobijo de su desesperación: con cualquiera de los cuadernos lectivos abierto al azar, solo tiene que fingir que lee. Berni le pregunta si quiere que lo ayude con alguna materia. Ulises le responde que no, que lo tiene controlado, que esta vez aprobará con nota.

Duerme poco y mal. Sueña que se le caen los dientes, sobre todo los incisivos y los dos colmillos. Es una sensación muy viva y triste. Cuando se levanta tiene que mirarse en el espejo para comprobar que siguen ahí.

Una mañana se despierta con el pijama y la cama mojados. Tapa las sábanas con la manta para disimularlo. Cuando al mediodía vuelve del instituto, la habitación apesta a lejía, su cama está deshecha del todo. La mujer de la limpieza pasa por su lado, pero no hace ninguna alusión.

Una tarde se encuentra mal y no va a entrenar. A la hora de cenar le ruega a Berni que llame a Bieito, el cocinero, que más tarde asoma la cabeza por la habitación. Ulises le pide que por favor telefonee al médico. Bieito le responde que enseguida, pero se olvida. Pasa una noche terrible, con sudores y delirios. Al día siguiente, temprano, el adjunto del señor Farrés avisa al médico. Una hora después lo han examinado, le han preguntado si es

alérgico a algún medicamento y le han dado una caja de supositorios. Se introduce uno y se duerme. De pronto nota que alguien lo zarandea. Entrevé que es Nico.

—¿Quieres agua? —le pregunta.

—Sí, por favor —responde Ulises.

—¿Por qué lloras?

—Me duele el tobillo.

—¿Te has caído de la cama?

—No, en el entrenamiento.

—Pero si llevas una semana sin ir.

—Me duele mucho.

—¿Qué quieres que haga?

—Llama al médico.

—Pero si ha venido esta mañana.

—No me encuentro nada bien.

—¿Quieres que llame a tus padres?

—No hace falta.

—¿Seguro?

—Seguro.

—No me cuesta nada.

—No te preocupes, ya se me pasará.

Bebe unos sorbos de agua. Nico vuelve a apagar la luz. Se tira el día durmiendo y por la noche no puede pegar ojo. Tiembla en la semioscuridad mientras los demás roncan felizmente. Cenefas fugaces producidas por los faros de los vehículos se mezclan con imágenes mentales tétricas. Quiere pensar en cosas bonitas, pero es incapaz: ni siquiera puede centrarse en las chicas por las que suspira. Coge otro supositorio de la cajita y se lo mete por el recto. En la calle, un coche toca el claxon y las putas responden a gritos.

Una noche, Isra y cuatro veteranos más irrumpen en la habitación. Se encaran con Berni, que les pide con educación que lo dejen tranquilo. Isra está como siempre, completamente desatado, como si llevase una chincheta clavada en el culo de forma ininterrumpida. Nadie sabe decir de qué tiene más ganas, si de

partirle la cara a alguien o de que se la partan a él. Berni pierde la paciencia. Sale de la cama y despliega sus dos metros y seis centímetros de altura. Sin camiseta, los hombros un poco caídos, los brazos y el torso musculados tras horas y horas dedicadas a levantar pesas en el gimnasio. Isra y compañía fingen que claudican y, minutos más tarde, como cabe esperar y de manera coordinada, apagan las luces del lavabo y la habitación y abren de un patadón la puerta, como si de repente hubiese entrado una manada de búfalos. Pero antes de que les dé tiempo a soltar la bolsa llena de agua, meados y escupitajos, Berni, que está en guardia, ya se ha levantado y les ha plantado cara.

—Tú, pedazo de mierda —le vocifera a Isra mirándolo como miraría a su perro el dueño después de que el animal haya hecho una travesura—. Atrévete a salpicarme con una sola gota y te aseguro que te rompo la cara.

Isra se siente estimulado ante esta provocación, pero un sexto sentido le dice que mejor que no cabree al contrincante patilargo que tiene delante y que no ha dado ni un solo paso atrás. Así que acaba reculando.

Ulises admira cómo Berni ha plantado cara y se ha impuesto a cinco futboleros veteranos. Es su nuevo héroe.

Al día siguiente, Berni descubre que le han reventado la cerradura de la taquilla. Nota que la madera está mojada. Efectivamente, la han rociado con agua, lociones, gel de ducha y espuma de afeitar. La ropa, el neceser, los libros..., todo está hecho un desastre. Le han cortado con tijeras las mangas de las camisas, las perneras de los pantalones, las puntas de los calcetines, la goma elástica de los calzoncillos. No tiene absolutamente nada con que vestirse, y el único que le puede dejar ropa es Nico, que más o menos mide lo mismo.

Vestido de paramilitar, Berni se acerca al Corte Inglés de Maria Cristina. Compra todo lo que necesita para pasar un par de días. Acto seguido, no vuelve a La Masia, sino que directamente se dirige con las bolsas a las oficinas del club. Dice que si no le consiguen un piso como Dios manda, lo deja. También les entrega los comprobantes de los gastos para que le reintegren el importe.

Por la tarde ya tiene las llaves de un piso en Sant Just Desvern. Es la suerte de medir más de dos metros.

Ya es primavera cuando Ulises tiene que saltarse una clase para dirigirse de nuevo a Drassanes, decidido a hacerse la prueba. Vuelve a inventarse los hechos: se le rompió el preservativo follando con una amiga.

No es la misma enfermera que lo atendió la primera vez. Esta parece más veterana y pone cara de pocos amigos.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta con un aire seco e intimidatorio.

Tiene catorce, pero miente de nuevo:

—Dieciocho. A punto de cumplir diecinueve.

La enfermera entorna los ojos con un gesto de pura desconfianza.

—¿Hace más de tres meses del incidente? —acaba preguntando.

Ulises contesta que sí.

La sanitaria le explica cuál es el protocolo. A continuación le pregunta qué brazo prefiere, el derecho o el izquierdo.

—El derecho —escoge Ulises.

La enfermera le extrae sangre y lo informa de que dentro de tres semanas podrá pasar a recoger los resultados. Antes de marcharse le da un papelito con un número, porque los análisis son anónimos. Entonces le dice, quitándose la máscara de estirada y colocándose la de cínica, con media sonrisa:

—Solo hay una manera de evitar que pasen estas cosas.

—¿Cuál? —pregunta Ulises con ingenuidad.

—Abstinencia total.

Ulises no sabe qué quiere decir *abstinencia*, pero la palabra se le queda grabada a fuego.

Fuera llovizna, los transeúntes empiezan a abrir los paraguas. Ulises levanta la cabeza y se topa con Cristóbal Colón señalando más allá de la nada. Siente un alud de tristeza. Vuelve en metro hasta Maria Cristina. Presiente que las cosas van a ir mal dadas.

Juega un partido pésimo, descentrado y aturullado, con un porcentaje decepcionante, pero ganan de sesenta y cuatro puntos. Los padres del equipo contrario han dejado de animar al cabo de cinco minutos de empezar el enfrentamiento, cuando el parcial era ni más ni menos que de veintitrés a cero.

Pasa el fin de semana en Manresa, con un peso en la consciencia que lo supera.

—¿Estás bien? —le pregunta su madre cuando se sientan a la mesa para cenar.

Ulises tiene la sensación de que debe empezar a despedirse de todos sus seres queridos. Observa al hermano pequeño, las construcciones piramidales que hace con las acelgas y la patata. No puede evitar pensar en todas las cosas importantes que se perderá.

Por un momento está a punto de echarse a llorar y confesar lo que le pasa: necesita abrir el corazón y desplegar sobre la mesa sus ingentes y desesperadas preocupaciones. Como Sebas, espera sentir alivio, comprensión y afecto. Pero se reprime. La vergüenza lo supera todo. No tiene ningún derecho a causarles quebraderos de cabeza a sus padres. Debe aprender a tener paciencia, a tener dominio sobre el paso relativo del tiempo. Además, prefiere evitar reacciones que puedan ir en contra de sus propios intereses: no quiere decepcionar a nadie y su máxima meta sigue siendo formar parte de las filas del Barça. Que todo continúe teniendo un sentido.

Los padres se sientan en el sofá a ver *Informe semanal*. El hermano se va a la habitación. No ha probado ni una sola pieza de fruta.

—Tienes que comer fruta —le dice Ulises.

Pero el hermanito finge que no lo oye y se escabulle.

La madre se está quedando dormida, se levanta y dice:

—Me voy a dormir.

—Genial —dice Ulises con una sonrisa encantadora—. Que descanses.

Desde donde está no llega a ver bien el televisor. Todo el mundo está de pie. Los nervios a flor de piel desprenden un tufo a hormonas bullendo a todo trapo. Minuto 111. Todo dios con las manos en la cabeza, increpándose, mandándose sentarse y callar los unos a los otros. Pero nadie lo hace, más bien al contrario: hay quien se sube a las sillas y todo. Ulises también, y un veterano se lo recrimina, pero se la pela: necesita ver qué va a pasar. Guardiola aparece de la nada, se cuela entre jugadores y señala al árbitro el punto exacto donde tiene que plantar el balón. Es redundante, porque Bakero ya lleva rato allí, y solo un leñador del País Vasco sería capaz de sacarlo de ahí. Stoichkov le da un empujón a Guardiola, que hace el gesto de chocar los cinco, pero al ver que el búlgaro le hace callar y que no está para gilipolleces, se larga cagando leches. El poder telepático de miles de culés concentrado en un esférico que ahora mismo depositan sobre un césped a mil seiscientos kilómetros de distancia. Stoichkov empuja, Bakero para y se aparta. Dos toques milimetrados y el rubio holandés, el que no tiene cintura, que dispara un misil seco, orientado entre tres defensas que parece que quieran coger el balón con las manos y que, advirtiendo el riesgo de amputación, en el último momento cierran los ojos, encogen el cuerpo y se ponen de culo. El portero se estira hacia su derecha inútilmente. A partir de ahora, cada vez que haga el mismo gesto, ¿recordará este momento? Una granizada de cuerpos vibra en un estallido sin precedentes. La sala retumba; latas de bebidas, snacks, bocadillos, camisetas, chanclas y sillas vuelan por los aires. Todo el mundo se abraza en una tremenda algarabía. Parecen auténticos hermanos, hijos de una misma sangre blaugrana que los ha engendrado, alimentado y educado con el único fin de convertirlos en *cracks* gracias a los cuales, a medio o largo plazo, podrá recuperar, y con creces, la inversión efectuada. A lo mejor ahora mismo todo tiene un sentido, por lo menos es posible acariciar algo similar. Cuando suena el silbato final se vuelven a abrazar entre sonrisas y vítores y cantos. No hay palabras altisonantes ni amenazas, solo un clima de hermandad y complicidad. Ojalá el Barça ganase la Copa de Europa cada día, cavila Ulises.

Un grupo numeroso de residentes con ganas de celebrar el título se dirige hacia Maria Cristina para coger la verde. Los vagones se van llenando a medida que el gusano subterráneo avanza hacia el centro. A partir de Tarragona ya no cabe ni un alfiler. Aferrados a las barras, los pasajeros sacuden los vagones como si formasen parte de la atracción de una feria. El aire se espesa, el suelo está mojado y viscoso, la gente transpira y es feliz.

La atmósfera en Canaletes es formidable, el griterío es arrebatador, el éxtasis se puede tocar con la mano, pero gravita la sensación de peligro inminente propia de las grandes celebraciones por parte de multitudes exaltadas. Algunos aficionados con bufandas y banderas identifican a algunos de los residentes futboleros de más edad. Las ovaciones son mayúsculas. Clamores, himnos y bengalas. Se dispersan en grupitos y más tarde vuelven a juntarse. Cuando se hartan, se dan cuenta de que han cerrado las puertas del metro. No hay taxis y regresan a pie. Suben por Rambla Catalunya y giran a la altura de la Diagonal. En Francesc Macià están cansados, deshidratados y aburridos, así que empiezan a increparse, a criticarse y a cagarse en todo. Caminan por el centro de la vía, de vez en cuando aparece un coche tocando el claxon, se oyen petardos aquí y allá; el ambiente se ha enrarecido del todo. Ulises trata de quedarse un poco atrás y de no llamar la atención. Comienzan a perseguirse y a repartir soplamocos en el lóbulo de las orejas con la punta de los dedos. Luego, collejas. Siempre en una misma dirección, Diagonal arriba, de camino a La Masia. Ulises enseguida tiene las orejas irritadas y dolor de cabeza por culpa de los capones. El calvario se hace eterno. ¿Cómo ha podido equivocarse tanto? ¿Cómo ha podido caer en una trampa tan grande? No son hermanos, ahora lo ve clarísimo. Jamás lo serán. ¿En qué coño estaba pensando? Lo abrazan un momento y ya se cree que les debe la vida. Los observa mientras brincan como duendes bajo las farolas de una ciudad de pronto pletórica y envanecida. Son unos auténticos hijos de la gran puta, repite mentalmente a cada paso que da.

La madre le pide que supervise el baño de su hermano pequeño. Ulises llena la bañera, echa jabón y remueve el agua para que haga espuma. Le dice al hermano que se desvista. Le lava la cabeza, lo enjabona con la esponja, lo aclara. En un momento dado, mientras el hermanito está relajado jugando con un pez que sirve para medir la temperatura del agua, Ulises, con un golpe seco, le empuja el brazo con el que está apoyado: el hermanito resbala, se da un golpe contra el esmalte de la bañera y se rompe la ceja. El agua estancada va cogiendo color. El niño se pone rojo, se hincha, aguanta la respiración durante veinte segundos hasta que estalla en un llanto enérgico, estridente, admirable. Sus padres se visten a toda prisa, llevan al hijo pequeño al hospital. Vuelven a casa al cabo de tres horas, serios y exhaustos, al hermanito le han puesto cuatro puntos de sutura y un apósito estéril en la ceja. Parece un corsario. Está enfadado y asustado a partes iguales. Ulises se encierra en su habitación. Su madre abre la puerta repentinamente.

—Queremos que sepas que estamos muy disgustados contigo. Tu hermano dice que le has hecho resbalar aposta.

—Pero ¿qué dice este? ¡Eso es mentira!

—Se podría haber hecho más daño.

—Pero si no le he hecho nada. Se ha caído solo.

—No sabemos qué haces en La Masia, pero siempre vuelves muy agresivo.

La madre cierra la puerta al salir. Ulises se niega a abandonar la habitación. Tiene el estómago en los pies, pero no sale ni para cenar.

—¿Seguro que no tienes hambre? —le pregunta su padre desde el otro lado de la puerta.

Ulises responde que no.

—Me encuentro mal.

No se encuentra mal, pero es una buena excusa para darle la vuelta a la tortilla: ahora se preocuparán por él. Pero al rato, a base de sugestionarse, empieza a sentir mareos. La madre llama a la puerta. Lleva una bandeja con un cuenco hasta arriba de caldo de pollo con *galets* y una aspirina.

—Bébete la sopa y tómate esto.

Ulises quiere pedir perdón por todo lo que ha pasado, pero es imposible: no tiene ni la más remota idea de cómo hacerlo. Se limita a dar las gracias.

El domingo baja en autobús a Barcelona a primera hora de la tarde. Quiere llegar a la luz del día, antes de que las putas empiecen a dejarse caer por las inmediaciones de la residencia. El ambiente es distendido, hay pocos jugadores, Bieito y Cosme tienen el día libre, el sustituto trabaja silenciosamente en la cocina. Ulises ve la televisión un rato: echan un resumen de la jornada futbolística.

Al día siguiente a primera hora va a recoger los resultados de los análisis a Drassanes. Entrega el papel mil veces manoseado y una enfermera le da una hoja.

—Te han salido negativos.

Siente un estallido de alegría, una inundación de bienestar que lo renueva por dentro. Respira aliviado, nota un incremento del riego sanguíneo, de la propia potencia física. Tiene ganas de comerse el mundo, el mismo mundo que antes lo condenaba y que ahora vuelve a sonreírle.

Los lunes no tiene entrenamiento. Después de cenar se ve incapaz de encerrarse en la biblioteca y estudiar. Prefiere charlar con los futboleros, jugar una partida de pimpón, tomar el aire en el jardín mientras contempla el desfile de putas y conductores con ganas de fiesta. Duerme a pierna suelta. Al día siguiente llega puntual a clase, pone los cinco sentidos en las lecciones, se come un bocadillo de lomo ibérico como su antebrazo, se siente eufórico, amable, receptivo, generoso. Por la tarde, hace un entrenamiento impecable. La canasta parece tener unas dimensiones amplificadas. Corre, defiende, asiste y anima a todos. Realiza una sesión física al límite de la resistencia, esforzándose al máximo, levantando las pesas hasta la última de las repeticiones sin remolonear. Fermín se muestra satisfecho, no lo puede disimular. Más tarde, Ulises se sienta a la mesa del Eric's con Nico. El canario cena una ensaladilla rusa, un mixto de sobrasada con queso, dos hamburguesas, una butifarra, tres trozos de panceta, un cuenco de patatas fritas y cuatro Coca-Colas. Ulises, un plato combinado con dos huevos

fritos y patatas, dos perritos calientes a tope de kétchup y mostaza y dos jarras de champú. Enseguida se siente tonificado. Nico le cuenta chorradas: que hay un residente en La Masia que siempre está lavándose las manos, que se las lava setenta u ochenta veces al día, después de darle la mano a alguien, de usar el cepillo de dientes, de quitarse las zapatillas o de tocar la llave de la taquilla. Hacia medianoche, Ulises se entretiene hablando con Eric sobre jugadores de la NBA, sobre quién es mejor, si Michael Jordan, Magic Johnson o Larry Bird. Hablan también de Isiah Thomas, de Joe Dumars, de John Stockton, de Dominique Wilkins, de Byron Scott, de Karl Malone, de Clyde Drexler, de James Worthy, de Kevin McHale, de Scottie Pippen, de Charles Barkley, de Patrick Ewing, de Abdul-Jabbar y de Olajuwon. Nico anuncia que va tirando. Ulises aún se queda escuchando las aventuras de Eric, de cuando visitó el Madison Square Garden y Larry Bird desplegó una actuación colosal, o de cuando Wilt Chamberlain le firmó un autógrafo en una calle de Los Ángeles. Más tarde se encamina solo hacia La Masia. En la otra acera, una puta le hace insinuaciones. Insiste. Ulises no es capaz de aguantarse. Atraviesa la avenida Joan XXIII con una erección de caballo y sube hacia la tapia del cementerio de Les Corts. No lleva un céntimo, pero el travesti no ve ninguna razón para no ofrecerle una mamada bien generosa. Al día siguiente lo podrá contar: «le comí la polla a un chaval que juega en el Barça». Se corre en la mano del travesti, que lleva unas tetas de plástico sensacionales, como de cera. Antes de despedirse, el travesti le guiña un ojo y le dice:

—Eres muy guapo y hueles bien. No te acostumbres.

Cuando llega a La Masia se pone las chanclas y se mete bajo el chorro de la ducha. Vuelve a tener cortes en la polla. Tiene ganas de llorar, pero un animalejo que brinca en su interior lo obliga a darse cabezazos contra las baldosas. Un golpe, otro, cinco, seis, más.

La preparación de la confirmación es un pasatiempo cada vez más abrumador. Las clases de catequesis son un auténtico guirigay. El

cura dice:

—Recibir este sacramento completa la acción del bautismo.

La sala parece una piara de cerdos. Nadie se está quieto. Todos se ríen y hablan cuando no toca. El cura suda de forma proporcional a la paciencia que demuestra tener, que cualquiera diría que es infinita.

El día de la celebración, el cura les pregunta si se quieren confesar. Ulises dice que sí. Se apartan de la multitud de familiares y compañeros. Entre los numerosos vehículos aparcados en la explanada de grava, lejos de interrupciones, de miradas y oídos ajenos, Ulises le confiesa que ha pecado, que ha mentido, que ha injuriado, que ha tratado mal a sus padres y a su hermano pequeño. También confiesa que ha ido de putas. Dos veces. Que ha ido a hacerse las pruebas del VIH. Que está asustado, que no puede evitarlo. El cura pone unos ojos como dos palas de pimpón, y con un pañuelo que lleva sus iniciales bordadas se seca la frente pringosa a intervalos cortos. Ulises sabe que está bajo secreto de confesión, pero teme que lo traicionen. Se echa a llorar justo en el instante en que llega la limusina del *president* Núñez. Se produce el mismo bullicio especial de siempre. El cura le dice que rece y que rece mucho. De momento, un padrenuestro que rezan juntos. Ulises se siente mejor, liberado.

Más tarde, en la capilla del Camp Nou donde se oficia el acto, el *president* Núñez le entrega una vela de cera. Ulises la enciende con la llama primordial del cirio pascual. La nueva llama, trémula y juguetona, es su alma ardiendo esperanzada.

VI

En verano, Ulises y su familia hacen un viaje en coche hasta el este de Europa. En dos semanas visitan Berna, Salzburgo, Viena, Praga, Budapest, Núremberg, Múnich, Grenoble. Hacen noche en campings o en moteles de mala muerte, a veces en pensiones situadas en la periferia de las capitales; solo en Checoslovaquia y Hungría alquilan apartamentos espaciosos y bien iluminados a un coste asequible. A lo largo de los trayectos, con los cristales de las ventanillas bajados, Ulises mata el tiempo sobando, escuchando música en el walkman o incordiando a su hermanito. Está harto de oír a sus padres refunfuñar, abriendo, desplegando y cerrando la guía Michelin, perdiéndose y encontrándose, improvisando nuevas rutas, fascinados con los paisajes, la arquitectura, las costumbres y cualquier chorrada que se les pone por delante. A él se le antojan idénticos la mayoría de los parajes por donde pasan. Nunca sabe en qué país están. Se la pela. No siente curiosidad. Su padre le dice:

—¿No te gusta esto? Mira que es bonito. Fíjate en los edificios.

Pero la verdad es que Ulises no soporta que lo obliguen a estar ahí, a mirar, a contemplar, a maravillarse. No le gusta nada. Le resulta todo homogéneo, empastado de monocromatismo y de aburrimiento. Se siente como un pez fuera del agua. Le cuesta mucho aceptar una rutina distinta a la que le impone el hecho de jugar en el Barça de baloncesto. Añora la vida de La Masia. Nunca lo habría dicho, pero echa de menos el ambiente de puteo, la tensión agotadora de no saber de dónde le va a venir la hostia, los trayectos de ida y vuelta al instituto y las horas de esfuerzo físico de los entrenamientos. Si alguien le propusiera llevar la vida que lleva en el Barça para siempre, firmaría donde fuese. En cambio, odia hacer de turista con la familia, descubrir mundo, tener que

disfrutar por fuerza de lo que no entiende ni domina. Los comentarios exaltados de sus padres lo van hundiendo cada vez más. Ni se divierte ni le encuentra ningún sentido a nada. Los largos desplazamientos se hacen insoportables. Retorcido como un contorsionista, las piernas encogidas de través, la espalda empapada de sudor, su hermano pequeño impaciente, apoyándose encima de él para dormir, dándole más calor y produciéndole más incomodidad. Budapest los pilla a cuarenta y tres grados centígrados. A su madre se le deshacen las suelas de las sandalias mientras cruzan uno de los puentes del Danubio. Se tiene que comprar otras en una de las tiendas situadas detrás del Parlamento, pero las suelas también se le funden en contacto con el asfalto al día siguiente. La digestión de las comilonas es pesada. Tienen que buscar sombras y esperar a que la sangre vuelva al cerebro.

Mientras están en Budapest, en Barcelona se celebran los Juegos Olímpicos de Verano. Ven la retransmisión de una de las competiciones de natación en el televisor de un restaurante. Ulises pide dinero a sus padres para comprar los periódicos que anuncian que Krisztina Egerszegi ha ganado el oro en las pruebas de espalda y de cuatrocientos metros estilo. No entiende lo más mínimo de húngaro, pero con las fotografías en blanco y negro le basta para idealizarla y envidiar a Tamás Darnyi. Empieza a estar convencido de que si están en Budapest es por una razón, y que si juega en el Barça y triunfa algún día podrá conocerla. En un inglés macarrónico, pide a un camarero si sabe cómo podría contactar con ella. El camarero se queda atónito ante tanta ingenuidad, pero al rato vuelve a aparecer para darle una nota con la dirección de la televisión húngara.

El viaje de vuelta es un suplicio. En Grenoble Ulises se esconde en una tienda y observa a través del escaparate cómo sus padres lo buscan desesperadamente. Nerviosos, se marchan calle abajo. Entonces Ulises sale de su escondite y los sigue a una distancia prudencial. Especula con su propia desaparición y se siente feliz.

Cuando regresa a La Masia a principios de septiembre, el andorrano lo felicita. Le dice que es su tercer año, que ahora ya es un veterano por derecho propio. Por la tarde lo invitan a una reunión de residentes con antigüedad. Han ingresado jóvenes promesas y hay que decidir a quién putearán primero y cómo. Los jugadores de baloncesto son siempre las primeras víctimas de la lista. Por la noche, después de cenar, un grupo entra como un tsunami en la habitación donde un ala-pívot de catorce años proveniente de Asturias tendrá que aprender a resistir en el terreno pantanoso de las humillaciones. Todos, salvo el asturiano, están pletóricos. Empieza un juego de policías buenos y malos, un ritual que siempre suele acabar de la misma forma. El chaval intenta escaquearse implorando compasión, acto seguido se rebota de manera agresiva y al final vuelve a suplicar una misericordia inexistente. Todo esto lo único que provoca es una aceleración radical de los acontecimientos, que alcanzan una crudeza fuera de toda medida. De nada le sirven los lloros, los gritos y las efímeras amenazas. Está condenado y nadie acudirá a salvarlo. De ahora en adelante, tendrá toda la vida para olvidar su primera noche en Barcelona, bajo el amparo de can Barça.

Lo hacen desnudarse y le ordenan que ponga el culo en pompa. Después de mucho insistir y de repetidas maniobras, lo hace. El público da palmadas. Rubio le azota las nalgas con una regla semitransparente de medio metro. El público lo pincha para que le dé más fuerte. Santacana se saca la enorme polla hiperbólica y se la planta delante de las narices.

—¿La ves? ¿La ves bien? Mírala fijamente —dice mientras se la menea.

El asturiano tiene la cara encendida y hace muecas con la mandíbula, como si masticase un trozo de turrón demasiado duro y demasiado grande.

—Pues ahora te la endiñaré —remacha Santacana sin dejar de meneársela.

La víctima se agita y se revuelve, pero tres futboleros lo tienen bien sujeto, así que no puede girar el cuello. Con la cabeza gacha y sin pensar, sin que nadie se lo pida, como una especie de

medida protectora de evasión, muerde la almohada con crispación mientras grita desesperadamente.

Santacana se coloca detrás de él, se guarda el aparato y coge un bote de espuma de afeitar de la marca Williams que Mattieu le acerca. El público lo azuza.

—Fóllatelo bien follado.

—¡Reviéntalo!

—¡Pétaselo como Dios manda!

Para entretener al personal, Santacana juega un rato a pasar solo la puntita por encima. Los vítores de la multitud son atronadores. Cuando intenta introducirle el grueso tronco del aerosol, la presión hace despuntar una vigorosa borla de nata sobre el tembloroso agujero negro. Es un espectáculo que bien vale una ovación. Todo Cristo se mea de risa y aplaude. La víctima está exhausta, a punto del desfallecimiento emocional. Al acabar, en lugar de huir, se quedan todos en la habitación, como los actores al final de una representación, comentando la jugada de pie o sentados en camas y literas, ignorando al pobre asturiano que, aún tirado boca abajo, intenta subirse disimuladamente los calzoncillos llenos de espuma.

El andorrano ha oído decir que Ulises se marchará a la residencia Blume en pocas semanas. Le pregunta si es verdad que está llena de tías buenas. Ulises dice lo que sabe, que de momento seguirá en La Masia, y que, según parece, sí que hay tías y que están muy buenas.

—¿Y de Sebas sabes algo?

—Nada de nada.

—Debe de estar de puta madre. Ese siempre está feliz.

A Sebas no lo han renovado. Ha fichado por el equipo júnior del Manresa y ha vuelto a Navarcles, a casa de sus padres. Va dos cursos académicos atrasado, es probable que deje los estudios y que su padre lo enchufe en algún trabajo de mañanas en Mercabarna.

En las oficinas del club le preguntan si prefiere quedarse en La

Masia o irse.

—Puedes escoger. Si te quedas, irá Nico a la Blume.

Dos días después Ulises prepara la maleta, coge un taxi y se dirige a Esplugues de Llobregat, a la residencia situada delante de las oficinas de la Nestlé. Aún no ha empezado el curso escolar y prácticamente no se ha despedido de nadie en La Masia.

En la Blume, las habitaciones son de tres. Al principio le toca compartirla con un tenista y con Tutusaus. Los dos fuman en la estancia y atraen a otros fumadores, lo cual hace que se pasen horas charlando. Ulises no puede descansar. Les pide que dejen de hacerlo, pero no hay manera; cuando vuelve de los entrenamientos, se encuentra una multitud de gente sentada en las camas y en el suelo: nadadores, tenistas, waterpolistas, corredores de fondo... Arreglan el mundo, hablan de banalidades, encienden un cigarrillo tras otro. Aunque dejan el ventanal abierto, todo apesta. Hay una larga mesa de estudio que atraviesa la habitación de punta a punta llena de calcetines y calzoncillos sucios, sudados y hediondos desparramados. Al cabo de dos semanas, Ulises llama a la puerta de la directora y le pide que lo cambie de habitación; alega que siempre ha sido buen estudiante y que en cambio sus compañeros no se aplican nada. La directora se hace cargo y le ofrece una para él solo, al fondo del pasillo. En menos de media hora, ya se ha trasladado. Escoge la cama más cercana a la puerta. Lo tiene todo ordenado, pone la música que quiere y al volumen que le da la gana, no tiene que soportar ni humo ni eructos ni pedos ni ronquidos de nadie. Muy de vez en cuando, y siempre durante pocos días, remadores, piragüistas o regatistas olímpicos, mayores de edad y experimentados, a su paso por Barcelona, ocupan una de las otras dos camas. Esta convivencia circunstancial y esporádica, por encima de todo respetuosa, no le molesta.

La biblioteca está en el primer piso. Una estancia fría y sin libros, con paredes y mesas llenas de garabatos, lemas, declaraciones y dedicatorias. No suele haber nadie, y reinan una paz y una tranquilidad totales. Ulises está encantado.

Cuando empieza el curso académico, los veteranos de la nueva residencia se reúnen en asamblea para debatir y decidir los

días y el régimen de novatadas. Después del viacrucis de La Masia, las barbaridades de la Blume son un paseo. A lo largo de una sola semana, los novatos tienen que llevar colgada del cuello una cartulina verde tamaño A3 con una L de principiante y una ficha con diferentes medidas anatómicas personales, entre ellas, en el caso de los chicos, la del miembro fálico. Durante las comidas, en la fila del bufé, los veteranos los paran, leen los centímetros en voz alta, se mofan un rato y se olvidan.

Una noche lo convocan a una habitación de la cuarta planta, ocupada por el sector femenino. Vestidas con pantalones cortos y camisetas de tirantes, la mayoría nadadoras, jugadoras de baloncesto y de voleibol, le ordenan que se baje los pantalones y que se siente encima de una pelota enorme de gimnasio. En calzoncillos, tiene que aguantar el equilibrio durante diez segundos, sin tocar con los pies en el suelo. Si no lo consigue, tendrá que pasar una segunda prueba. Como mucho, Ulises es capaz de mantener los pies en el aire y contar hasta cuatro. Entonces le hacen ponerse en pie y le dan una raqueta de tenis. Ponen la *Lambada* en un radiocasete, le ordenan que baile con la raqueta, que la acaricie, que la bese, que le ponga una mano en el culo. Con altas dosis de imaginación, Ulises obedece y pasa vergüenza, pero en ningún momento se siente pisoteado. Lo dejan irse entre carcajadas.

Al día siguiente por la tarde lo hacen bajar al segundo piso. Los veteranos de natación han bloqueado los accesos. Le explican en qué consiste el recorrido, que tiene que completar en menos de un minuto; de lo contrario, tendrá que repetirlo, y así hasta que lo consiga. En cuclillas y con los pantalones bajados, tiene que coger con el intersticio entre nalgas una bola de papel de plata que han hundido en una montañita de espuma de afeitar, y que previamente han revestido con Nobecutan; la tiene que trasladar hasta una de las pilas del lavabo, pero por el camino tiene que hacer diez flexiones introduciendo la picha en un vaso de agua caliente, beber medio litro de cerveza de un trago y mear en una botella de plástico. A un tenista de la Pobla de Segur le hacen falta cuatro intentos y acaba con una torrija de elefante. Ulises, aunque

tarda demasiado en soltar la pelota de aluminio, termina la prueba en cincuenta y siete segundos. El más rápido, un especialista en doscientos metros mariposa depilado hasta las cejas, lo consigue en cuarenta y ocho.

El ambiente en la Blume es distendido. La presencia de las chicas disipa las energías mal conducidas. El grado de agresividad y de mala leche es bajo. Las necesidades son otras. Las instalaciones son infinitamente mejores en relación con las de La Masia. Hay una piscina, un gimnasio, un pabellón con parqué, una sala de musculación con pesas y aparatos, una sala de rehabilitación. El comedor está bien iluminado gracias a los grandes ventanales y a los numerosos fluorescentes, las raciones son copiosas, el personal que atiende es muy amable, el ambiente es de camaradería, no es ningún problema compartir mesa con deportistas de otras disciplinas o junto a las chicas. Por la fuerza de la costumbre, de cuando vivía en La Masia, Ulises sigue pasando muchas horas en la biblioteca. Nadie lo molesta, ya que prácticamente todo el mundo prefiere estudiar en las habitaciones. Ulises siente que será feliz. Está convencido de que comienza una nueva etapa llena de estímulos positivos.

En el equipo todo marcha bien. El entrenador vuelve a ser Hilari. Ya se conocen. Hay confianza y entendimiento. En el primer entrenamiento le dice:

—Eres el mejor defensa. Ahora tienes que ser excelente en ataque. Quiero que anotes veinte puntos de media.

Ulises se esfuerza por competir al más alto nivel. Juega de titular la mayoría de los partidos. Se siente extremadamente motivado. Consolida la idea de que el esfuerzo vale la pena. Anota veinticuatro puntos de media, reparte juego, se siente físicamente pletórico. En vista de que el primer equipo de baloncesto entrena en el Palau Sant Jordi, algunos equipos de las categorías inferiores pueden hacerlo en el Palau Blaugrana. Además, los horarios son menos intempestivos, en la Blume sirven la cena hasta tarde, Ulises ya no tiene que recorrer el perímetro del Camp Nou para llegar a

casa. A menudo le espera su compañero de equipo Villalón y, con su padre, como viven en Cornellà y les viene de camino, lo llevan en coche hasta Esplugues. Lo dejan casi en la puerta de la residencia. En los cortos desplazamientos, incluso se duerme. Su vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. La energía fluye en su interior y estalla en placenteros fogonazos. Cada vez más, prefiere quedarse los fines de semana en la Blume. Hay muchas chicas que se quedan, y los viernes suelen encerrarse en una sala y ver juntos una película o un partido de la NBA a altas horas de la madrugada. Todo está limpio, ordenado y funciona, la gente se respeta y habla con normalidad. Ulises no echa nada de menos ni a los compañeros ni la vida opresiva de La Masia. En poco tiempo se libra de sus temores, gana en seguridad y aprende a confiar en los demás.

Un viernes se encierra en la biblioteca con una nadadora que le recuerda a Krisztina Egerszegi. Lleva el pelo rubio y encrespado a consecuencia del cloro. Se tiran más de dos horas dándose besos. Cuando le pasa la mano suavemente por debajo de la camiseta, nota como si acariciase un bloque de hormigón.

Otro fin de semana acompaña a una jugadora de baloncesto a su habitación. Ulises observa que en la cama adyacente hay una masa que palpita en la penumbra. Oye el roce de dos cuerpos que se mueven lentamente y se abrazan. Ulises y la baloncestista hacen lo mismo. La habitación se llena de suspiros, gemidos, risas y susurros. Olor a sudor joven, fresco y sano. La perspectiva es inmejorable: tiene toda una vida por delante para experimentar y disfrutar.

—Cuéntame cosas de La Masia —le pregunta la chica.

Ulises le cuenta algunas anécdotas casi al oído, pero es incapaz de relatar los hechos más truculentos. La chica quiere saber más cosas, pero Ulises prefiere practicar los besos con lengua. Se siente lleno, confiado, como si hubiese superado una dura prueba que, al terminar, lo hubiese hecho más fuerte.

Faltan pocas horas para que amanezca. Al día siguiente hay partido. Pero tiene la sensación de que, independientemente de lo que duerma, jugará bien.

Las nadadoras de sincronizada son exclusivas de los waterpolistas. Las jugadoras de voleibol, de los nadadores. Las de baloncesto, repartidas entre nadadores, baloncestistas y atletas.

—Se pasan el día de guarreo —dice Tutusaus, que sale con una veterana de baloncesto.

Ulises pierde la cabeza por cuatro chicas al mismo tiempo. Se pasa horas en la biblioteca fantaseando con el momento en que entren por la puerta, se sienten frente a él y le hagan insinuaciones.

Lo seleccionan para ir a jugar el campeonato de España con la Selección Catalana. Ha entrenado al máximo nivel, cree que se lo merece con creces. Viajan a Santiago de Compostela. Los alojan en bungalós, al lado de la selección femenina. Muchas de las integrantes son residentes de la Blume. Ulises se siente privilegiado, hace gala de la confianza que las chicas depositan en él.

Todo el mundo los considera vencedores antes de tiempo. Pero pierden el primer partido de manera ridícula contra la selección de Canarias y, como consecuencia de una extravagante normativa aplicada a la fase de grupos, entran a competir directamente por el quinto puesto. Ulises vive la humillación a flor de piel. Todos se sienten frustrados y cabreados. Ganan el resto de los partidos casi por inercia y quedan quintos, una posición que no deja de tener el sabor de un profundo y amargo fracaso. Dalmases, el seleccionador, anima a los jugadores y los apoya. Les dice que de todo se aprende, y que ellos, que son los mejores, tienen a su alcance una buena lección.

—Que no caiga en saco roto —los anima Dalmases—. Pensad en ello. Yo no he querido nunca los mejores jugadores, sino los jugadores con más ganas de aprender. Ahora me tenéis que demostrar que no me he equivocado con vosotros.

El mensaje cala hondo en Ulises. Como si entendiese, por fin, la razón de tanto sacrificio.

En uno de los entrenamientos en el Palau Blaugrana, encara la canasta, finta, bota, dribla y hace una penetración osada entre dos jugadores bastante más altos. Despega los dos pies del suelo y eleva y encoge el cuerpo. Durante breves instantes aguanta la respiración mientras vuela. En el punto más álgido consigue hacer una rectificación de la intención de pase y cede el esférico a un compañero que está solo bajo el aro. Es un momento glorioso, en el que, suspendido en el aire, es capaz de anticipar lo que pasará a continuación. Pero de improviso una potencia extrema lo arrastra hacia abajo, a favor de la gravedad, en sentido contrario a su impulso. Como resultado, pierde el equilibrio, nota una sensación breve pero intensa de vértigo. Intenta amortiguar la violencia del impacto contra el parqué adelantando un brazo instintivamente, pero la carga es mayor de lo que puede resistir la extremidad, que acaba cediendo. Cae como un peso muerto, el ruido del contacto es pavoroso, la mejilla izquierda colisiona de lleno contra la madera. Nota como si dentro del hombro le desgarrasen un trozo de tela gruesa.

Ha sufrido una lesión en el manguito de los rotadores. La radiografía descarta una fisura en la clavícula o en la cabeza del húmero, la ecografía muestra que el supraespinoso está afectado parcialmente, la resonancia magnética lo confirma. Es incapaz de levantar el brazo por encima de la cabeza, por las noches le cuesta dormir por culpa del dolor. Tiene que llevar la extremidad inmovilizada, ponerse hielo, seguir una pauta de analgésicos y antiinflamatorios.

Después de un periodo de reposo de tres semanas, inicia otro de rehabilitación. Al principio, estiramientos suaves de la musculatura anterior que incluye bíceps, pectoral mayor y pectoral menor, con el objetivo de relajar los músculos contrarios y liberar la escápula. Al cabo de unas semanas, empieza a realizar ejercicios isométricos.

Pasa horas tumbado en la cama de la residencia, pensando en

las musarañas. Le cuesta concentrarse. No tiene ganas de estudiar ni de ir al instituto ni de asomar la cabeza por los entrenamientos ni de acompañar al equipo en los desplazamientos. Ha perdido todo interés por las chicas y por quedarse los fines de semana en la Blume. Pero tampoco quiere ni oír hablar de volver a Manresa.

Dado que no deja de sentir molestias, se hace visitar por cuatro traumatólogos. Dos le recomiendan que tenga paciencia y se ajuste a los plazos de una larga recuperación; otro pronostica que tarde o temprano acabará pasando por quirófano; el último le aconseja que haga reposo, recupere lo que pueda y se olvide de su carrera deportiva.

—Aunque te operes y hagas rehabilitación a conciencia, será imposible que compitas al máximo nivel. Siempre notarás molestias. Cuanto antes lo asumas, mejor para todos, hazme caso.

Vive las semanas siguientes como una auténtica penitencia. Nota cómo su forma física se va deteriorando poco a poco. Pierde masa muscular, agilidad, reflejos. Si sube escaleras, siente que se ahoga y el corazón se le sale por las orejas. A menudo, de madrugada, se despierta con los ojos anegados en lágrimas, sin recordar exactamente qué ha soñado. Durante los trayectos en autobús hasta el instituto se limita a mirar por la ventana, sin escuchar música, sin poder dormir. Como si el mundo fuese transparente, incapaz de causarle ninguna impresión.

Mientras atraviesa los pasillos y el túnel de vestuarios del Palau Blaugrana, oye el ruido desigual y discontinuo de los balones retumbando contra las tablas del parqué, chocando contra el metal del aro, rebotando y siendo interceptados. Puede visualizar mentalmente los ejercicios que deben de estar haciendo sus compañeros. Es un sonido característico y familiar que añora, con el que es capaz de soñar, incluso. Querría estar en el medio de la pista botando el esférico, notar el tacto del cuero rugoso y desgastado en la palma, el olor que desprende, haciendo pasar la bola por debajo de las piernas, por detrás de la espalda, ejercitándose con dos pelotas a la vez, de un lado a otro y sin mirar el suelo.

Sus compañeros de equipo, Hilari y el resto del cuerpo técnico

intentan animarlo. Pero Ulises odia la carga de compasión que genera su presencia. Cada vez le cuesta más asistir a la totalidad de los entrenamientos. ¿Qué sentido tiene? Se pasa de vez en cuando, saluda, se queda un rato y se va al gimnasio de rehabilitación, situado en la primera grada del Camp Nou. El compañerismo de los otros lesionados nunca reconforta. Lo peor es el camino de vuelta a la Blume: sube la avenida Doctor Marañón acompañado solo por cavilaciones, maldiciéndose porque la recuperación avanza poco a poco, flagelándose sin pausa ni miramientos. El frenesí de la Blume constata que el mundo no se detiene. No sabe qué será de su vida, pero cada vez ve más claro que es muy improbable que las cosas vuelvan a ser como antes.

La primavera le genera un transitorio estallido de optimismo, pero enseguida se siente de nuevo atrapado por la red anquilosada de la apatía. La recuperación es lenta, ardua, exige un grado elevado de sacrificio y paciencia. Las curas requieren constancia y disciplina, no puede despistarse; no puede saltarse las sesiones de rehabilitación, tiene que evitar según qué gestos, tiene que hacer algunos ejercicios de refuerzo una vez en la residencia, tiene que ponerse hielo en el hombro entre tres y cuatro veces al día, tiene que respetar unas mínimas horas de reposo.

Llega un momento en el que no sabe determinar si está forzando demasiado o si, en cambio, hay algo que está pasando por alto. Se deja hacer nuevas pruebas de diagnóstico con la mejor predisposición, pero cada vez acaba saliendo de la clínica como si lo hubiese embestido una carrera de camiones. ¿Por qué el resto de la humanidad deambula con normalidad y él, en cambio, parece verse afectado por un aumento caprichoso de la fuerza de la gravedad? Le hacen una ecografía y una resonancia magnética. Las caras de los traumatólogos son un poema. Intenta no interpretarlas, pero es inevitable. Si algo aprendió en La Masia fue a interpretar los rostros, a descifrar los estados de ánimo y las intenciones que hay detrás. Los fisioterapeutas son los únicos que no lo abandonan. Luchan por él, van a por todas, intentan transmitirle confianza,

alegría, tenacidad, esperanza. Las sesiones de rehabilitación son cada vez más largas, fatigosas y abrumadoras. Los avances, no obstante, son escasos. Hay momentos en que se siente completamente estancado.

Solo desea recuperarse, pero sesión tras sesión una nueva idea comienza a arraigar en su interior. La quiere combatir, pero algo le dice que es inútil: su mundo no será el del baloncesto.

Su equipo ha conseguido hacerse con el campeonato de Catalunya. A finales de junio está el de España, y Ulises se propone el objetivo de llegar. Según la pauta de rehabilitación, es el momento de empezar a hacer ejercicios para recuperar la forma física. Nota el brazo más estable, aunque continúa sintiendo molestias cuando hace ciertos movimientos. El preparador físico le organiza una serie de sesiones individuales con pelota al margen del grupo. Está en baja forma, es cierto, pero por lo menos ya puede sentir el tacto, el olor y el sonido tan deseados de la bola, y eso lo anima muchísimo. En casa, en el equipo, en la residencia, en el instituto..., todo el mundo lo anima. No se siente pletórico, pero sí determinado. Sabe que en poco tiempo podrá volver a trabajar con sus compañeros, y de hecho no se pierde ninguna sesión de entrenamiento: a pesar de que no puede participar, memoriza las jugadas tácticas y, en alguna ocasión, Hilari incluso lo anima a tomar parte en los ensayos a fin de interiorizar mejor los esquemas. Pero Hilari, precisamente porque tuvo que dejar el baloncesto por culpa de una lesión, es el primero que le aconseja que vaya con cuidado, que lo primero es la salud.

Cuando le preguntan cómo se encuentra, Ulises responde con una mezcla de sentimientos. Por un lado se le ha metido entre ceja y ceja que tiene que llegar al campeonato estatal, pero por otro no se ve compitiendo en pocas semanas al máximo nivel. Le recomiendan que no tenga prisa, pero lo tiene tan cerca que no lo puede evitar. Piensa: en verano me lo tomaré con tranquilidad y descansaré. Lo que era un propósito se convierte en un anhelo, y en consecuencia fuerza demasiado, traspasa el umbral del dolor.

Asegura que está bien, quiere dar la impresión de que lo tiene todo controlado, pero en realidad sufre. Y tanto es así que en el quinto entrenamiento en grupo, a menos de una semana de hacer las maletas para ir a Andalucía, mientras ensayan jugadas de banda, en el momento de hacer un pase enérgico y preciso por encima de la cabeza, vuelve a sentir un fuerte desgarro en el hombro.

Se desplazan a Marbella. Ulises observa los partidos desde el banquillo. No se ve capaz de animar, se siente un extraño, considera que sus compañeros han alcanzado un grandísimo nivel de juego mientras que él nada en un charco de infortunio.

Ganan el campeonato de España, pero a Ulises no le corresponde ninguna medalla, ya que no lo han podido inscribir: su plaza la ha aprovechado un jugador de las categorías inferiores.

Después de la entrega de medallas, los jugadores meten a Hilari en la ducha. A continuación, salen del pabellón y se van directos a la playa, que está a dos minutos a pie. Luces que anuncian el crepúsculo y torsos desnudos que se baten contra las olas, capaces de vencer cualquier adversidad en medio de la espuma salada. De lejos, Ulises contempla cómo ríen sus compañeros porque están felices. Pero es una felicidad que no se puede compartir.

Al atardecer les ofrecen un gran banquete. En la fiesta posterior, los compañeros abandonan las mesas y se reparten entre los distintos grupos de chicas. Acto seguido, salen a la pista de baile a exhibirse. Ulises se queda en la mesa, junto a los entrenadores y delegados que continúan comentando jugadas de la final.

El responsable de las categorías inferiores de la sección de baloncesto del Barça consigue que Ulises pueda hacer la recuperación en Manresa durante el verano. Su madre lo acompaña al gimnasio de rehabilitación y más tarde va a recogerlo. Pasan el resto de la mañana en la piscina municipal de Callús. Mientras el

hermano pequeño y la madre disfrutan del agua, Ulises se tumba sobre la toalla a la sombra de un sauce llorón. Las sesiones del gimnasio de rehabilitación son igual de interminables y pesadas, aún más con el calor que hace. Desde el primer momento, Ulises tiene la sensación de que no ven con buenos ojos su presencia allí. Desconoce por qué, pero se siente desplazado, como si fuese un paciente de segunda.

—Lo que te pasa es que estás demasiado bien acostumbrado —le dice su padre—. El Barça es el Barça. No hay nada mejor. Aquí es otra historia, ¿o qué te pensabas?

—Nadie me pregunta nada. ¿No te parece raro que tengan a un jugador del Barça haciendo rehabilitación y no le hagan ni una pregunta?

—¿Y qué quieres que te pregunten?

El padre tiene razón. ¿Qué quiere que le pregunten? ¿Sobre los jugadores que conoce? ¿Sobre cuántos campeonatos de España ha ganado? ¿Por la media de puntos que anotaba por partido? ¿Si en La Masia se lo pasaban por la piedra o no?

Los padres le preguntan si quiere ir de vacaciones a Aragón, si tiene ganas de hacer un viaje en coche al extranjero, si prefiere pasar unos días de camping en la Costa Dorada. Ulises dice que no a todo. Quiere quedarse en Manresa, asistir religiosamente a las sesiones de rehabilitación, realizar la pauta de ejercicios que toca. Pero la densidad de la desesperación va en aumento, sin pausa. El dolor persiste, no puede hacer ciertos movimientos del brazo sin notar molestias; como si almacenase cristales hechos añicos en la articulación. Le cuesta dormir, está exhausto y el bochorno no ayuda. Su padre le dice:

—Tendrías que aprovechar el tiempo libre para aprender cosas nuevas. Si lo haces, no te sentirás decepcionado.

Pero Ulises no pierde el tiempo. De hecho, ya lleva días calculando desde qué altura hay que tirarse al vacío para romperse la crisma como Dios manda.

A finales de verano lo convocan a las oficinas del Fútbol Club

Barcelona. Ulises va acompañado por su padre. El responsable de las categorías inferiores de la sección de baloncesto y el nuevo entrenador le comunican que no cuentan con él para la próxima temporada. Ulises contesta que ya se lo imaginaba.

—El Manresa estaría interesado en ficharte.

Ulises se pasa el trayecto de vuelta serio, mirando por la ventanilla. Es una derrota cruel, injusta. Tantos esfuerzos y no han servido de nada. Se siente desquiciado y confuso, estafado y menospreciado. Esta vez es incapaz de verle el lado bueno, por mucho que se esfuerce. Y lo peor de todo: ha perdido las ganas de remontar.

VII

El regreso a Manresa está lleno de trampas, como si aparte de sumar esfuerzos titánicos por salir a flote por encima de las mareas de lodo también tuviese que esquivar meteoritos. No encuentra plaza en ningún instituto público, ni siquiera en Sant Joan de Vilatorrada. Para evitar estudiar en la privada —el Manresa no se la pagará—, se ve obligado a matricularse en Sant Vicenç de Castellet. Cada día tiene que bajar a pie hasta la estación y coger el tren. Sale uno cada media hora. A menudo lo pierde. En el instituto, hacer amistad con los nuevos compañeros le cuesta horrores. Lo tratan como si fuese un apestado.

—Es la mentalidad pueblerina —le dice una profesora—. Ten paciencia. En el fondo son buena gente.

Pero Ulises no se hace ilusiones. No se ve con ánimos ni de hacer un esfuerzo ni de mostrar buena disposición: no quiere tragar más mierda de la que ya ha tenido que engullir los últimos años en Barcelona. Ha sido demasiada y ya ha tenido bastante. ¿Por qué va a hacerlo? No pasará por el aro, no permitirá que lo traten como un leproso. El orgullo lo paraliza. Llega al instituto, presta atención en las clases, recoge sus cosas a la hora de marcharse y se vuelve a la estación, donde espera el tren que lo llevará de nuevo a Manresa.

Soporta el hecho de no ser el líder, que desconfíen y hablen mal de él. En el pasillo, a la hora del recreo, se topa con el profesor de educación física, que le pregunta con recelo:

—¿Es verdad que has jugado en el Barça?

A su alrededor hay alumnos que no hacen ningún esfuerzo por aguantarse las risas. Ulises no sabe qué decir. Se limita a volver al aula, agarra sus cosas y se va a casa.

No entiende por qué tiene que superar todos los obstáculos que se le vienen encima ordenadamente, uno detrás de otro. Cuando vivía en Barcelona, la misión era acabar jugando en el Barça. Se mentalizó para superar cualquier tropiezo que le impidiese alcanzar esa meta. Pero ¿ahora?

Las atenciones por parte de los servicios sanitarios del Manresa no son ni por asomo las mismas que las de can Barça, pero buena parte de la recuperación ya está hecha, y los resultados empiezan a ser alentadores. Las molestias disminuyen, el brazo gana estabilidad, puede realizar movimientos cada vez más amplios. Al cabo de poco tiempo comienza a hacer marcha continua y algunos ejercicios suaves con pelota. Vuelve a estar en bajísima forma. Desde que sufrió la lesión por primera vez, ha adelgazado diez kilos. El movimiento de basculación de la cintura escapular le agarrota el hombro. Tiene que hacer estiramientos a menudo y ponerse hielo después de los entrenamientos. Necesita hacer callo en las manos, recuperar el tacto de la pelota. Pero cada vez que levanta el brazo para tirar, nota cómo le llega una corriente eléctrica al cerebro que le dice: «¡Para, hijo de puta!».

Enseguida entiende que en el nuevo equipo nadie lo esperaba. Pide el dorsal siete, pero no se lo ceden. A regañadientes, se queda el cuatro. La competición es feroz y él debe empezar de cero. Echa de menos una correcta planificación de su recuperación, tiene la sensación de que no hay pautas que controlen la evolución de su puesta a punto. Se reúne con su nuevo entrenador, que lo único que le dice es que no se preocupe tanto.

—En el Barça todo es grande. Aquí, en cambio, pasa todo lo contrario. Allí de una minucia hacen una tragedia. Aquí seguimos adelante. No le des tanta importancia.

Pero Ulises continúa sintiendo molestias cada vez que se entrena. Pide visita con el traumatólogo del Manresa, un doctor desabrido con halitosis severa. Aparte de mostrarse poco amable, lo explora con poco tacto. Al final, le espeta:

—Pero ¿tú qué quieres?

—¿Cómo?

—Que qué quieres, digo —insiste el especialista en traumatología deportiva.

Ulises piensa que es una broma.

—Quiero volver a jugar —se atreve a decir.

—Quiero volver a jugar —repite el médico de forma patética —. ¿Jugar a qué?

Ulises se queda patidifuso. Incapaz de contenerse, le sobreviene un llanto desconsolado del fondo de las entrañas.

—Al baloncesto —consigue articular sollozando—. Quiero jugar al baloncesto.

El traumatólogo lo mira fríamente. Intenta fundir una mueca de simpatía y condescendencia que acaba cuajando en otra de lástima y menosprecio.

—Entonces te toca tener paciencia —le aconseja.

—¿Más? Llevo casi un año así.

—El tiempo que haga falta. Hay quien evoluciona mejor y se recupera completamente. Y hay quienes se tienen que conformar con sentir molestias. Esperemos un tiempo a ver qué pasa.

Pero Ulises está harto de esperar. Pide que le hagan curas para que pueda entrenar más fuerte, pero se las niegan. El club no tiene presupuesto, no hay servicios médicos particulares, no puede recibir más tratamientos de los que ofrece el seguro. Cuando intenta levantar la voz para quejarse, lo cortan rápido:

—Chico, esto no es el Barça —le dice un directivo del Manresa—. Lo lamento, pero aquí las cosas funcionan de otra manera.

A continuación, le entrega cincuenta números de la lotería de Navidad para que los venda.

—Pero ¿por qué tengo que hacerlo? —se queja Ulises.

—Porque lo hacen todos —obtiene por respuesta.

Poco a poco va cogiendo ritmo. Los compañeros no son ni mucho menos los que tenía en el Barça. Una noche, cuando llega a casa, se

da cuenta de que le han robado la camiseta de la Selección Catalana que llevaba al entrenamiento. Al día siguiente pregunta:

—¿Quién ha sido?

Pero nadie responde. Todo el mundo se cambia de ropa y lo ignora.

Se queja al entrenador, pero este no quiere saber nada.

—¿Sabes qué tienes que hacer? No traer ropa especial. Ni de calidad.

Ulises se ve obligado a alterar su mecánica de tiro. Necesita cerrar la posición del brazo izquierdo, lanzar desde más abajo. De esta forma, gana rapidez y comodidad, pero pierde precisión.

El director técnico de las categorías inferiores se lo lleva aparte.

—¿Por qué has cambiado la manera de tirar?

—Me va mejor. Así no me duele tanto.

—Pero no metes ni una.

—Ya entrarán.

Pero no acaban entrando. Tiene unos porcentajes pésimos. Se esfuerza por desplegar sus habilidades defensivas y de pasador, pero su nuevo equipo necesita puntos y él era la clave para conseguirlos.

—Ya tengo jugadores para defender. De ti quiero precisión, responsabilidad, puntos, muchos puntos —le dice el entrenador.

—Lo intento —responde Ulises—. De verdad que lo intento.

—Te tienes que esforzar más, chaval.

Llega a casa baldado y con el hombro inflamado. Se pone hielo. Apenas puede dormir. Al día siguiente se despierta a las seis y media, se lava la cara, desayuna y se dirige al instituto.

Su rendimiento académico baja notablemente. Él, con lo que había sido, de pronto se ve convertido en un cero a la izquierda. A partir del segundo trimestre, a menudo hace novillos. Baja a pie hasta la estación, pero en lugar de entrar, continúa caminando, gira a mano derecha, atraviesa el puente que pasa por encima de las vías, franquea las casas de la Guia, sube a la torre de Santa Caterina y se

enciende un cigarrillo con el abrigo bien cerrado y la ciudad llena de niebla a los pies. Luego se pasea hasta el barrio del Xup, observa desde la valla del colegio a los niños jugando. A veces deambula hasta Salelles, hasta el Calvet o incluso hasta el cementerio de Sant Salvador de Guardiola. Un día, enfangado en un desconsuelo infinito, llega hasta Marganell. Tarda más de tres horas. Siente fuertes dolores en el hombro, nota que tiene una ampolla en el pie. Bebe agua de una fuente y se descalza. Se queda maravillado ante la presencia imponente de Montserrat, que corona el paisaje. Hacía tiempo que no oía el trino de tantas aves. Un coche se detiene y el conductor baja el cristal de la ventanilla.

—¿Ulises? Eres Ulises, ¿verdad?

Es su antiguo entrenador de fútbol sala.

—¿Qué haces por aquí?

Ulises no sabe muy bien qué inventarse.

—Pasear —responde por fin.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos —dice el antiguo entrenador, francamente sorprendido—. ¿Cómo te va todo?

—Bien.

—¿No tienes clase?

—Hoy no.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—A pie.

—¿Desde Manresa?

—Sí.

—Es una buena excursión —dice el entrenador con un cincuenta por ciento de admiración y otro cincuenta de extrañeza —. ¿Estás cansado? ¿Quieres que te lleve a casa?

Los pinchazos que siente en el hombro lo animan a aceptar la invitación. Durante el trayecto, el entrenador le cuenta que lleva cinco años entrenando a un equipo del barrio del Xup.

—Ganamos pocos partidos, pero nos lo pasamos bien. Ven a vernos algún día, si quieres.

Ulises cabecea mientras huele estiércol y observa las balas de paja cubiertas con lonas diseminadas por los campos.

—¿Y tú qué? Me dijeron que habías empezado a jugar al

baloncesto y que te había llamado el Barça.

Ulises asiente, sin ganas de explayarse.

—Seguro que has aprendido muchas cosas. ¿Cómo es que has vuelto?

—Me lesioné y me echaron —contesta sin reservas.

El entrenador se queda callado un rato, mira fijamente la carretera, coge las curvas con cautela. Después abre la boca para decir:

—La experiencia es lo que cuenta. Eres un privilegiado. No lo olvides.

Lo deja en la puerta de su casa y se despiden. Una vez arriba, la madre le pregunta cómo ha ido en el instituto.

—Muy bien —responde Ulises antes de encerrarse en su habitación.

Comunica a sus padres que quiere dejar de estudiar y de jugar al baloncesto. No encuentra ningún sentido al hecho de esforzarse tanto en una cosa que ya no le gusta.

—Lo que quiero es ganar dinero.

—¿Para qué quieres dinero?

—Para comprarme un coche, una casa, lo que sea.

Consigue trabajo de reponedor en el Supeco de Sant Fruitós de Bages, el gran supermercado de referencia en la comarca. Convence a su padre para que le compre una Derbi Variant de segunda mano, con la promesa de que se la pagará con las primeras nóminas. Encuentran una sin trucar y a buen precio.

—¿Te gusta? —le pregunta su padre.

—De momento me bastará.

Se compra un casco integral de color negro. Suele ir al trabajo bordeando el Parc de l'Agulla, entrando por la parte posterior de la zona poligonal donde se encuentra el Supeco. Da más vuelta, pero hay menos tráfico y evita la mirada de la gente.

El trabajo es pesado y monótono. Recibe órdenes del encargado y raramente habla con nadie más. A la hora de la pausa se come el bocadillo en el borde de un banco de madera. Al

principio, el hecho de pensar en la de cosas provechosas que tendría que estar haciendo lo angustia. Se entristece, le dan ganas de desaparecer de este mundo. Luego intenta no pensar en nada: centrarse en el presente, en su función de reponedor de hipermercado. No son tareas tan difíciles para un adolescente de diecisiete años, pero hay que ser ordenado y metódico. Tiene que cargar y descargar los camiones que traen las mercancías. Tiene que abrir los paquetes y comprobar que el estado y las características de los productos se ajustan al pedido realizado. Si hay alguna incidencia en la recepción del género, debe informar al encargado enseguida. A continuación tiene que organizar y distribuir las mercancías en las estanterías del establecimiento o en el almacén, según la pauta preestablecida. Cuando todo esto está resuelto, supervisa el resto de las existencias, revisa la caducidad de los artículos, toma nota de lo que falta en cada sección y efectúa las reposiciones necesarias. De vez en cuando, orienta a los clientes despistados sobre la ubicación del género, o echa una mano a las diferentes secciones en tareas básicas relacionadas con la manipulación o el movimiento de productos. Colabora en la realización de los inventarios periódicos. Cuando el encargado se lo pide, también introduce los albaranes que acompañan a la mercancía en el sistema informático y conforma las facturas.

Los primeros días nota dolores y agarrotamientos en el hombro. Unas semanas después ha aprendido a identificar las señales. Entonces cambia de posición, aprovecha para hacer tareas en estantes inferiores; si es necesario, se detiene y hace estiramientos.

Con la primera nómina devuelve el dinero de la moto a su padre. Ayuda en casa con una parte de la mensualidad. No tiene gastos importantes y consigue ahorrar.

Aprende a usar la carretilla manual, la carretilla apiladora, el transpalé, las cintas transportadoras, los elevadores, la báscula, los instrumentos de precintado y etiquetaje. Enseguida se familiariza con los lectores de códigos de barras; también con el registro de entradas y salidas de mercancías, con los albaranes, con el uso de los palés, con el tipo de estanterías. Hace la formación de

conducción del toro, pero no lo podrá llevar hasta que sea mayor de edad. Admira cómo un compañero domina la horca elevadora y se desplaza marcha atrás y con celeridad por el almacén.

—¿Es difícil?

—Todo es práctica —le contesta.

Un día el encargado, que ronda los treinta años, le pregunta:

—¿Te gusta este trabajo?

—Sí, claro —contesta Ulises.

—No digo que lo hagas mal. Al contrario. Pero me choca que un tío tan válido como tú se quede en este trabajo. Pensaba que aguantarías dos días, y ya llevas siete meses.

—Aquí estoy bien —se limita a decir Ulises.

—Pero esto a la larga cansa. Créeme. Eres muy joven. ¿No te gustaría estudiar? ¿Hacer una carrera?

Una tarde, al volver del trabajo, sus padres le confiesan que están preocupados.

—Nos gusta que trabajes. Pero ¿tú crees que vale la pena que dejes los estudios? —le pregunta el padre.

—De momento estoy bien. No tengo ganas de estudiar.

—Pensábamos que querías trabajar para ganar experiencia, para ahorrar un poco —dice su madre—. Pero estábamos convencidos de que al cabo de un tiempo seguirías formándote.

—Siempre se te han dado bien los estudios —insiste el padre —. No entendemos por qué lo has dejado.

—No me siento con fuerzas para seguir estudiando, francamente.

—¿Estás seguro? —pregunta la madre—. No nos gustaría que dieses un paso en falso y que al final te arrepintieses. Por lo menos podrías sacarte el COU.

—Me lo pensaré —dice Ulises no muy convencido, y hace amago de levantarse de la silla, pero se da cuenta de que la reunión aún no se ha acabado.

Los padres se miran como si intentasen darse ánimos.

—Hay otro tema que te queremos comentar.

Ulises vuelve a acomodarse en la silla.

—Vamos a ver —dice el padre en un tono conciliador—. Hace

mucho tiempo que te notamos distante. No sabemos qué te pasa exactamente.

—Estoy bien —dice Ulises—. Un poco cansado, pero bien.

—No es eso —aclara el padre—. Es que parece como si te hubieses quedado colgado en algún sitio.

—No entiendo —dice Ulises mientras se remueve en el asiento.

—Lo que queremos decir es que no te vemos contento —precisa la madre—. Da la sensación de que haces las cosas sin ilusión.

—No con la misma ilusión de antes —puntualiza el padre.

—Es que no soy el de antes —replica Ulises con actitud neutra.

—Ya nos imaginamos.

—Estoy cansado, nada más. De verdad que estoy bien. No os preocupéis tanto.

—Hemos pensado que igual te iría bien un poco de ayuda.

—¿Qué queréis decir?

—Habíamos pensado en un orientador.

—Nosotros no tenemos herramientas para ayudarte —dice la madre esbozando una sonrisa amable—. Hay cosas que se nos escapan.

—No es exactamente un psicólogo, no te creas —intenta rebajar el padre—. Es un especialista que te daría apoyo.

—Podrás hablar con él de lo que quieras.

—Y encontrar la ilusión que igual has perdido por el camino.

Ulises no dice ni mu, se limita a repasar con la mirada la flor voluptuosa del estampado del mantel.

—Después de vivir en Barcelona dejé de tener la edad que tenía. Fui con trece años, pero no volví a casa con dieciséis. Tenía dieciséis, pero la cuestión es que aquí y aquí ya no tenía solo dieciséis —recalca percutiéndose el pecho izquierdo y a continuación la sien con el índice—. Y ahora parece que me tratéis como si aún tuviese trece o catorce.

Los padres titubean.

—¿No quieres probarlo, por lo menos?

—Sinceramente, no. Y no quiero que me lo volváis a proponer. Quiero hacer mi vida y punto.

Antes de que le dé tiempo a encerrarse en su habitación, el padre le comunica que ha llamado su antiguo entrenador de fútbol sala.

—Están buscando a alguien para entrenar a un equipo de baloncesto en La Renaixença.

Ulises dice que no.

—Piénsatelo —insiste el padre.

Una semana más tarde se reúne con el entrenador. Este le explica que la asociación de padres del colegio quiere reavivar el baloncesto como actividad extraescolar. Que habían pensado en él. Sin embargo, Ulises rechaza la propuesta.

—Tienes mucha experiencia. Has jugado pocos años, pero seguro que has aprendido mucho. Es una oportunidad de transmitir tus conocimientos a niños pequeños. Te lo agradecerían muchísimo. Y la competición no es demasiado exigente, ya verás. Participan los colegios de la comarca.

Ulises está con la cabeza gacha. Ha perdido toda intuición. Ya no sabe qué es lo que más le conviene. Y no se fía de sus padres ni de nadie. Pero, por encima de todo, se siente decepcionado con el baloncesto.

—De acuerdo, me lo pensaré —acaba diciendo.

Delante de él, sentados en un banco del gimnasio del colegio, hay un grupo de niños de entre ocho y nueve años. Lo miran atentamente, algunos con una fascinación que no intentan disimular. Ulises les pide que se presenten y que expliquen por qué quieren jugar al baloncesto. A continuación salen al patio, Ulises reparte las pelotas de caucho y les pide que, sin moverse del sitio, acaricien el cuerpo esférico, que lo mimen, que separen los dedos y traten de abarcar el máximo de superficie, que hagan presión con las yemas y los pliegues de la palma, que noten la textura rugosa o gastada, que resigan los surcos, que imaginen qué pueden llegar a hacer con una cosa así. A continuación, les pide que tracen círculos

con la pelota alrededor de las piernas —primero una, luego la otra, al final las dos a la vez—, del tronco, del cuello, de la cabeza, en sentido ascendente y descendente. Seguidamente, y siempre sin desplazarse, que hagan botar la pelota a diferentes alturas, que se la cambien de mano, que se la pasen por debajo de las piernas, por detrás, primero con botes cortos y luego más largos.

—Intentad hacerlo sin mirar.

Solo entonces les permite moverse del sitio sin dejar de hacerla botar: caminando, trotando, corriendo.

—Ahora poneos por parejas y dejad un espacio en medio.

Les enseña a hacer pases de pecho, primero directos y luego con bote en el suelo.

—¿Cuándo tiraremos? —pregunta uno de los chavales.

Llevan tres cuartos de hora de entrenamiento y aún no han visto canasta.

Les hace jugar un partido de diez minutos. Ulises arbitra y de vez en cuando toma notas en una libretita. Al final, les da una breve charla.

—¿Tenéis alguna pregunta?

Uno de los chavalines levanta la mano:

—¿Es verdad que jugaste en el Barça?

Ulises responde que sí. Los niños se quedan embelesados, susurran entre ellos.

Cuando llega a casa, Ulises cuenta cómo le ha ido.

—¿Continuarás? —le pregunta su padre.

—Creo que sí.

Entrenan dos días a la semana. Ulises prepara las sesiones a conciencia. Les enseña conceptos de técnica individual que pone en práctica mediante una serie de ejercicios muy básicos: desplazamientos largos y cortos con pelota, mecánica de tiro, maneras de pasar la bola, posición y actitud defensivas...

—No tengáis prisa. Con tranquilidad.

Hay diferentes niveles, pero Ulises intenta que todos se sientan válidos y vayan a una.

—Somos un equipo: tenemos que animarnos y estar unidos.

Tres jugadores destacan por encima del resto. Uno de ellos

gracias a sus cualidades físicas, que son extraordinarias. Los otros dos, porque son grandes amantes del baloncesto y cuentan con buenos fundamentos; siempre van juntos a todas partes. En una ocasión, Ulises pasa al lado de los chavales y pone el oído mientras se atan las zapatillas:

—Mi sueño es jugar en el Barça —confiesa uno.

—¡No te jode! Y el mío... —replica el otro mientras se sube los calcetines y dobla la parte superior.

Ulises se detiene un segundo, los observa. Inocentes, tiernos, un poco atolondrados. No aguantarían ni una semana en can Barça. Los reventarían, les harían llorar sangre. No pararían de putearlos hasta que se abriesen el pecho y depositasen el corazón palpitante, novato y amoroso sobre la camiseta y el escudo. Los obligarían a observar cómo se marchita poco a poco: pulsaciones cada vez más débiles. Y cuando dejase de latir, se lo volverían a meter y se lo coserían, y les dirían: «Hala, largo, jugad a tope y no dejéis de ganar».

Siente el impulso de prevenirlos, de advertirles que no saben lo que están diciendo, pero se frena. ¿Vale la pena? A lo mejor sí. A lo mejor, si alguna vez los llaman, tendrían que probarlo y sacar sus propias conclusiones. A lo mejor tienen suerte y no les toca cruzarse con ningún Bonafont ni ningún Altmaier, ni con ningún Pirata ni ningún Rubio. A lo mejor, cuando vayan, hay tutores pacientes y preparados que apoyan a los chavales todo el santo día, y las noches son tranquilas, y La Masia es una casa que acoge adolescentes y nada más, donde el desayuno es el mismo para todos, y donde se ayudan los unos a los otros. A lo mejor no tienen que estudiar a horas intempestivas, y la biblioteca es un lugar donde refugiarse, hacer los deberes, abrir los libros y concentrarse. A lo mejor no tienen que atravesar una avenida llena de putas y proxenetas para volver a casa, tarde, cansados después de tres horas de entrenamiento. Puestos a pedir, a lo mejor los de baloncesto ya no son unos apestados, tampoco.

Quién sabe.

No, mejor no decir nada. Mejor que sigan su camino. Seguro que tienen otra suerte. Hay tantas alternativas...

Empieza la liguilla comarcal. No ganan ninguno de los siete primeros partidos, incluso los apalizan de manera contundente en un par de ocasiones. Pero, a partir de entonces, describen una trayectoria claramente ascendente.

Ulises reparte los minutos entre todos. Le da lo mismo si ganan o pierden. Quiere que aprendan, que mejoren. Sabe la importancia de estos primeros contactos con el deporte. No impone ningún tipo de sistema. Los hace jugar de manera libre, guiados por la intuición y los fundamentos aprendidos. Cualquiera puede jugar en cualquier posición. Se trata de que disfruten, de que experimenten sensaciones, de que asuman conceptos, de que aprendan valores. Después de los entrenamientos y de los partidos, Ulises los hace sentarse en corro y les explica qué han hecho bien y qué hay que corregir y perfeccionar. Se van a casa todos contentos. Ulises considera que tiene madera de entrenador. Sensibilidad, compromiso y trabajo, pero, por encima de todo, pasión: este es su lema; y, como no podía ser de otra forma, recibe una respuesta del mismo calibre. Los pocos padres que los van a ver a los partidos se lo dan a entender: se muestran agradecidos, le hacen saber los comentarios de sus hijos, que los ven contentos y motivados. A medida que ganan partidos, acuden más familiares de los niños. En los desplazamientos, el padre de Ulises suele acompañarlos; por mera asociación, los niños lo tratan como a un entrenador.

En un torneo celebrado en el colegio Oms i de Prat, juegan ocho partidos, llegan a la final y la ganan. Son las once de la mañana, llevan compitiendo desde el día anterior y levantan la copa. Todo el mundo los felicita. Ulises recibe una placa como mejor entrenador del torneo. Su padre le pasa un brazo por el hombro.

—Muy bien, Ulises —le dice.

Y el hijo sonríe satisfecho.

Traba amistad con una chica que es pescadera en el hipermercado donde trabaja. Se llama Sandra y es bastante más bajita que él, e intenta hacer coincidir sus pausas con las de Ulises. Si por la tarde

se encuentran a la salida del trabajo, dan una vuelta hasta el Parc de l'Agulla y bordean el estanque. De noche, si no hace frío, saltan la valla y matan el tiempo en los columpios de la zona infantil. Más tarde, Ulises acompaña a Sandra hasta su casa, en el barrio de las Escodines.

Quedan los fines de semana. A veces Sandra lo va a ver a los partidos con sus amigas. Los animan. A Ulises le gusta que vaya, la echa de menos en los desplazamientos fuera de Manresa. Los sábados por la tarde, si no trabajan, van al cine, pasean por el centro, toman horchata o chocolate a la taza según lo que mande la estación del año. A menudo hablan del futuro. Sandra quiere estudiar Educación Infantil, Ulises solo piensa en continuar trabajando y ganar dinero.

Un domingo al mediodía, Ulises se la presenta a sus padres.

—¿Huelo a pescado? —pregunta ella antes de llamar a la puerta.

—Ni lo más mínimo —responde él después de olerle el cuello.

Ulises pierde la virginidad en el Parc de l'Agulla, de pie bajo un pino, una noche estrellada y fresca, mientras los patos parpan como si celebrasen la derrota de un viejo enemigo. El cuerpo de Sandra es menudo, blando y ardiente; su boca desprende un vapor dulce. A Ulises el contraste con el exterior le despierta una idea uterina, de confort, de hogar reencontrado.

Sandra se gira y le dice:

—Felicidades.

Ulises la mira con estupor. Con lo alto que es y tiembla como la llamarada de un incendio.

—Es mañana —consigue articular.

—Pero ya es medianoche.

Ulises ha cumplido dieciocho años.

Triunfador
Joan Jordi Miralles

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Triomfador*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Calígula, Javier Jaén

© Joan Jordi Miralles Broto, 2023
por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

© de la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Esta obra ha recibido el apoyo del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya

Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-322-4176-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!